

CUADERNO DE CIENCIAS SOCIALES 153

EL DESARROLLO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

*Tradiciones, actores e instituciones en Argentina, Chile, México
y Centroamérica.*

COMPILADOR:
DIEGO PEREYRA

CUADERNO DE CIENCIAS SOCIALES 153

EL DESARROLLO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

*Tradiciones, actores e instituciones en Argentina, Chile, México
y Centroamérica.*

COMPILADOR:
DIEGO PEREYRA



FLACSO
COSTA RICA

Sede Académica, Costa Rica.

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)

ÍNDICE

Introducción	7
José Medina Echavarría y el proyecto de una sociología científica. Alejandro Blanco	17
Los científicos sociales como empresarios académicos. El caso de Gino Germani. Diego Pereyra.....	35
El impacto del proyecto Camelot en el período de consolidación de las Ciencias Sociales Latinoamericanas. Juan José Navarro y Fernando Quesada	55
El “fantasma” de Prebisch: el ILPES entre 1963 y 1969. Eliana Gabay.....	73
Cultura, modernización y democracia. Max Weber en la obra de los sociólogos intelectuales de la transición a la democracia argentina. José Casco.....	99
El desarrollo de la sociología en centroamérica: la promesa incumplida. Jorge Rovira Mas	115



ESTA PUBLICACIÓN ES POSIBLE GRACIAS AL APOYO INSTITUCIONAL DE LA AGENCIA SUECA DE COOPERACIÓN PARA LA INVESTIGACIÓN (SAREC) DE LA AGENCIA SUECA PARA EL DESARROLLO INSTITUCIONAL (ASDI)

La serie Cuadernos de Ciencias Sociales es una publicación periódica de la Sede Costa Rica de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Su propósito es contribuir al debate informado sobre corrientes y temáticas de interés en las distintas disciplinas de las Ciencias Sociales. Los contenidos y opiniones reflejados en los Cuadernos son los de sus autores y no comprometen en modo alguno a la FLACSO ni a las instituciones patrocinadoras.

ISSN: 1409-3677

© Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)

Sede Académica Costa Rica

Apartado: 11747-1000, San José, Costa Rica.

Web: <http://www.flacso.or.cr>

Primera edición: Abril 2010

Director de FLACSO Costa Rica: Jorge Mora Alfaro.

Director de la Colección: Abelardo Morales Gamboa.

Portada y Producción Editorial: Laura Saborío Taylor.

INTRODUCCIÓN

La reconstrucción histórica de las Ciencias Sociales en América Latina ha sido, desafortunadamente, un conjunto de aproximaciones parciales y fragmentarias. Si bien un grupo de trabajos pioneros intentó reconstruir los temas y los debates del campo (Poviña, 1941; 1959; Echanove Trujillo, 1953; López Núñez, 1953; Agramonte, 1963), especialmente en Sociología, sus méritos fueron modestos. Estas obras estaban atravesadas por los límites del emergente proceso de expansión institucional y profesionalización de las Ciencias Sociales, y muy condicionados por las disputas por la definición de límites disciplinarios y liderazgos académicos. Además, sus logros metodológicos y empíricos fueron escasos, pues no pasaban de ser una voluntariosa colección de datos sobre obras y autores. Lamentablemente, todo ese esfuerzo de indagación histórica no permitió establecer una base empírica o modelos de investigación capaces de fundar una tradición de reflexión sistemática sobre esa historia.

De este modo, los estudios posteriores sobre el desarrollo de las Ciencias Sociales en la región tuvieron un alcance limitado, ya que solo se ocuparon de algunas experiencias nacionales (y casi siempre sobre los mismos países, Brasil, Argentina y México), un grupo reducido de autores (Mariátegui es el caso paradigmático), el estudio de una teoría en particular o una experiencia institucional aislada. Además, muchos de esos proyectos de indagación solían ser emprendimientos personales y expresaban un relato de fuerte raigambre generacional. Igualmente, una gran parte de los trabajos incluía las Ciencias Sociales en un universo de representaciones más amplio, conformado básicamente por ideas políticas y sociales heterogéneas, por lo cual la historia de esas disciplinas se redujo a la historia del pensamiento social (Deves Valdez, 2000).

Todo ello se entremezclaba, a su vez, con un proyecto intelectual que buscaba en el pensamiento latinoamericano una identidad homogénea, intrínseca y original; una búsqueda signada por las dificultades y las ansias de encontrar una imagen de América Latina, en la cual reflejarse y autojustificar aspiraciones políticas e intelectuales de integración y solidaridad regional (Ansaldi, 1991; Sonntag, 1991). Sin embargo, en conjunto, esos trabajos no han contribuido a comprender el desarrollo de las Ciencias Sociales en la región en su totalidad, ya que no pudieron ofrecer una visión general e integrada de las diferencias, matices y similitudes entre países, disciplinas y proyectos personales e institucionales. El texto de Solari *et al.* (1976) puede considerarse una de las pocas excepciones a la regla.

No obstante, este escenario ha empezado a cambiar recientemente. En los últimos quince años, ha aparecido un nuevo grupo de trabajos y estudios que enriquecieron la investigación sobre la historia de las Ciencias Sociales en América Latina. El sostenido crecimiento de ese campo en Brasil, a partir de los trabajos de Miceli (1995), y la existencia de una tradición de investigación sobre el tema en Chile (Brunner, 1986) se conjugaron con el reciente desarrollo de la historia de la investigación social en Argentina y México. Ello está permitiendo una base de sustentación para que puedan aparecer nuevos aportes empíricos y una renovada reflexión teórica sobre el desarrollo de las disciplinas sociales. El libro de Trindade y Garretón *et al.* (2007) es una contribución importante, aunque pueda repetir ciertos errores y omisiones usuales en la narración de esta historia. La aparición de nuevos trabajos sobre el impacto de las redes de cooperación e intercambio confirma esta tendencia por estudiar el proceso de institucionalización de las Ciencias Sociales en América Latina (Franco, 2007; Pereyra, 2007; Pérez Brignoli, 2008; Beigel, 2009).

La presente compilación quiere participar de esta nueva agenda y contribuir al debate sobre esa historia. Se reúne aquí un conjunto de investigaciones que combinan diferentes modelos y perspectivas en historia de las Ciencias Sociales. Los diferentes textos muestran una interesante articulación entre estrategias de la historia intelectual y el enfoque tradicional de la historia sociológica de las Ciencias Sociales. Incorporan, de este modo, los más recientes aportes del campo, no solo de la práctica local, sino, también, de los enriquecedores debates teóricos y metodológicos a escala internacional, especialmente aquellos surgidos en el seno del *Research Group on History of Sociology* de la Asociación Internacional de Sociología. Todos los autores han realizado un sólido trabajo de campo, reconstruyendo historias institucionales

y haciendo un uso exhaustivo de archivos, presupuestos y fuentes documentales; un esfuerzo de investigadores que realmente se *han ensuciado las manos*.

Estos trabajos son resultado de un conjunto de investigaciones realizadas en Argentina y Costa Rica; sus autores forman parte de responsables equipos de trabajo que, desde hace tiempo, están haciendo un destacado esfuerzo de indagación en historia intelectual e institucional. Alejandro Blanco es investigador del Programa de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes, donde se ha nutrido de una de las más sólidas tradiciones en investigación histórica en el campo local. Diego Pereyra y José Casco son investigadores y docentes del grupo en Historia Sociológica de la Sociología en Argentina, que desarrolla su actividad en el Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires. Juan José Navarro, Fernando Quesada y Eliana Gabay son, por su parte, investigadores del Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales, perteneciente al CONICET, y forman parte de un grupo de investigación de la Universidad Nacional de Cuyo, bajo la dirección de Fernanda Beigel. Finalmente, Jorge Rovira Mas es uno de los más importantes especialistas en Sociología política en América Latina, con más de 35 años de labor en la Universidad de Costa Rica y uno de los más conspicuos investigadores sobre los principales temas y actores de la Sociología latinoamericana.

Salvo este último nombre, el resto de los autores compone una cohorte de jóvenes doctores y doctorandos, cuya edad no supera los 40 años, lo que les permite situar su perspectiva de análisis por fuera del relato generacional y su consiguiente lógica de lealtades, reproches, sanciones y silencios. Afortunadamente, el texto de Rovira Mas no es disonante con esta mirada renovada, ya que aporta una lúcida y desapasionada narración de la Sociología en la región.

En el primer artículo, Blanco estudia las características del programa fundacional de la Sociología científica en la región, por medio del examen de la obra y la vida de José Medina Echavarría, enfatizando las relaciones entre ciencia y política y los compromisos culturales e intelectuales más amplios que articularon el proyecto. El autor demuestra su dominio de las herramientas heurísticas de la historia intelectual y combina eficientemente dos modelos diferentes de la historia de la Sociología: biográfico e institucional. Ello le permite rastrear los motivos y razones que explican el derrotero de Medina Echavarría, sin caer en definiciones psicológicas; y describir los rasgos de un proyecto cultural cuyo marco de referencia incluía estrechas relaciones y acuerdos con las definiciones de ciencia, democracia

y libertad. El texto abre, por cierto, la posibilidad de integrar al análisis a otros actores participantes del mismo proyecto y portadores de un vocabulario semejante, permitiendo así un estudio comparativo de un grupo de intelectuales latinoamericanos situados en el tránsito de la Sociología tradicional a la Sociología moderna, buscando comprender en cada caso diversas estrategias de ruptura y *aggiornamento*. El nombre de Germani aparece en primer lugar, pero podrían agregarse otros.

El caso de Germani es el tema del siguiente capítulo de esta compilación. Este texto propone una discusión sobre las razones que le permitieron convertirse en el fundador de la Sociología científica en Argentina. Sostiene que su éxito intelectual podría ser explicado por la utilización eficaz de ciertas habilidades empresariales favorecidas por el desarrollo de las redes internacionales, el proceso de despersonización de la sociedad argentina y un fuerte liderazgo personal e institucional, en procura de situar su trayectoria como un empresario científico. El artículo combina un enfoque institucional y el modelo de redes con la historia de las teorías y las tradiciones y el uso de estrategias de indagación biográfica. Debería preguntarse si esta mirada es totalmente novedosa tal como sostiene su autor o si, contrariamente, este conjunto de variables ya fue considerado por los estudios previos sobre Germani. Por otra parte, debería examinarse con atención si la evidencia empírica presentada es suficiente para sostener el argumento. Además, la estrategia de explicación pluricausal exhibida queda desdibujada frente a la sobredimensión que asume el estudio de ciertas capacidades de gestión académica. Por último, podría ponerse en cuestión el uso del concepto “empresario académico” y reflexionar sobre las ventajas de su utilización o, por el contrario, sus limitaciones, dadas las connotaciones valorativas del término. El problema será encontrar un concepto alternativo.

Por su parte, Navarro y Quesada presentan, en el tercer capítulo, un revelador estudio del Proyecto Camelot, basado en un análisis de fuentes muy poco consultadas (inclusive inéditas en muchos casos). El texto ofrece una sólida reconstrucción del proceso de gestación, desarrollo e impacto de uno de los episodios más conocidos (pero estudiado seriamente con menos frecuencia) en la historia intelectual del Cono Sur. Los autores muestran entonces las posibilidades del modelo de historia de corta duración y, al igual que los capítulos precedentes, las ventajas de la perspectiva institucional que estudia atentamente las formas de financiamiento, administración y demanda de los recursos. A su vez, el artículo es sumamente útil pues demuestra la posibilidad de retomar la investigación sobre hechos históricos muy renombrados

y poder aportar nuevas miradas sobre estos, mediante una rigurosa investigación empírica y la formulación de novedosas preguntas de investigación.

En el cuarto capítulo, Gabay presenta una investigación sobre el rol del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social en la producción y circulación del conocimiento social en la región. Nuevamente, este texto combina productivamente las estrategias de la historia intelectual y la historia institucional en la comprensión integrada de factores cognitivos y administrativos, ofreciendo entonces simultáneamente una inteligente mirada sobre el impacto de las tradiciones intelectuales e institucionales. El artículo muestra también un sólido trabajo de campo, rastreando los objetivos y logros de la institución y su capacidad para atender nuevas demandas (hay que decirlo de nuevo) intelectuales e institucionales. Ofrece, así, un estudio que puede dar respuestas a una de las preguntas principales de la historia de las Ciencias Sociales ¿Cómo se producen la circulación de los discursos y el cambio de las ideas sobre la sociedad dentro de un sistema de creencias?; y, en cierta forma, brinda además una respuesta sobre el proceso de legitimación de las ideas, un interrogante esbozado por Blanco y, más explícitamente, por Pereyra. Finalmente, el texto de Gabay debe ser valorado porque muestra claramente que la dinámica de la Sociología latinoamericana está mucho más ligada a la historia de la economía y no tanto a la filosofía de la región, como se asume habitualmente; pensando muy acertadamente que la relación entre “cepalismo”, Sociología científica y teoría de la dependencia tiene mucho más de continuidades que de rupturas.

El siguiente trabajo reconstruye el proceso que hizo posible la recepción de los escritos políticos de Weber por parte de un grupo de científicos sociales de izquierda a mediados de la década de 1970 en la región. En este texto, Casco se pregunta cómo pudo darse ese encuentro entre las ideas de uno de los exponentes del liberalismo y un grupo de intelectuales imbuidos en la tradición socialista, y reflexiona, al mismo tiempo, sobre el impacto del cambio en las ideas de aquel espacio intelectual. Se retoman aquí los elementos principales de un contexto intelectual e institucional en profunda transformación, el cual estuvo marcado por la sensación de derrota tras la irrupción de proyectos dictatoriales, la experiencia del exilio obligado de una inmensa cohorte de intelectuales locales, la crisis del marxismo y la esperanza de la transición democrática. Todo ello, tamizado con la lectura de Weber, contribuyó a colocar nuevas problemáticas y nuevos paradigmas en la agenda de las Ciencias Sociales argentinas y latinoamericanas. Sin embargo, se puede reclamar que el texto no haya

terminado de definir con claridad el recorte de los diferentes temas y dimensiones que lo atraviesan y por ello sería necesario situar mejor la discusión dentro de una narración histórica, que es ciertamente, precisa y documentada.

Por último (pero no por ello menos), Rovira Mas presenta una sintética, pero muy completa, descripción del desarrollo de la Sociología en Centroamérica en los últimos 40 años. Su relato apunta a identificar tres etapas precisas del proceso de institucionalización de esa disciplina. La etapa fundacional se caracterizó por plantear la institucionalización de la disciplina como un proyecto regional, que pronto se fue debilitando. Las etapas siguientes implicaron un proceso de diversificación y diversidad. El texto muestra claramente las limitaciones del proceso y las estrechas relaciones entre los proyectos de modernización académica y las aspiraciones de modernización social y política, en una dinámica que fue atravesada por la guerra civil, primero, y la transición democrática, más tarde. De esta forma, el texto se pregunta implícitamente por el rol de los intelectuales en América Central, sus compromisos y su capacidad de autonomía. Finalmente, el texto reconoce el papel principal que FLACSO y otros centros independientes tuvieron en el impulso de las Ciencias Sociales centroamericanas, lo que permitiría reflexionar sobre la incapacidad de las universidades nacionales en cada uno de los países de esa región para generar condiciones apropiadas para el trabajo intelectual. El autor plantea que el desafío presente es la reinención del proyecto regional, pero se necesitaría para ello un mayor vínculo entre las universidades y las redes regionales e internacionales.

Mientras que en ámbitos internacionales se sostiene (Hess, 2008) que la historia de la Sociología quedó atrapada por la lógica disciplinaria de la misma Sociología y se reclama por ampliar el horizonte de investigación, incorporando las nuevas preguntas de la historia intelectual, uno podría pensar lo contrario para la experiencia latinoamericana. En este caso, la historia de las Ciencias Sociales en la región está imbuida de cierto “culto a los héroes” (*hero worshipping*) y se abusa de las herramientas de la historia intelectual y de la historia de las ideas (las cuales se confunden, frecuentemente). Por ello se requiere reflexionar sobre la necesidad de una historia capaz de situar la Sociología, la economía y el resto de las Ciencias Sociales de la región en un patrón de institucionalización comparable al desarrollo de las mismas a escala internacional.

Aunque pueda ser enriquecida desde otras perspectivas, una historia de las Ciencias Sociales sin contenido sociológico es insuficiente e improductiva. Esto quiere

decir la necesidad de reconstruir un relato histórico capaz de desacralizar la tarea intelectual y elaborar un modelo explicativo que pueda evitar el reforzamiento de la narración mítica, en la que muchas veces los protagonistas han quedado atrapados. En este sentido, se deberían buscar las maneras de situar esa labor intelectual dentro de patrones institucionales (regularidades sociales) de comunicación de las ideas y la constitución de un sistema de producción y consumo cultural. Se busca entonces estudiar la ubicación de los intelectuales dentro grupos socioprofesionales determinados por categorías sociales, ya sea la edad, el reconocimiento o el origen social.

Este planteo pretende, obviamente, situar la historia de ideas, actores sociales e instituciones en el tiempo y el espacio, pero además determinar sus puntos de vista y relacionar esas perspectivas con otras tradiciones existentes en el mismo contexto social. De esta forma, se quiere encontrar una explicación histórica que dé cuenta de las formas y variaciones de las ideas sociales derivadas de la composición de los grupos y capas sociales y que, al mismo tiempo, identifique y explique los factores institucionales que limitaron, condicionaron y guiaron las estrategias individuales y las pautas de acción en un sistema de creencias dado. Esto quiere decir un retorno a la Sociología de la Sociología más clásica (Merton y Mannheim, por ejemplo), pero ello no significa la renuncia a incorporar las enriquecedoras perspectivas que aparecieron luego (desde Edward Shils a Pierre Bourdieu, desde Martin Jay a Quentin Skinner, por solo nombrar a unos pocos). Por el contrario, para enriquecer este campo, se buscan investigadores que sean al mismo tiempo mertonianos tradicionales y seguidores de los modelos de historia intelectual e historia de la Sociología probados en los últimos 40 años.

En conjunto, esta compilación se ha planteado reflexionar sobre el proceso de institucionalización de las Ciencias Sociales en América Latina, pensando no solo la evolución de conceptos e interpretaciones sobre la sociedad, sino, también, el impacto de las tradiciones intelectuales, la construcción de redes sociales y académicas, la legitimación del saber sobre la sociedad y la interacción entre las estrategias de los actores y sus determinaciones institucionales.

Los textos compilados son “borradores de trabajo”, por lo cual los lectores no deben asombrarse de encontrar en el futuro versiones corregidas de los mismos publicadas en revistas o libros, lo que es un indicador de la voluntad de trabajo y dedicación de sus autores, pero también de la dinámica de un nuevo campo en

expansión. Esos mismos lectores tienen ahora la palabra y deben juzgar si estos trabajos contribuyen a una mejor comprensión de la historia de las Ciencias Sociales en América Latina, y, en todo caso, alimentar un debate necesario y estimular la producción de nuevos trabajos, especialmente la realización de estudios comparativos. Se quiere agradecer la inestimable ayuda prestada por Carlos Sojo y Abelardo Morales desde FLACSO-Costa Rica para que esta compilación sea posible. Ellos estimularon el trabajo y luego esperaron pacientemente su finalización.

Diego Pereyra

Bibliografía

- Agramonte, Roberto (1963) *La Sociología latinoamericana*, Editorial Universitaria de Puerto Rico, Río Piedras.
- Ansaldi, Waldo (1991) *La búsqueda de América Latina*, Instituto de Investigaciones, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- Beigel, Fernanda (2009) “La FLACSO chilena y la regionalización de las Ciencias Sociales en América Latina (1957-1973)”, *Revista Mexicana de Sociología*, México, 71, 2: 319-349.
- Brunner, José Joaquín (1986) *Las Ciencias Sociales en Chile: institución, política y mercado en el caso de la Sociología*. FLACSO, Santiago de Chile.
- Deves Valdez, Eduardo (2000) *Pensamiento Latinoamericano del Siglo XX*, Biblos, Buenos Aires.
- Echánove Trujillo, Carlos (1953) *La Sociología en Hispanoamérica*, Imprenta Universitaria, La Habana.
- Franco, Rolando (2007) *La FLACSO Clásica (1957- 1973). Vicisitudes de las Ciencias Sociales latinoamericanas*, FLACSO- Catalonia, Santiago de Chile.
- Hess, Andreas (2008) “Intellectual History and History of Sociology. A critical response to the traditional Mertonian Approach”, *RCHS Newsletter*: January, 5- 10.
- López Núñez, Carlos (1953) *Horizonte doctrinal de la Sociología hispanoamericana*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla.
- Miceli, Sergio (1995) *História das Ciências Sociais no Brasil*, Idesp, São Paulo.

Pereyra, Diego (2007) “The Asociación Latinoamericana de Sociología. History of regional sociological organization in Latin America (1950s- 1960s)”, *Sociology: History, Theory and practices*, Russian Society of Sociologists, Moscow-Glasgow, 8, 2007: 155-173. Pérez Brignoli, Héctor (2008) *Los 50 años de la FLACSO y el desarrollo de las Ciencias Sociales en América Latina*, FLACSO-Juricentro, San José de Costa Rica.

Poviña, Alfredo (1941) *Historia de la Sociología latinoamericana*, Fondo de Cultura Económica, México.

_____ (1959) *Nueva historia de la Sociología latinoamericana*, Assandri, Córdoba.

Solari, Aldo, Rolando Franco y Joel Jutkowitz (1976) *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México.

Sonntag, Heintz (1991) *Duda, certeza y crisis*, Nueva Sociedad, Caracas.

JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA
Y EL PROYECTO DE UNA SOCIOLOGÍA CIENTÍFICA

Alejandro Blanco
(CONICET- Universidad Nacional de Quilmes)

En la primera mitad de la década de 1940, se inició en América Latina un movimiento de renovación radical de la Sociología, conocido con el nombre de “Sociología científica”. En el mundo de habla hispana, José Medina Echavarría fue uno de sus portadores principales. ¿En respuesta a qué preocupaciones y en función de qué expectativas de orden político e intelectual se articuló dicho programa? Este trabajo examina entonces las principales aristas de aquel programa, en procura de poner de relieve las relaciones entre ciencia y política como los compromisos culturales e intelectuales más amplios que lo articularon.

Introducción. Medina Echavarría y las ciencias sociales en México.

En la primera mitad de los años cuarenta se inició en América latina un movimiento de renovación de la Sociología conocido con el nombre de “Sociología científica”. José Medina Echavarría, Gino Germani y Florestán Fernandes fueron sus principales portavoces. El primer signo de un movimiento en esa dirección fue *Sociología, teoría y técnica*, publicado por Medina Echavarría en 1941. El libro, que sería saludado por Germani como aquel que inició “la ola de la Sociología científica en América latina”, pronto encontró sus congéneres. En 1953 Florestan Fernandes publicó *Fundamentos empíricos da explicação sociologica*, que se abría con un epígrafe de Medina Echavarría, y, tres años más tarde, Germani daría bautismo al movimiento con la publicación de *La Sociología científica. Apuntes para su fundamentación*. ¿En torno a qué preocupaciones y en

función de qué expectativas de orden político e intelectual se articuló dicho programa? Este último, no obstante iniciarse en México, alcanzó un mayor grado de aceptación e institucionalización en los países del Cono Sur, especialmente en Brasil, Argentina y Chile (Blanco, 2007). ¿Por qué? Circunscrito a la figura de José Medina Echavarría, este trabajo examina entonces algunas de las principales aristas de aquel programa, los compromisos culturales e intelectuales más amplios que lo articularon y plantea algunas hipótesis relativas a su débil institucionalización en México.

En 1939, luego de la derrota de los republicanos en la Guerra Civil Española, José Medina Echavarría se exilió en México. Tenía entonces 36 años. Si bien fue en México donde dio forma a su proyecto de “una reconstrucción de la ciencia social”, su concepción solo puede comprendida en el contexto de sus años formativos en el Viejo Continente y por razones que se comprenderán enseguida. Había estudiado Derecho y Filosofía en Valencia, Madrid y París. Entre 1930 y 1933 pasó dos temporadas en Alemania estudiando filosofía, becado por la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas de Madrid. En la primera mitad de los años treinta tradujo para la editorial de la revista de Derecho Privado *Filosofía del Derecho*, de Gustavo Radbruch (Madrid, 1933), y *Las transformaciones de las capas sociales después de la guerra*, de Robert Michels (s.f.). Ya para entonces, y como ha sido documentado en diversos ensayos consagrados a su trayectoria intelectual, la Sociología había comenzado a revelarse como una efectiva opción de profesión intelectual frente a la frustración experimentada hacia la tradición de la Filosofía del Derecho en la que se había formado (Lira, 1986 y 1989). Sus primeras incursiones en esa nueva disciplina quedarían reflejas en *Introducción a la Sociología contemporánea (1934-1935)*, un pequeño ensayo que entregó a la imprenta en 1936 y que recogía las clases de su primer curso de Sociología impartido dos años antes en la Universidad de Madrid.¹ Y ese mismo año había obtenido una beca para realizar estudios de Sociología en la *London School of Economic* y en los Estados Unidos, más precisamente en las universidades de Columbia y Chicago, con el fin de estudiar los métodos de investigación social (Lira, 1986 y 1989).

En esos años de entreguerras, por lo tanto, Medina Echavarría estaba colocado en el centro de las principales corrientes intelectuales de la ciencia social de su

1 La publicación del manuscrito se vio frustrada por el estallido de la Guerra Civil Española. Con un título ligeramente diferente, la obra sería publicada finalmente en México en 1940 (Medina Echavarría, 1940).

época. No estuvo en Heidelberg, ciertamente, donde pocos años antes había estado Talcott Parsons, respirando una atmósfera en la que todavía Max Weber era una presencia gravitante (Parsons, 1970). Pero durante su estancia en Marburgo asistió a las clases de Karl Löwith, justo un año antes de que apareciera *Max Weber und Karl Marx* y donde probablemente tomó conocimiento de la obra de Weber (Morcillo, 2008). Tampoco pudo consumir su viaje a la London School of Economics, para entrar en contacto con Karl Mannheim, posiblemente el sociólogo de entreguerras más notable y cuya obra Medina Echavarría había conocido en Alemania (Blanco, 2008) Igualmente frustrado fue su proyecto de permanecer por un tiempo en las universidades de Chicago y Columbia, pero el intento mismo indica que estaba al corriente de lo que ocurría en las dos metrópolis de la ciencia social estadounidense por entonces en ascenso.

En suma, cuando llegó a México, Medina Echavarría ya era depositario de un cierto capital cultural y había decidido reorientar su proyecto intelectual hacia una disciplina por entonces teóricamente poderosa pero institucionalmente débil: la Sociología. Sería precisamente ese capital cultural el que, una vez en México, movilizaría en su empresa de renovación de la ciencia social en América latina. En efecto, una vez instalado en tierra azteca, tuvo a su cargo la enseñanza de la Sociología en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, en la Universidad Nacional de México y en la Escuela Nacional de Economía (Gurreri, 1980, y Lira, 1986, 1989). Pero más importante aún, asumió la dirección de la colección de Sociología de una empresa editorial en expansión, el Fondo de Cultura Económica, y por cuyo intermedio edificó la biblioteca en Ciencias Sociales sin dudas más dinámica e innovadora de la región, y cuya contribución se revelaría decisiva para el futuro inmediato de esas nuevas disciplinas. Tradujo y coordinó la traducción y edición de la *opus magnum* de Max Weber, *Economía y sociedad* –en rigor, la primera versión en lengua extranjera de dicha obra– e impartió algunos cursos y seminarios, aunque desgraciadamente sin mucha fortuna, sobre el sociólogo alemán y sobre la importancia de su obra para una comprensión de los problemas que enfrentaban las sociedades contemporáneas. Fue también el traductor de Karl Mannheim, que llegó a convertirse en el autor más editado de su colección (Blanco, 2008) y, finalmente, abrió la ciencia social latinoamericana a los nuevos vientos de la *social research* estadounidense, que no solamente transmitió en algunos escritos, cursos y seminarios, sino, también, mediante la edición de algunos de los títulos hoy clásicos de dicha tradición, como *El papel*

social del intelectual, de Florian Znaniecki, *Metodología de las Ciencias Sociales*, de John Dewey, *Teoría de la clase ociosa*, de Thorstein Veblen, y *Social Research*, de George Lundberg. Su proyecto de una renovación de la ciencia social en América latina solo puede ser cabalmente comprendido entonces en el contexto de todas estas fuerzas intelectuales que gravitaron en sus años de formación.

Las ciencias sociales en México

Pero, ¿cuál era ese proyecto de ciencia social? La respuesta a esta última pregunta exige una consideración del contexto de intervención. ¿En qué situación se encontraban las Ciencias Sociales en México? Más o menos como ocurrió en la mayoría de los países de América latina, la Sociología en México nació como parte de la enseñanza del Derecho. A partir de la segunda mitad del siglo XIX y a tono con la cultura positivista de la época, la enseñanza de la Sociología fue introducida en la Escuela Nacional Preparatoria (ENP), pero durante un buen tiempo fue parte de la enseñanza de la Lógica. En rigor, fue con la reforma del plan de estudios de la ENP en 1895 cuando la Sociología fue incorporada en el currículum académico de la Escuela Nacional de Jurisprudencia como asignatura específica y distinta de la Lógica (Reyna, 1979; Castañeda, 1990). Limitada en un comienzo al espacio de la cátedra, hacia los años cuarenta, la Sociología comenzó a ganar un mayor espacio y predicamento en las instituciones culturales, y muy especialmente, a partir de la asunción, por parte de Lucio Méndez y Núñez, en 1939, de la dirección del Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) (creado nueve años antes) y con el lanzamiento, ese mismo año, de la *Revista Mexicana de Sociología*. Sin embargo, y no obstante esa promisoría implantación institucional, en términos intelectuales la Sociología se hallaba todavía fragmentada, ambigua en su estatuto, sin unidad ni dirección intelectual. La producción intelectual del IIS fue más bien escasa durante la primera década y mayormente consagrada al estudio de la población indígena. La heterogeneidad étnica y cultural era considerada entonces uno de los grandes problemas nacionales. Por lo demás, y a falta de un estatuto independiente, la enseñanza de la Sociología continuaba subordinada a las escuelas de Derecho (Arguedas y Loyo, 1979; Girola y Olvera, 1998; Reyna, 1979 y 2005).

Fue en este contexto que Medina Echavarría inició el reclamo a una renovación radical de los ideales intelectuales de la Sociología. En algunos ensayos redactados desde su llegada a México, y posteriormente publicados en *Responsabilidad de la*

inteligencia. Estudios sobre nuestro tiempo (1943), pero especialmente en *Sociología, teoría y técnica* (1941) libró un duro combate contra el amateurismo sociológico, subrayando la necesidad de clarificar el estatuto de una disciplina que, como la Sociología, había llegado “a cubrir los más arbitrarios contenidos y a proteger las más variadas intenciones” y “ha sido y es empleada para las más sospechosas actividades prácticas e ideológicas (Medina Echavarría, 1943: 87-88). En apoyo de su proselitismo científico, Medina Echavarría refería el caso de la “Sociología norteamericana” como un ejemplo logrado en esa dirección en un extenso capítulo titulado precisamente “La investigación social y sus técnicas”. Durante esos años, en efecto, insistiría una y otra vez en la necesidad de incorporar la investigación social a la *Sociología*. “La intervención del indocumentado –señalaba no sin acrimonia– es un penoso privilegio de las Ciencias Sociales” (Medina Echavarría, 1941: 146). Estaba al corriente de toda, o casi toda la literatura norteamericana relativa a la investigación social como de la tradición del neopositivismo del llamado Círculo de Viena, que había hecho de la defensa de una “ciencia unificada” un programa político a la vez que cultural. Impartió cursos sobre la materia en distintos centros universitarios y documentó ampliamente su conocimiento de ella en un ensayo temprano publicado en la *Revista Mexicana de Sociología* (Medina Echavarría, 1939).

Pero en forma paralela a esta reivindicación de la investigación social y de sus técnicas, Medina Echavarría subrayaría, una y otra vez, la necesidad de la teoría, capaz de superar “el puro coleccionismo de datos sin tasa y sin guía” (Medina Echavarría, 1941: 153). En realidad, el núcleo del argumento apuntaba hacia una síntesis de la tradición de la Sociología empírica estadounidense con la gran tradición teórica del Viejo Continente, síntesis que Medina Echavarría habría de expresar en la fórmula misma de “teoría y técnica” con la que decidió apostrofar la reorientación de la Sociología por él preconizada. A este respecto, en el prólogo a la primera edición de *Sociología, teoría y técnica*, escribía: “Se trata de que no puede existir una ciencia sociológica sin una teoría y sin una técnica de investigación. Sin una teoría, es decir, sin un cuadro categorial depurado y un esquema unificador, lo que se llama Sociología no solo no será ciencia, sino que carecerá de significación para la investigación concreta y la resolución de los problemas sociales del día. Sin una técnica de investigación definida, o sea, sometida a cánones rigurosos, la investigación social no solo es infecunda, sino que invita a la acción siempre dispuesta del charlatán y del audaz” (Medina Echavarría, 1941: 8).

En rigor, su programa de una sociología científica vino así a conectarse con el reclamo de una reforma intelectual y organizativa de la ciencia social y debe ser comprendido como parte de un esfuerzo destinado a desalojar un patrón *amateur* de cultivo de la ciencia social –en el que su enseñanza estaba destinada a complementar la formación de las disciplinas tradicionales– en favor de la formación de una comunidad disciplinaria y de investigación regida por un conjunto de normas, procedimientos, valores y criterios académicos y científicos de validación. El de Medina Echavarría fue un combate que libró contra las dos tradiciones de referencia de la ciencia social en México: una, más reciente, de raíz filosófica, articulada en torno del historicismo alemán y de la filosofía de Ortega y Gasset, y promovida fundamentalmente por los exiliados españoles; la otra, más pragmática, heredera del biologicismo y positivismo decimonónicos, y alentada por Lucio Mendieta y Núñez, partidario de una ciencia social aplicada y que en forma temprana promovió la publicación de algunos de los trabajos más representativos de la *social research* estadounidense, como los de Stuart Chapin, Stuart Queen y Pauline Young (Girola y Olvera, 1998).

En la tercera sección del primer capítulo de *Sociología: teoría y técnica*, “Sociología y Filosofía”, Medina Echavarría advertía que “hay que ponerse en guardia más que nunca sobre la posible confusión entre Sociología y Filosofía que acecha constantemente y que quizá es la causa de forzadas y peligrosas oscilaciones en el péndulo. [...] Y no habrá manera de preservar a la Sociología su propia personalidad [...] si no mantiene constantemente despierta la conciencia de que es una *ciencia empírica*, obligada a aplicar el método de la ciencia a sus propios problemas y tareas” (Medina Echavarría, 1941: 32). Sin dudas era este un debate que Medina Echavarría libraba contra la tradición humanista de los trasterrados –muchos de los cuales eran filósofos de formación–. A este respecto, Medina Echavarría reservaría palabras más que duras hacia Ortega y Gasset, el maestro y guía espiritual de esta generación de humanistas españoles. En una nota al pie del apartado consagrado a fundamentar la diferencia entre Sociología y Filosofía señalará, no sin acrimonia, que “la amplitud con que se aplica la palabra Sociología viene a demostrarla el propio Ortega al calificar de tratado de Sociología el libro de Bergson, *Las dos fuentes de la moral y la religión*” (Medina Echavarría, 1941: 30).

La polémica que Medina Echavarría mantuvo con su compatriota José Gaos revela, quizá como ninguna otra cosa, tanto las enormes resistencias y obstáculos que su apuesta por una sociología científica despertó en la comunidad de exiliados

españoles como el sentido y las expectativas últimas depositabas por aquel en la edificación de una comunidad disciplinaria de enseñanza e investigación. En efecto, en forma casi inmediata a la aparición de *Sociología, teoría y técnica*, José Gaos publicó una nota crítica con un título por demás expresivo, “Dios nos libre de las ‘ciencias’ sociales” y en la que advertía que una definición científica de la Sociología equivalía a una destrucción de las posibilidades de la libertad humana.² Gaos reprochó a Medina Echavarría su excesiva asimilación de la razón a la ciencia, o más precisamente a una ciencia fundada en el modelo de la ciencia natural. A juicio de Gaos, una sociología entendida de esa manera, terminaba siendo otra expresión del dominio de la sociedad por la técnica. En su réplica, Medina Echavarría argumentó que el carácter instrumental y anticipatorio que ganaba una sociología científicamente orientada no significaba un daño para la libertad (Medina Echavarría, 1943a). Ciertamente, el conocimiento de los resultados probables de las acciones terminaba estrechando el margen de las expectativas, pero por eso mismo acrecentaba su potencialidad y seguridad. La mayores probabilidades ofrecidas a la acción del ignorante –decía Medina Echavarría repitiendo el *dictum* de Max Weber– no implican una mayor libertad respecto del sabio constreñido por el conocimiento. Muy por el contrario, una mayor libertad en las decisiones de los hombres es una función de su capacidad para predecir y anticipar sus resultados. En tal sentido, las mayores amenazas y limitaciones a la libertad no tenían su origen en un mundo científicamente orientado, sino en factores extra-científicos, tales como la rutina, la tradición, la superstición y los instintos de poderío. En cualquier caso, lo que esa polémica ponía al descubierto era la existencia de dos modelos de referencia para las Ciencias Sociales –el de las humanidades, en un caso, el de la ciencia, en el otro– tanto como la disputa por el control de algunos dominios de intervención y de competencia, especialmente moral y social, monopolizados hasta entonces por las disciplinas tradicionales (como el Derecho) y las humanidades.

De manera más silenciosa, pero no menos nítida, Medina Echavarría tomó distancia igualmente de la concepción de la Sociología preconizada por Lucio Mendieta y Núñez –abogado de formación y uno de los principales impulsores de la ciencia social en México– que concebía aquella como un instrumento para mejorar

2 Por decisión del editor de *El noticiero bibliográfico* la nota fue publicada finalmente con el título de “Filosofía y Sociología. Una carta abierta”, en *El noticiero bibliográfico*, tomo II, N.º 51, octubre de 1941, pp. 1-7.

los problemas del país, para crear “ingenieros sociales” (Castañeda, 1990: 413), a la vez que como un “remate de la cultura humanista” impartida en el Escuela Nacional Preparatoria; es decir, como “una disciplina que interesa a todos los profesionales por igual” (Mendieta y Núñez, 1950: 37-48). En rigor, Mendieta y Núñez no creía que la Sociología fuera una disciplina y que pudiera reclamar su independencia. Muy por el contrario, estaba convencido de que podía ser llevada a cabo por personas con otra formación: “es un error creer –decía– el que porque un hecho es social, basta ser sociólogo para investigarlo y estudiarlo. Hay aspectos sociales que solamente el psiquiatra o el médico, ingeniero, el jurista, el economista, el etnólogo, le antropólogo, pueden advertir, desentrañar y notar en su justa medida” (Mendieta y Núñez, 1955: 234). Es más, cuando en 1939 Mendieta y Núñez asumió la dirección del Instituto de Sociología, presentó a este último en los siguientes términos: “...se quiso –desde su fundación– que las actividades del Instituto se orientaran pragmáticamente, a fin de encontrar las fórmulas de acción adecuadas para resolver los problemas sociales más importantes del país”. Y más adelante añade que “el Instituto [...] puede realizar una feliz concurrencia de todas las profesiones en la investigación social y el estudio de los problemas sociales de México”. Era, por consiguiente, la “cuestión social” antes que el método o el campo lo que diferenciaba las distintas áreas de la investigación social. En el diseño organizativo del Instituto se advierte bien el carácter ecléctico de esta concepción: Sociología, Medicina Social, Ingeniería y Arquitectura Social, Economía y Trabajo y Biblioteca, Archivo y Relaciones Exteriores. En cierto modo, el Instituto era concebido como un agregado de investigadores independientes antes que como una comunidad unificada de investigación, como un lugar de encuentro antes que un dispositivo para organizar la investigación social. En el fondo, el presupuesto era que cada uno de sus integrantes tenía algo válido para decir y que sobre la base de su propio buen juicio estaba en condiciones de elegir y desarrollar de manera competente un determinado tema de investigación. Es decir, que todas las investigaciones originadas de manera espontánea por cada uno de los investigadores añadiría una evaluación significativa de la sociedad y de sus problemas. El resultado fue un eclecticismo caótico y la falta de foco, tal como lo revelan las publicaciones registradas en la *Revista Mexicana de Sociología*.

Contra esto, la insistencia de Medina Echavarría en la unidad de la ciencia se explica por su intención de superar esta forma laxa de profesionalización de la ciencia social, sin reglas claras ni procedimientos para establecer y validar los conocimientos

sociales producidos y sin un marco común categorial en el que insertar la investigación de los problemas sociales. Ciertamente, Medina Echavarría reconocía la legitimidad del impulso reformista que estaba presente en Mendieta y Núñez, un impulso que provenía seguramente de la tradición de Durkheim con la que Mendieta y Núñez estaba tan identificado y que Medina Echavarría miraba con aprobación. Lo que este último lamentaba era su falta de carácter científico, en el sentido en que Medina Echavarría entendía este último término, y que implicaba la falta de una teoría en sentido fuerte; es decir, un marco de referencia común a partir del cual encarar la investigación de los problemas sociales.

III. Razones del proyecto modernizador

Ahora bien, ¿por qué Medina Echavarría abrazó y defendió con ese fervor casi evangélico la causa de la ciencia como la necesidad de una profesionalización de la Sociología? En principio, por razones intelectuales. Por entonces, y especialmente en el mundo anglosajón, la reivindicación de la ciencia era parte de un programa más amplio de la lucha antifascista y en la que sus máximos exponentes –John Dewey, Morris Cohen, Walter Lippmann y Horace Kallen– argumentaban que la empresa científica era la expresión de una cultura política democrática. La ciencia y la democracia –tal el argumento– encarnaban los mismos valores antiautoritarios (Blanco, 2006). Tanto una como la otra –se decía– compartían cualidades tales como la libertad de pensamiento y el respeto por la dignidad de la persona humana. Medina Echavarría, que presenció la agonía de la República de Weimar, el ascenso del nazismo y poco después la derrota de República Española, no era ajeno a este debate. A este respecto, en 1939, ya radicado en México, publicó un pequeño ensayo sobre un clásico del programa de la lucha antifascista, *Freedom and Culture*, de John Dewey, destacando precisamente el papel central que tenía la ciencia en el desarrollo y expansión de una “cultura libre” o de una sociedad democrática. Dicha centralidad estaba fundada no tanto en los resultados de las investigaciones científicas –que podían estar sujetos a una utilización de efectos catastróficos– cuanto en la racionalidad sustancial de la ciencia misma, o en lo que, siguiendo a Dewey, Medina Echavarría denominaba como “actitud científica”, consistente en la capacidad de emplear las ideas como hipótesis sujetas a prueba o verificación antes que como afirmaciones dogmáticas.

En este sentido, y a tono con aquel programa, Medina Echavarría dictaminaba que “[...] el futuro de la democracia depende de la expansión y predominio de la actitud científica” (Medina Echavarría, 1943b: 281).

Pero no son solamente razones intelectuales y políticas las que explican su elección por la ciencia, sino, también, su condición de emigrado. En efecto, el exilio había interrumpido su vínculo con la política. Como es sabido, durante sus años en España había cultivado de manera simultánea la carrera académica con la carrera política. En efecto, participó activamente en la vida de la República Española, en un comienzo como asesor letrado de las Cortes de los Diputados, y más tarde como encargado de negocios del Gobierno en Varsovia. A este respecto, en el prólogo a *Responsabilidad de la inteligencia*, Medina Echavarría escribía que “[...] la experiencia de una emigración confirma dos ideas viejas sobre lo que es la vida intelectual: la íntima conexión de la misma con una comunidad y los peligros y sufrimientos de lo que es en sí misma una existencia vicaria. La unión del pensamiento a los problemas, tradiciones y necesidades de la propia comunidad, solo se percibe bien en el momento en que a la fuerza se rompe ese estrecho e inconsciente contacto” (Medina Echavarría, 1939: 21). Son precisamente esos “problemas, tradiciones y necesidades de la propia comunidad lo que Medina Echavarría había perdido con la emigración. No obstante ser bien acogido en México, durante sus años como exiliado careció de lazos con el poder político, a diferencia de Mendieta y Núñez y Cosío Villegas, sólidamente implantados en su propia comunidad y con lazos estrechos con las élites políticas mexicanas. Desenraizado, procuró entonces fundar un nuevo principio de autoridad intelectual a partir de la formación de una comunidad académica nítidamente separada del poder y de las élites políticas. La reivindicación de la “ciencia” y de su universalismo ofrecían la posibilidad de una comunidad sustituta a la vez que una protección para el desarrollo de una carrera académica cuyas posibilidades mismas estaban sujetas –y eran dependientes de– las relaciones con el poder político y el Estado (Reyna, 2005). En el contexto de su condición de marginal, de *outsider*, separado de sus tradiciones de origen, Medina Echavarría encontró en la ciencia precisamente eso, una tradición y un modelo de comunidad abierta. En su polémica con José Gaos señalará precisamente que “la ciencia es también en sí misma ejemplo de auténtica comunidad en la medida en que es tarea colectiva y cooperativa. Es *foro* abierto en donde todos pueden dejar oír su palabra por modesta que sea, y en donde

lo decisivo no es la gran personalidad, sino la confirmación y la prueba” (Medina Echavarría, 1943a: 46).

Fue seguramente esa falta de lazos con la comunidad, de conexión con los problemas y tradiciones locales la que lo condicionó a desertar de un “profesionalismo cívico” y abrazar la causa de un “profesionalismo disciplinario” (Bender, 1997). El primero es un tipo de profesional orientado hacia la comunidad y su ingreso a la profesión se realiza por medio del apoyo de la élite local, y los profesionales ganan la confianza del público dentro de este contexto social más que mediante la certificación. En este sentido, el profesionalismo cívico se apoya y se nutre de una cultura pública compartida y relativamente accesible. El profesionalismo disciplinario, por el contrario, rompe con ese elemento de una cultura pública compartida en la medida en que cada disciplina desarrolla sus propios esquemas conceptuales de base (que Medina Echavarría pretendió edificar por medio de la colección de Sociología) y son los pares –y ya no el público– los jueces legítimos del trabajo intelectual.

En cierto modo, su apuesta por la ciencia y por una profesionalización de la ciencia social puede ser comprendida como una sublimación o un sustituto imaginario de la falta de una comunidad política que, como extranjero, carecía. En cierto modo, también, esa comunidad intelectual hacía las veces de un sustituto funcional de una comunidad original de la que el exilio lo había privado. Con esto no estoy insinuando que Medina Echavarría desertó de la política. Muy por el contrario, esa pasión lo acompañó a lo largo de toda su vida. Pero entendió que esa relación debía estar mediatizada por una comunidad intelectual fuertemente profesionalizada, pues solo ella preservaría al intelectual de esos peligros de la vida vicaria sobre los que había llamado la atención.

IV. La modernización de las ciencias sociales en México

En 1943, Cosío Villegas y Medina Echavarría crearon el Centro de Estudios Sociales en El Colegio de México. La nueva institución, de la que Medina Echavarría fue su primer y único director, había sido edificada sobre la base del modelo de los enfoques interdisciplinarios que en el área de las Ciencias Sociales y humanidades había desarrollado la Universidad de Chicago. Aliviado de las tareas docentes, Medina Echavarría se consagró por entero a las actividades del CES, esperanzado posiblemente en que el nuevo dispositivo institucional crearía las condiciones favorables para el desarrollo de un centro académico de enseñanza e investigación en Ciencias Sociales.

Las condiciones iniciales permitían abrigar esas esperanzas. En efecto, el CES ofrecía un programa de pos-graduación de cuatro años, destinado a un número reducido de alumnos, a quienes, mediante el otorgamiento de una beca, se les exigía una dedicación de tiempo completo a las tareas del Colegio. Algo similar ocurría con los profesores, quienes percibían un salario a cambio de una dedicación completa a las tareas de enseñanza e investigación.

Medina Echavarría diseñó un currículum verdaderamente innovador, a partir del cual procuró convertir el CES en el laboratorio de una enseñanza integral de las Ciencias Sociales, que combinara la formación teórica con el aprendizaje de los modernos métodos de la investigación social. En tal sentido, el programa se apoyó en dos orientaciones: por un lado, en un énfasis en la investigación, que fue su objetivo primordial y, por el otro, en una perspectiva integral de las Ciencias Sociales, que articulaba Sociología, Economía y Política, algo que venía a contrariar la tendencia insular de la enseñanza de cada una de esas disciplinas. Medina Echavarría tenía a su cargo fundamentalmente la enseñanza de la Sociología; el joven Víctor Urquidí la de la Economía y la Ciencia Política era impartida por un grupo más variados de profesores. El CES contó, igualmente, con un órgano de difusión y expresión de sus actividades, Jornadas, que entre 1943 y 1946 editó 56 documentos.

Por diversas razones, el CES fue un experimento intelectual e institucional fracasado. Posiblemente, el programa resultó demasiado ambicioso para un auditorio que no contaba con las destrezas intelectuales suficientes. En efecto, solamente dos de los alumnos inscritos en el programa habían concluido sus licenciaturas, mientras que el resto continuaba en forma paralela con sus carreras de grado en Economía o Derecho. Asimismo, y fundamentalmente a partir del segundo año, el CES enfrentó severos problemas financieros que obstaculizaron las posibilidades de su expansión. Al parecer, la negativa de la Fundación Rockefeller al pedido de asistencia financiera terminó por complicar aún más las cosas. En cualquier caso, el CES funcionó solamente por cuatro años –de 1943 a 1946– y de los 18 estudiantes que integraron la primera y única cohorte, solamente dos se graduaron. Con excepción de Moisés González Navarro, que alcanzó una exitosa carrera académica, la mayoría de quienes formaron parte de dicha experiencia se convirtieron o bien en funcionarios y/o economistas o bien siguieron la carrera política y diplomática.

Last but no least, aunque convergentes en muchos aspectos, las expectativas de Cosío Villegas y de Medina Echavarría en torno del CES en general, y en especial,

de su función como institución académica, eran diferentes. En el ánimo del primero, la creación del CES tenía como objetivo proporcionar al Gobierno mexicano cuadros intelectuales bien preparados (Lida y Matesanz, 1990). Se trataba, en palabras del propio Cosío Villegas, de “preparar en el campo de la teoría y de la investigación de las Ciencias Sociales a personas que puedan el día de mañana desempeñar tareas prácticas que habrá de encomendarles en la inmensa mayoría de los casos el propio Gobierno mexicano” (Lida y Matesanz, 1990: 206). Los intereses y objetivos del segundo eran, en cambio, más académicos. Si bien no disponemos de evidencia empírica al respecto, podemos suponer que concebía el CES como un centro de investigación y enseñanza diferenciado del poder político; en suma, como una comunidad disciplinaria de investigación y enseñanza. Sus intervenciones en torno a una “reconstrucción de la ciencia social” iban precisamente en esa dirección. Lo cierto es que Medina Echavarría fue perdiendo interés en el proyecto y ya en diciembre de 1945 partió a Colombia como profesor invitado, y al año siguiente, luego de una breve estancia en México, se radicó en Puerto Rico. Al parecer, Medina Echavarría se iba disgustado, motivado por un altercado personal con Cosío Villegas (Lira, 1986). Como sea, la expectativa de formación de una comunidad académica de científicos sociales no se había cumplido.

Posiblemente, su temprana salida de México, en 1946, ocasionada por diferencias nunca del todo aclaradas con Cosío Villegas, conspiró contra las posibilidades de establecer y consolidar su programa de una sociología científicamente orientada. Pero ello revela también que Medina Echavarría no parecía haber hallado en México las condiciones propicias para el desarrollo de este. En 1951, en un hecho por demás relevante para la historia de las Ciencias Sociales en México, se creó, a instancias de Mendieta y Núñez, la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad Nacional Autónoma de México, articulada sobre la base cuatro disciplinas: Ciencias Sociales, Política, Diplomacia y Periodismo. Pero el diseño curricular como el espíritu que finalmente primó en dicha creación institucional revela claramente que las condiciones para el establecimiento de un programa moderno de ciencia social no eran todavía favorables, a la vez que permite imaginar los obstáculos y resistencias que debió enfrentar Medina Echavarría en su intento por promover una profesionalización disciplinaria de la ciencia social.

En primer lugar, durante los primeros años, la dirección de la ENCPS estuvo en manos de dos abogados, Ernesto Enríquez Coyro y Raúl Carrancá y Trujillo, que no

tenían prácticamente contacto con la Sociología. En segundo lugar, el diseño curricular estaba articulado sobre la enseñanza de la Historia, las lenguas y el Derecho. Por lo demás, hasta qué punto la ENCPS era heredera de una tradición humanista lo revela el peso que tenía la enseñanza de los idiomas en el diseño curricular, representando un 21 por ciento de la carga total académica (Castañeda, 1990). Finalmente, el que la carrera de Sociología tuviera el nombre de “Ciencias Sociales” revela la falta de un perfil definido para la disciplina, indefinición que se vería acentuada por el hecho de que una parte considerable de los cursos se impartían en las facultades de Filosofía, Derecho y Economía (Castañeda, 1990). En estas condiciones, ¿puede resultar sorprendente que de los 147 inscritos durante su primer año, solo tres optaran por Sociología? (Reyna, 1979). En todo caso, ello muestra que, no obstante los esfuerzos desplegados, la “Sociología científica” preconizada por Medina Echavarría no formaba parte –y no formaría por un tiempo– de las expectativas de los estudiantes de Ciencias Sociales. Y es que la ENCPS, en rigor, sería, por un buen tiempo, menos una organización académica consagrada a la formación de científicos sociales, que una puerta de ingreso a la carrera diplomática.

Una resonancia más favorable y una audiencia mejor predispuesta a su prédica hallaría Medina Echavarría en los países del Cono Sur, especialmente en Argentina, Chile y Brasil (Blanco, 2007). En 1952 se trasladó a Chile para incorporarse a la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), que había sido creada en 1947, uno después de la clausura del CES, y que se revelaría decisiva para el futuro próximo de las Ciencias Sociales en la región. Bajo el liderazgo intelectual y organizacional de Raúl Prebisch, que asumió la dirección de la institución en 1950, la CEPAL se convirtió en poco tiempo en el principal centro de influencia teórico-doctrinaria, tanto en lo que respecta a la cuestión del desarrollo como en relación con la concepción misma de las Ciencias Sociales. No bien asumió la dirección de la CEPAL, Prebisch se rodeó de un pequeño grupo de jóvenes investigadores, economistas en su mayoría, pero también algunos sociólogos, que constituyeron algo así como una “secta sociológica”, con nexos personales muy intensos y animados por una devota “misión” (Hodara, 1987). Entre los sociólogos estaba José Medina Echavarría, que se incorporó al organismo en 1952 y ejercería una enorme gravitación en esa generación de científicos sociales. Prebisch había conocido a Medina Echavarría en México, en 1944, en el contexto de las jornadas organizadas por el Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México (CES). “Enseguida me cautivó su personalidad por la

profundidad de su pensamiento, por la diafanidad de su expresión, por la fuerza y el vigor que tenía...”, recordaría Prebisch años más tarde (Cardoso, 1982: 15). Sus trabajos de entonces relativos a los aspectos sociales del desarrollo económico y la planificación social se convirtieron rápidamente en una referencia central de esa nueva agenda que sería constitutiva del desarrollo de las Ciencias Sociales de posguerra, la del desarrollo y la modernización. En 1958, Medina Echavarría asumió la dirección de la “Escuela Latinoamericana de Sociología” de la FLACSO, la primera escuela regional de Sociología en América latina y que pronto se convirtió en un poderoso centro internacional de enseñanza e investigación en Ciencias Sociales, a la vez que destino casi obligado de muchos aspirantes a una formación de posgrado en Ciencias Sociales.

Bibliografía

- Arguedas, Ledda y Loyo Aurora (1979), “La institucionalización de la Sociología en México” en *Sociología y Ciencia política en México (un balance de veinticinco años)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México D. F., pp. 5-39.
- Bender, Thomas (1997), *Intellect and Public Life. Essays on the Social History of Academics Intellectuals in the United States*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- Blanco, Alejandro (2006), *Gino Germani: la renovación intelectual de la Sociología*, “Selección y Estudio preliminar”, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.
- Blanco, Alejandro (2007), “Ciências sociais no Cone Sul e a gênese de uma elite intelectual (1940-1965)”, en *Tempo Social. Revista de sociologia da USP*, vol. 19 (1), Universidade de São Paulo, Departamento de Sociologia, São Paulo, pp. 89-114.
- Blanco, Alejandro (2008), “Karl Mannheim en la formación de la Sociología moderna en América Latina” (mimeo).
- Castañeda, Fernando (1990), “La constitución de la Sociología en México”, en UNAM (de.), *Desarrollo y organización de las Ciencias Sociales en México*, pp. 47-61.
- Cardoso, Fernando H. y otros (1982), *Medina Echavarría y la Sociología latinoamericana*. Ediciones Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid.
- Girola, Lidia y Olvera, Margarita (1998), “La Sociología en México en los años cuarenta y cincuenta” en *Estudios de teoría e historia de la Sociología en México*, UAM-Azcapotzalco, 1998, pp. 65-97.

- Gurrieri, Adolfo (comp. 1980), *La obra de José Medina Echavarría*, Cultura Hispánica, Madrid, pp. 17-136.
- Hodara, Joseph (1987), *Prebisch y la CEPAL. Sustancia, trayectoria y contexto institucional*. El Colegio de México, México.
- Lida, Clara y Matesanz, José Antonio (1990), *El Colegio de México: una hazaña cultural (1940-1962)*. El Colegio de México, México.
- Lira, Andrés (1986), “José Gaos y José Medina Echavarría, la vocación intelectual” en *Estudios Sociológicos*, vol. IV, N.º 10, pp. 11-27.
- (1989), “Autobiografía, humanismo y ciencia en la obra de José Medina Echavarría” en *Historia Mexicana*, vol. 39, N.º 153, pp. 329-348.
- Medina Echavarría, José (1939), “La investigación social en los Estados Unidos” en *Revista Mexicana de Sociología*, vol.1, N.º 3, julio/agosto de 1939, pp. 17-39.
- (1943a), “En busca de la ciencia del hombre” en *Responsabilidad de la inteligencia*. F.C.E., México, pp. 39-48.
- (1943b), “John Dewey y la libertad” en *Responsabilidad de la inteligencia*. F.C.E., México, pp. 267-282.
- (1940), *Panorama de la Sociología contemporánea*, La Casa de España en México, México.
- (1941), *Sociología: teoría y técnica*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Mendieta y Núñez, Lucio (1950), “La enseñanza de la Sociología” en *Estudios sociológicos. Primer Congreso Nacional de Sociología 1*, México.
- (1955), “Veinticinco años del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México” en *Revista Mexicana de Sociología*, 17 (2/3).

- Morcillo, Álvaro (2008), “Historia de un fracaso: individuos, organizaciones y la Sociología weberiana en México (1937-1957)”, *Sociológica*, México, XXIII, 67:
- Parsons, Talcott (1970), “On Building Social Systems Theory: A Personal History” en *Daedalus*, vol. 99, N.º 4.
- Reyna, José Luis (1979), “La investigación sociológica en México” en *Sociología y Ciencia política en México (un balance de veinticinco años)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México DF, pp. 41-62.
- (2005), “An overview of the institutionalization process of social sciences in Mexico”, en *Social Science information*, Sage Publications, vol. 14, N.ºs 2/3, June/Sept 2005, pp. 411-472.

LOS CIENTÍFICOS SOCIALES COMO EMPRESARIOS ACADÉMICOS. EL CASO DE GINO GERMANI.³

Diego Pereyra⁴

Este artículo analiza el caso de Gino Germani como fundador del campo de la Sociología científica en Argentina. Plantea una discusión sobre las razones que le permitieron convertirse en el héroe modernizador de esa disciplina. Aprovechando cierta literatura sobre la construcción de prestigio en el mundo académico y la reedición de una parte importante de la obra de Germani, se busca rediscutir las explicaciones usuales sobre el éxito intelectual en la historia de las Ciencias Sociales, basadas especialmente en aspectos cognitivos y políticos. Por medio del ejemplo de Germani, este texto quiere discutir la preeminencia de estos factores y, sin negar su importancia, presentar la creación y el establecimiento de teorías sociológicas y esquemas conceptuales legítimos como una interacción compleja de factores que exceden

3 Este texto toma algunas ideas esbozadas previamente en Pereyra (2004, 2005: 192-198; 2006, 2007), pero resulta especialmente de una reelaboración de la ponencia de este nombre leída en la Universidad Nacional de La Matanza en 2006. Una versión más reciente fue presentada en el IX Seminario Argentino- Chileno, en octubre de 2008. Agradezco los comentarios que Miguel Murmis, Hernán Gonzalez Bollo y José Casco hicieron en esa primera ocasión. Fueron también muy útiles las sugerencias de mis estudiantes de la FLACSO y la UBA, con quienes he discutido estas ideas; y en varias ocasiones las han rechazado, obligándome a repensar mis argumentos. Asimismo, resultaron de gran ayuda las últimas indicaciones realizadas por Isabella Cosse, pero, por falta de tiempo, la mayor parte de sus sugerencias serán tomadas en cuenta en una próxima revisión. Espero haber cubierto las demandas de todos esos lectores críticos; en todo caso, las mejoras son deudas con ellos, los errores continúan siendo mi propia responsabilidad.

4 Investigador Asistente del Conicet, Instituto Gino Germani, UBA, y Coordinador del Grupo en Docencia e Investigación en Historia Sociológica de la Sociología en Argentina, UBA, y la Comisión Especial en Historia de la Sociología, Instituto de Investigaciones Sociológicas, Consejo de Profesionales en Sociología, Buenos Aires.

la mera cualidad inherente de las ideas. De esta forma, el éxito intelectual de Germani puede ser explicado por la utilización eficaz de ciertas habilidades que se ajustaban perfectamente al nuevo contexto de internacionalización de las Ciencias Sociales de posguerra, a un clima político e intelectual local favorable, y una dosis importante de carisma y liderazgo personal e institucional. Puede pensarse entonces que la actividad académica de Germani se ha basado especialmente en la aplicación de esas capacidades; por lo cual es posible contar la historia de la Sociología argentina desde esta perspectiva y situar una reconstrucción de la trayectoria biográfica de Germani como un empresario científico.

Introducción

La pregunta principal que guía este trabajo es por qué algunos intelectuales son reconocidos y sus ideas sobre la sociedad prevalecen mientras las ideas de sus colegas quedan sepultadas en el olvido; por qué hay escuelas, instituciones, tradiciones, autores, textos que adquieren un reconocimiento que les permite trascender dentro de la historia de las Ciencias Sociales y otros esfuerzos intelectuales no logran ese mismo reconocimiento. En otras palabras, ¿por qué hay intelectuales que obtienen fama y otros que fracasan en ese intento?, y ¿cuál es el proceso social de construcción de ese reconocimiento?

Tomamos esta pregunta inicial para responder un interrogante más específico: ¿Por qué Gino Germani se constituyó en el fundador y héroe modernizador de la Sociología científica en Argentina? Por lo general, las explicaciones sobre el éxito intelectual en la historia de las Ciencias Sociales han tendido a privilegiar aspectos cognitivos y políticos. Este texto quiere discutir la preeminencia de estos factores y, sin negar su importancia, presentar la creación y el establecimiento de teorías sociológicas y esquemas conceptuales legítimos como una interacción compleja de factores que exceden la mera cualidad inherente de las ideas. De esta forma, tomando el ejemplo de Germani, buscamos ofrecer un modelo explicativo, en el cual los intelectuales pueden lograr reconocimiento y prestigio porque son capaces de imponer sus propios criterios de legitimación, aplicar estrategias de autopromoción, utilizar eficientemente las estructuras institucionales y usar ciertas habilidades gerenciales y empresariales. De este modo, sus acciones se ubican dentro de un contexto que

incluye procesos de construcción de prestigio personal, un clima político e intelectual favorable, el desarrollo de fuertes tradiciones nacionales y una dosis importante de carisma y liderazgo personal e institucional.

Germani fue una figura clave de las Ciencias Sociales en América Latina. En el corto lapso de cuatro décadas, desarrolló un proyecto académico e intelectual que redefinió las agendas de investigación en la región; y, ya sea por respaldo u oposición, las diferentes tradiciones emergentes debieron posicionarse frente a sus ideas e interpretaciones sobre la sociedad argentina. Sus preguntas sobre la modernización y la secularización de las sociedades en América Latina forman parte del sentido común de la Sociología en la región. A pesar de estos invaluable aportes intelectuales, un análisis exhaustivo de su obra y accionar académico no ha recibido la atención necesaria.

En general, los trabajos sobre Germani se han caracterizado por legitimar su proyecto intelectual; pero esos textos no pasaban de ser homenajes y semblanzas biográficas de raigambre generacional (Giarraca, 1991, Sautú, eds., 1992; Allub, 1998). Solo, recientemente, han aparecido algunos trabajos que empiezan a cuestionar el mito fundador; una tendencia que se ha consolidado luego de la publicación de una biografía escrita por su hija (Germani, A, 2004). Hasta no hace mucho tiempo la teoría de Germani había sido considerada y desvalorizada como funcionalista. Esta visión comenzó a cambiar cuando un grupo de nuevos trabajos percibió tanto la riqueza de su pensamiento y como la posibilidad de situarla en un contexto más amplio de institucionalización de la Sociología regional, cambio intelectual y transformación de la dinámica de las demandas sociales y generacionales.

De este modo, Neiburg (1998) situó el proyecto modernizador de Germani dentro del proceso de desperonización de la sociedad y la universidad en Argentina. Mientras tanto, Noé (2005) sostuvo que ese plan estaba estrechamente vinculado a la dinámica política y a las posibilidades de acción del socialismo local y su capacidad para comprender, negociar y confrontar con el peronismo entonces proscrito; pero, además, considera que la fundación de la Sociología científica fue resultado de la acción colectiva de un grupo de jóvenes universitarios que inicialmente apoyaron a Germani, pero luego se radicalizaron y se enfrentaron con él. Por otro lado, Domínguez y Maneiro (2004) han explicado la complejidad del concepto de transición en los escritos de Germani y la posibilidad de hallar una sofisticada teoría de la acción en sus trabajos. A su vez, y polemizando con quienes sostienen la idea del funcionalismo

germaniano, Borón (en Noé, 2005: 20-23) afirmó que la obra de Germani presenta un fructífero diálogo con la tradición teórica del marxismo. Por último, Blanco (2006) a contribuido a dilucidar la libertad como un concepto clave en la obra de Germani, además de presentar una trayectoria intelectual atravesada por variadas influencias, entre las cuales el psicoanálisis y la tradición de la Escuela de Frankfurt son las más notables, pero no las únicas.

Este artículo quiere participar activamente en este debate de revisión y análisis de la obra de Germani, aunque plantea un horizonte diferente. Busca, por un lado, situar su trayectoria en una historia de la Sociología en Argentina de más largo plazo. Pero, por otro lado, quiere estudiar ese desarrollo y su consecuente éxito intelectual como una interrelación de factores cognitivos, institucionales y biográficos. De este modo, aprovechando la aparición de cierta literatura sobre la construcción social del prestigio y la reputación dentro del sistema intelectual, se busca explicar el liderazgo intelectual de Germani a partir de la interrelación del uso de ciertas habilidades de Germani, que exceden el nivel intelectual o cognitivo de sus ideas, y un contexto político e intelectual propicio. Pero, sobre todo, explicar este liderazgo a partir de una utilización eficaz de ciertas habilidades empresariales (*fundraising*, negociación y *marketing*), que lo convertían en un empresario académico ocupado en acumular y concentrar recursos simbólicos y materiales, identificar oportunidades académicas, construir y fortalecer instituciones y construir un liderazgo que pueda garantizar la generación de lealtades y compromisos intelectuales.

Algunas precisiones teóricas y conceptuales

Este trabajo presenta un análisis basado en la Sociología de los intelectuales desde una perspectiva institucional, la cual sitúa la historia de los sujetos y las disciplinas dentro de un proceso de institucionalización (Shils, 1970). Para ello, se considera que el sistema intelectual contiene cuatro grupos de factores estructurales: mecanismos de financiamiento, modos de administración de los recursos, tipos de demanda de objetos y prácticas intelectuales y modelos tradicionales de la práctica intelectual (Shils, 1974; Bulmer, 1982).

A su vez, se sostiene que el proceso de legitimación de las ideas dentro del sistema intelectual y la construcción del prestigio intelectual se basan en operaciones, que son la puesta en acción de mecanismos sociales que inciden en las prácticas de los miembros de una comunidad intelectual y redefinen las visiones e interpretaciones

de la propia disciplina y de las tradiciones intelectuales. Esta explicación procesual afirma que la legitimación de una teoría depende tanto del propio trabajo del autor y sus estrategias biográficas, como de la importancia asignada por sus colegas y lectores y de la adecuación de esas ideas con el sistema cultural. Desde esta perspectiva, la influencia y el prestigio se miden en términos de demanda. Por ello, puede pensarse que una idea reconocida socialmente implica el punto de encuentro entre una oferta y una demanda estructuradas. Se articulan así un nivel biográfico (autor), el sistema de pares (demandas internas del propio sistema intelectual) y el contexto cultural más amplio (demandas sociales por fuera de la comunidad).

Se combinan entonces la perspectiva clásica de la historia de la Sociología que estudia la evolución de las teorías y los conceptos, como tradiciones (*ethos*) que guían la acción intelectual con el enfoque institucional que afirma la importancia de la organización administrativa para el desarrollo del conocimiento científico. Pero, a la vez, se incorporan en el análisis las estrategias biográficas, a partir de la reconstrucción de trayectorias académicas como procesos de transformación biográfica de larga duración dentro de un orden social dinámico y cambiante. Por lo cual, la trayectoria es una estructura secuencial de sucesos críticos que transforma las biografías y cambia las expectativas, los planes, las aspiraciones y las orientaciones académicas y profesionales dentro de espacios universitarios, campos disciplinarios, comunidades científicas y estructuras institucionales.

Por otro lado, se combina esta visión de los intelectuales y sus prácticas con el modelo de redes que piensa la producción de ideas como el producto de la competencia entre espacios de intercambio de recursos simbólicos y materiales, capaces de definir las estrategias académicas y las agendas de investigación. En este sentido, una red es un conjunto de relaciones individuales e institucionales, donde los actores pueden intercambiar experiencias, conocimientos, métodos, estrategias y tecnologías, capaces de instituir normas y prácticas científicas, ya que las redes permiten facilitar o bloquear el acceso a recursos institucionales clave para la redefinición de carreras profesionales y proyectos intelectuales (Collins, 1989; Pereyra, 2005).

Gino Germani

La biografía de Germani es relativamente conocida, aún más por quienes pertenecen o participan de su tradición teórica. Muchos de sus colegas y estudiantes se han encargado de reproducirla, contribuyendo a reconstruir una historia de vida

de estilo hagiográfico. La edición de su reciente biografía (Germani, A., 2004) ha brindado nuevos detalles y elementos de este recorrido, pero no ha contribuido a desmitificar el relato (Pereyra, 2006). Sin querer repetir esta historia, es necesario presentar algunos puntos críticos de la biografía de Germani.

Germani nació en Roma en 1911. Su padre (quien era sastre) buscó socializarlo en un ambiente respetuoso de la tolerancia y la libertad mientras su madre lo educó en los valores centrales del catolicismo. Su vocación por la música se frustró muy pronto cuando la situación familiar lo empujó a estudiar economía en la Universidad de Roma. Su temprana militancia antifascista le trajo sus primeras escaramuzas con el régimen, lo que lo llevó a permanecer confinado en la cárcel. Allí pasó algún tiempo en compañía de líderes comunistas y socialistas, exponiéndolo a la cultura obrera y al marxismo y obligándolo a meditar sobre la necesidad de la autoridad en toda sociedad constituida (Kahl, 1976: 25-26; Di Tella, 1979). Luego de la muerte de su padre, su familia estaba preocupada por controlar su ímpetu político y se decidió que acompañara a su madre a América.

El puerto elegido fue Buenos Aires. Germani llegó a esta ciudad en 1934. Ya en 1937 estaba trabajando en el Ministerio de Agricultura, procesando datos sobre producción y venta de yerba mate, y al año siguiente se inscribió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Cuando, en 1940, Ricardo Levene inauguró el Instituto de Sociología en esa facultad, Germani fue invitado a participar junto a varios estudiantes en esa experiencia de investigación. Levene y Germani compartían el origen étnico y la ideología liberal, pero ambos, pese a la diferencia de edad, compartían el diagnóstico sobre la necesidad de ofrecer desde la universidad nuevos datos empíricos sobre la sociedad argentina (Pereyra, 2007). Pero Germani podía demostrar una capacidad de procesamiento y análisis de los datos que ninguno de sus compañeros de Filosofía tenía.

De este modo, Germani se hizo cargo primero de una sección en el *Boletín de Sociología*, que publicaba información demográfica y censal. Luego, coordinó una investigación sobre consumo cultural de la clase media porteña. Más tarde, Levene lo nominó para formar parte de la Comisión Demográfica que asesoró la realización del Cuarto Censo Nacional. Toda esta actividad le permitió realizar sus primeros informes y publicaciones, acumulando una experiencia de investigación, análisis y lectura que sería muy importante para su futuro (Pereyra, 2005) Durante este periodo, Germani también tuvo una activa participación política dentro del movimiento antifascista,

lo que le permitió ser reconocido como uno de los principales publicistas del grupo dentro de la comunidad italiana en Buenos Aires (Germani, A., 2004: 55-78).

Ante la emergencia del peronismo, la vida personal y académica de Germani presenta varios cambios. Para la historia oficial de Germani, el ascenso de Perón significó un momento de exilio interno, trabajo solitario y marginalidad académica. Lo cierto es que a partir de 1946, Germani debió diversificar sus actividades y combinar su participación en actividades académicas con trabajo en el sector privado. Desde entonces Germani trabajó en la editorial Abril, donde desarrolló una fructífera labor como editor y ocupó simultáneamente tareas de control de *marketing*, recursos humanos y colaborador en las revistas (Kahl, 1976; Blanco, 2006). No obstante esta actividad, Germani se presentó al menos tres veces a concurso en cátedras de Sociología durante el peronismo (1946, 1947, 1949), participó de congresos y encuentros profesionales (por ejemplo, el Encuentro Nacional de Sociología, 1950) y también participó en el seminario de Sociología que dirigía Rodolfo Tecera de Franco en la Facultad de Filosofía de Buenos Aires, entre 1952 y 1955 (Pereyra, 2005). Pero, sin duda, su actividad académica principal durante aquellos años fue su participación como docente en el Colegio Libre de Estudios Superiores (Neiburg, 1998: 137-182).

Con la Revolución Libertadora, en 1955, Germani encontró las condiciones necesarias para recrear el Instituto de Sociología y crear una estructura institucional: el Departamento de Sociología, que controló durante el decenio siguiente. Sin embargo, su paso por esta institución no fue un recorrido pacífico. Germani fue acusado simultáneamente de promover políticas imperialistas y de sustentar una ideología comunista. De este modo, se vio atrapado por una múltiple crítica. Por un lado, el asedio de los estudiantes de izquierda que discutían el origen de los fondos de investigación y la propuesta metodológica de sus cursos, que, según ellos, no incluía una perspectiva dialéctica. Por otro lado, el fuerte reclamo de ciertos grupos de derecha que cuestionaban el proyecto de Germani por explicar científicamente la secularización de la sociedad argentina.

En medio de este conflictivo escenario institucional, Germani pudo lograr una fundación intelectual e institucional que rompía con el pasado de la Sociología en Argentina. De este modo, ofreció un tratamiento sociológico de los principales temas impuestos por la política y aceptados por la sociedad argentina en vías de modernización. Esta nueva perspectiva sentó las bases para la constitución de una tradición local de Sociología científica cuyos fundamentos eran la idea de la Sociología

como una ciencia de valor universal, la importancia de la profesionalización y el valor de la ideología cientificista y racionalizadora. Así, Germani definió las posiciones de reconocimiento y prestigio acordes con el modo en el que se consideraba legítima la práctica sociológica (Sidicaro, 1993).

Cuando la radicalización de los estudiantes se tornó una amenaza concreta, Germani preparó una migración institucional. Ya en 1961 había planeado emigrar, cuando se postulaba a trabajar en un lugar tan lejano como India (Germani, A., 2004: 240-241). Pero, en 1963, organizó el Centro de Sociología Comparada en el Instituto Di Tella, en Buenos Aires, donde podía desarrollar su actividad alejada de las disputas políticas, y con libertad para disponer de sus recursos y controlar a sus estudiantes, podía continuar ligado a la Universidad de Buenos Aires, donde dirigía el Instituto. Aunque su entusiasmo con este proyecto no duró demasiado: pronto eligió un nuevo destino menos cercano.

El golpe de Estado de 1966, encontró a Germani viviendo en Boston, donde se había radicado para enseñar en Harvard. Según su hija (2004: 287), extrañaba Buenos Aires y su clima revolucionario, mientras que el *American way of life* era demasiado rutinario para él. Ataviado con colita, poncho y una medalla tibetana, se esforzaba en hablar mal inglés para conservar solo a los estudiantes latinos. No fue sorprendente entonces que Germani aceptara en 1976 un cargo de profesor en Nápoles y pasara parte del año en Italia, combinando sus clases en Estados Unidos con largos paseos por Roma; ciudad en la cual murió en 1979.

Germani como empresario académico

La actividad intelectual de Germani se encuentra frecuentemente asociada a su rol como fundador de la carrera de Sociología en Buenos Aires a partir de 1957. Sin embargo, la historia de esta restauración institucional y la consolidación de su liderazgo intelectual no pueden ser comprendida en su totalidad sin situarla en el marco de un enfrentamiento entre proyectos intelectuales alternativos, caracterizado básicamente en la disputa entre un líder en declinación (Alfredo Poviña) y otro en ascenso (Germani) que compitieron por el prestigio, el control de las redes, los fondos disponibles y la capacidad de influencia intelectual e institucional.

Hasta mediados de la década de 1950, Poviña era el sociólogo argentino con más prestigio internacional. Doctorado en 1933, había cumplido desde entonces un destacado rol docente en Buenos Aires y Córdoba, y sus artículos se venían

publicando en las principales revistas internacionales en inglés, francés y alemán. Su libro (1941) sobre la historia de la Sociología latinoamericana fue considerado una obra erudita sobre la situación de la disciplina. También su Manual de Sociología (1950) era uno de los más vendidos en toda la región. Tenía además una activa participación en las diferentes redes internacionales (presidente fundador de la Asociación Latinoamericana de Sociología, miembro de la Asociación Internacional de Sociología [ISA] y Vicepresidente del Instituto Internacional de Sociología). A pesar de este reconocimiento, el ascenso de Germani a la posición dominante dentro del campo, luego de 1955, le hizo perder muy rápidamente ese prestigio y lo obligó a permanecer en el ostracismo intelectual.

El alegato de Germani a favor de sus relaciones institucionales no contaminadas con el peronismo y un conjunto de actividades promocionales, le dieron un reconocimiento vital para construir una carrera profesional luego de 1955. El enfrentamiento entre Germani y Poviña podría ser explicado como una típica disputa por el liderazgo legítimo y la distribución de recursos en un campo en fase de conformación (Sidicaro, 1993). A su vez, también podría ser entendido en el marco del reemplazo de un paradigma teórico sobre otros en desuso (Allub, 1998). Se ha afirmado (Buchbinder, 1997: 99-151) que el éxito de Germani y su grupo se debió a su ideología reformista, democrática y liberal, frente a un proyecto peronista antimoderno, que estaba destinado a desaparecer. Marsal (1963) también había sostenido que Germani representaba una etapa más evolucionada en la historia de la Sociología argentina. Sin embargo, estas explicaciones resultan insuficientes. El establecimiento y la consolidación de teorías o esquemas resultan más de una interacción compleja de factores que de la calidad inherente de las ideas, lo que significa que la circulación de las ideas no se basa meramente en factores cognitivos (Lamont, 1997).

Tanto la consolidación intelectual de Germani como el desprestigio de Poviña parecen estar más relacionados con sus acciones individuales, la construcción de sus reputaciones, el clima cultural y de ideas y la capacidad para construir tradiciones (Mc Laughlin, 1998). Indudablemente, Germani fue capaz de manejar muy bien sus tiempos académicos y políticos, lo que es fundamental para establecerse como autoridad intelectual (Clegg, 1992). Sus dos obras principales (*La estructura social argentina*, 1955, y *La Sociología científica*, 1956) se publicaron tras el golpe militar que derrocó al primer peronismo. No solo Germani dio respuesta a la pregunta

primordial de la agenda política local de ese entonces: ¿Qué es el peronismo? (Neiburg, 1998), sino que sus estudios sobre el cambio social y la modernización eran apropiados para un contexto intelectual dominado (y demandante) por estudios sobre el desarrollo.

Por otra parte, la capacidad de Germani para ofrecer ideas a audiencias alternativas lo ubicaba siempre en una posición dominante. Cuando en Buenos Aires la renovación del campo sociológico local exigía la enseñanza del funcionalismo, él se convirtió en su principal difusor; pero, como en Estados Unidos el faro de Parsons comenzaba a apagarse, él fue capaz de aplaudir a Wright Mills y codearse con los jóvenes que iniciaban la revuelta anti-parsoniana y ser reconocido como parte de ese grupo, especialmente por medio del contacto con Irving Horowitz (Germani, A., 2004: 186). Por el contrario, las ideas de Poviña y sus estudios sobre el folclor, el deporte y la planificación no tenían importancia en la agenda política, mientras seguía sosteniendo el predominio teórico de la Sociología alemana en 1960, aunque abrazó entusiasmadamente el funcionalismo a fines de esa década, cuando este estaba en franca decadencia, demostrando no otra cosa que falta de *timing* teórico (Poviña, 1971).

Esta batalla por el liderazgo que se resolvió a favor de Germani, como es evidente, se desarrolló básicamente en tres frentes: editorial, institucional e intelectual (Blanco, 2004). Este proceso ocurrió en un contexto particular de la Sociología internacional, cuando se consolidaba el proyecto de canonización parsoniano y el modelo de la Sociología estadounidense se exportaba al resto de los países en la posguerra. Además, ello coincidía con la irrupción de las redes internacionales de cooperación técnica que ofrecían financiamiento y una guía de actividad práctica dentro de la disciplina. Sin duda, entonces, las habilidades administrativas de Germani influyeron para orientar la balanza definitivamente en su favor.

En este sentido, Germani utilizó claramente su experiencia y conocimiento contable y administrativo (que había desarrollado exitosamente en el ámbito privado, por cierto) en su vida académica. Como un emprendedor académico, él concentró todos sus esfuerzos en conseguir fondos, monopolizar recursos simbólicos y materiales, identificar y bloquear a sus rivales, identificar oportunidades de investigación, negociar con *sponsors*, y construir redes institucionales. Su exitosa carrera se construyó en un contexto donde el mercado internacional de las Ciencias Sociales requería un nuevo tipo de intelectual, capaz de manejar presupuestos y proyectos de investigación

empírica en gran escala; es decir, habilidades gerenciales y empresariales. Germani encajaba perfectamente en este perfil profesional.

De esta manera, es posible pensar a Germani como un empresario académico. No se piensa este concepto en los términos de Vessuri (1994), quien identifica al “académico empresario” como el intelectual que escoge trabajar con clientes del sector productivo, utilizando el marco institucional que les proporciona la universidad. Más bien, se concibe como empresario académico (o intelectual o científico, según se prefiera) al investigador que aplica estrategias gerenciales y de *marketing* para desarrollar nuevos campos de investigación; busca y adquiere recursos y los usa con un criterio administrativo y organizativo, identifica oportunidades y aplica estrategias de autopromoción personal e institucional. Si Vessuri centra el análisis en la orientación hacia el cliente externo, el enfoque aquí utilizado analiza el tipo de acción que contribuye a legitimar la producción intelectual.

De esta forma, Germani, como un tipo de intelectual que aplicó estrategias gerenciales para desarrollar nuevos campos de racionalidad de las ideas, y buscó y usó recursos financieros con un criterio administrativo, resultó victorioso en una disputa por el liderazgo intelectual dentro del campo de la Sociología argentina, al menos entre 1955 y 1966. Este tipo de innovación institucional requería el uso de un conjunto de habilidades y competencias para lograr una dirección exitosa de organizaciones culturales y de investigación. Estas destrezas pueden ser ampliamente caracterizadas como habilidades de planificación, resolución de problemas, comunicación, promoción, delegación, control de la información, administración financiera y presupuestaria, manejo de redes, supervisión, organización de recursos humanos y *fund-raising* (Clancy, 1997; Chiang, 2001; Chong, 2002). Este tipo de empresario de las Ciencias Sociales fue personificado por Paul Lazarsfeld (Pollak, 1979: 66; Clark, 1998).

Siguiendo este esquema, Germani fue uno de los primeros intelectuales argentinos que comprendió que la posibilidad de producir información sociológica válida, en un contexto de creciente institucionalización de redes de financiamiento, dependía de un proceso de escritura de proyectos, informes y justificaciones y el diseño de presupuestos. Así, por ejemplo, el proyecto de investigación sobre el impacto de la inmigración en el Río de La Plata, impulsado en 1958 por la Universidad de Buenos Aires, encontró eco favorable de la Fundación Rockefeller solo cuando Germani introdujo correcciones al plan original de José Luis Romero y rediseñó el

presupuesto, enfatizando las condiciones de factibilidad y clarificando los objetivos (Pereyra, 2004).

Asimismo, Germani demostró ser un excelente recaudador, ya que en solo cinco años (1959-1964) recolectó más de trescientos mil dólares para el Instituto de Sociología de Buenos Aires, y más de cien mil para el Centro de Sociología del Instituto Di Tella. Entre sus financistas, se encontraban fundaciones estadounidenses (Ford, Rockefeller, el American Jewish Committee), la Fundación Torcuato Di Tella, UNESCO, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET), el Consejo Federal de Inversiones, y el Gobierno nacional, por medio de la Comisión de Celebración de los 150 años de la Revolución de Mayo; además de aprovechar espacios institucionales cedidos por organismos gubernamentales como el Consejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires. Muy pocos intelectuales argentinos, en cualquier campo del conocimiento, lograron esta capacidad financiera durante el mismo período (quizás, uno solo, Bernardo Houssay, quien obtuvo el premio Nobel en 1947). Y evidentemente ningún sociólogo local pudo igualarlo en ese sentido.

Germani también hacía un uso productivo de los recursos institucionales. Germani estaba obsesionado con construir redes internacionales que mantuvieran vivos los vínculos con los organismos internacionales (Germani, A., 2004: 261). Pero, además, le interesaba controlar el acceso a los recursos institucionales a escala local e internacional. Germani monopolizó las principales posiciones dentro del campo, controlando obsesivamente la distribución de fondos, prestigio y poder en la Sociología argentina. Fue simultáneamente director del Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1957-1963), director del Instituto de Sociología de la misma institución (1957-1966), presidente de la Asociación Sociológica Argentina (1960-1965), miembro, con capacidad de veto, de la Comisión Asesora del CONICET, (1960- 1964), y vicepresidente de la ISA (1959- 1962). Además, Germani integró cuatro comisiones de investigación de la ISA entre 1959 y 1964: estratificación social, sociología de la familia y sociología política, más la comisión organizadora del Congreso Mundial de 1962. Como se observa, Germani dominaba los tres temas mencionados, los cuales eran parte principal de la agenda internacional.

De esta forma, Germani se convirtió en una institución en sí mismo, controlando el acceso a los recursos y haciendo del departamento de Sociología una institución

indispensable, por donde era necesario pasar para acumular prestigio en el campo. Pero también decidía quién recibía las becas locales en investigación. Así, cuando Poviña estuvo a punto de ingresar al CONICET, Germani bloqueó su nombramiento, mientras que sus estudiantes y colegas de la universidad porteña obtuvieron el 85 por ciento de las becas disponibles en Sociología en ese mismo organismo desde 1960 hasta 1965.

A su vez, Germani no descuidaba los aspectos promocionales de su tarea académica. Trabajaba más tiempo fuera de los muros de la universidad que dentro de la ella, lo que para Latour (1987: 150-153) representa un paso necesario para aquellos científicos que quieran asegurar el progreso de la disciplina y la legitimidad de la propia tarea institucional. Es así que si uno mira en detalle el accionar de Germani entre 1960 y 1965, descubre que pasó más tiempo en viajes, congresos, conferencias y negociaciones fuera de Buenos Aires que dando clases en el Instituto de Sociología (Germani, A., 2004: 187-188).

Por otro lado, Germani cuidaba muy bien la difusión y el impacto de sus ideas. Así, la ponencia que presentaría en Milán (1959) en el IV Congreso Mundial de Sociología, que sería la base de su diagnóstico sobre la situación de la Sociología en la región, fue escrita en 1958 y enviada previamente a todos los potenciales lectores (especialmente la Fundación Rockefeller y el Comité de Investigación en Ciencias Sociales de Estados Unidos), por lo que una audiencia privilegiada ya conocía anticipadamente el contenido de un texto que le abriría las puertas dentro de la ISA. Este texto sería utilizado como la base de las justificaciones de los subsidios destinados a financiar las investigaciones de Germani (Pereyra, 2004).

En el mismo sentido, la carrera profesional de Germani fue claramente influida por el accionar de las redes internacionales, especialmente, las fundaciones estadounidenses, las cuales salieron a defenderlo cuando los reproches de izquierda y derecha adquirieron un nivel internacional. Voces varias se quejaron del apoyo financiero que recibía Germani, y algunas de estos cuestionamientos llegaron a los oídos del presidente de la Fundación Ford y el escándalo se expandió internacionalmente, lo que obligó a la fundación a tratar la cuestión (*Germani affaire*) simultáneamente en los niveles académicos y diplomáticos. Durante un período aproximado de un lustro, entre 1960 y 1965, las fundaciones estadounidenses buscaron el apoyo y el consejo de una gran cantidad de académicos en todo el mundo para justificar y legitimar el sustento institucional y financiero que le brindaron. Según puede observarse revisando

las consultas a las universidades estadounidenses realizadas por la Fundación Ford, Germani era más conocido en 1965, luego de recibir la ayuda financiera, que en 1961. Al final, Germani logró un total respaldo de la comunidad internacional, especialmente desde EE. UU. y la ISA, aunque paradójicamente no recibió el apoyo de la Embajada estadounidense en Buenos Aires (Pereyra, 2004; 2005).

Pese a este apoyo, Germani mantuvo dos discrepancias básicas con la Fundación Ford. Por un lado, surgió un desacuerdo sobre quién podía decidir la disponibilidad y el destino de los fondos. Germani expresaba públicamente su libertad para usar el dinero, mientras la Ford defendía su derecho a intervenir en la decisión, argumentando que no había dado un cheque en blanco. Por otro lado, surgieron diferencias entre el presupuesto elaborado por la Fundación y el cálculo de gastos elaborado por el departamento dirigido por Germani, que expresaban una puja por el uso de los recursos. La discrepancia entre ambos presupuestos indicaba diferentes preferencias y demandas de los actores intervinientes, además de una presentación de tareas destinada a seducir diversas audiencias (Pereyra, 2005).

No obstante, las fundaciones Ford y Rockefeller creían en las habilidades de Germani; la confianza que le tenían era tan fuerte, que, por ejemplo, el subsidio otorgado en 1963 al Instituto Di Tella estaba condicionado a que Germani fuera el director (y administrador de los fondos), y sería retirado si él renunciaba. Pese a los fuertes cuestionamientos que Germani recibía en el ámbito local, lo consideran el sociólogo más importante de la región, pero, sobre todo, alguien confiable y un buen administrador. Horowitz confirmaba que Germani reunía reconocimiento público y habilidades administrativas que lo hacían un intelectual único (citado en Germani, A., 2004: 257). De este modo, el apoyo de las redes internacionales sirvió para acrecentar el prestigio de Germani, ya que debían apoyar a alguien con el perfil profesional apropiado, pues Germani era un buen gerente al que se le podían confiar las cuantiosas inversiones académicas depositadas en Argentina.

De este modo, Germani fue favorecido por un clima político favorable y participó activamente en la definición de una agenda de investigación que respondía a las principales demandas sociales. Además, supo explotar las posibilidades de acceso a recursos institucionales ofrecidas por redes internacionales, obteniendo fondos e imponiendo condiciones. A este contexto intelectual e institucional propicio, más un proyecto teórico coherente y consistente, se le sumaron las características personales de Germani, quien ofrecía destrezas de autopromoción y negociación,

además de estrategias latentes de construcción de su carrera profesional (incluyendo manipulación de la propia biografía), rasgos directivos y un sentido diplomático con quienes podían ofrecer financiamiento y demandaban un producto intelectual (aunque no necesariamente fuera muy diplomático con sus estudiantes y colegas).

Es decir, más allá de sus innovaciones intelectuales y el establecimiento de una nueva tradición científica en el área de la Sociología, Germani fue capaz de ofrecer una innovación mayor en las Ciencias Sociales de la región: la capacidad de gestionar presupuestos y actividades de empresas intelectuales de gran magnitud, lo que era demandado por un mercado internacional en Ciencias Sociales en expansión, articulado por redes y fundaciones, que en última instancia se convirtieron en los principales clientes de Germani, y hacia las cuales orientó su tarea. Como un buen empresario académico, pudo construir un liderazgo intelectual que atendía tanto las necesidades de esos espacios institucionales (redes internacionales y fundaciones de financiamiento) que demandaban información sociológica como sus preocupaciones por la docencia y la investigación, ya que era necesario formar un equipo de trabajo para recolectar y analizar datos para ser utilizados en cuanto apareciera una oportunidad académica.

Bibliografía

- Allub, Leopoldo (1998) “Bibliografía y teoría social: el paradigma socio-histórico de Gino Germani”, *Estudios Sociológicos*, México [www.hemerodigital.unam.mx/ANUIES/colmes/estud_soc/sep-dic98/estud48/sec_12.html] Acceso enero, 2005.
- Blanco, Alejandro (2004) “La Sociología. Una profesión en disputa”, Federico Neiburg, y Mariano Plotkin (eds.) *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*, Paidós, Buenos Aires: 327-370.
- (2006) *Razón y Modernidad. Gino Germani y la Sociología en Argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Buchbinder, Pablo (1997) *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires*, Eudeba, Buenos Aires.
- Bulmer, Martin (1984) *The Chicago School of sociology: institutionalization, diversity, and the rise of sociological research*, University of Chicago Press, Chicago.
- Chiang, Yung- Chen (2001) *Social engineering and the social sciences in China (1919-1949)*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Chong, Derrick (2002) *Arts Management*, Routledge, London.
- Clancy, Paula (1997) “Skills and competencies: The cultural manager”, Miriam Fitzgibbon and Anne Kelly (eds.) *From Maestro to manager. Critical issues in Arts & Culture management*, Oak Tree Press, Dublin: 341-366.
- Clark, Terry (1998) “Paul Lazarsfeld and the Columbia Sociology Machine”, Jacques Lautman et Bernard Pierre Lécuyer (eds.) *Paul Lazarsfeld (1901-1976). La sociologie de Vienne a New York*, Harmattan, Paris: 289-360.

- Clegg, Stewart (1992) "How to became an internationally famous British social Theorist", *Sociological Review*, 40: 576-593.
- Collins, Randall (1989) "Toward a theory of intellectual change. The social causes of philosophies", *Science, Technology and Human Values*, 14, 2: 107-140.
- Di Tella, Torcuato (1979) "Gino Germani. In Memóiriam", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, 19, 74: 275-277.
- Domingues, José Mauricio y María Maneiro (2004) "Revisitando a Gino Germani. La interpretación de la modernidad y la teoría de la acción", *Desarrollo Económico*, 44, 175: 397-414.
- Germani, Ana Alejandra (2004) *Gino Germani. Del Antifascismo a la Sociología*, Taurus, Buenos Aires.
- Germani, Gino (1955) *La estructura social de la Argentina*, Solar, Buenos Aires, 2da. Edición, 1985.
- (1956) *La Sociología científica*, UNAM, México.
- (1959) "The development and present state of sociology in Latin America", *Transactions of the Fourth World Congress of Sociology*, ISA, Milan, 1961: 117-138.
- Giarraca, Norma (1991) "Gino Germani y su época", *Boletín de Informaciones de la Facultad de Ciencias Sociales*, UBA, 8: 18-19, [www.fsoc.uba.ar/invest/iigg/gg_epoc.htm], Acceso Enero 2005.
- Kahl, Joseph (1976) *Modernization, Exploitation and dependency in Latin America. Germani, González Casanova and Cardoso*, Transaction, New Jersey.
- Lamont, Michele (1987) "How to became a dominant French philosopher. The case of Jacques Derrida", *AJS*, 93, 3: 584-622.

- Latour, Bruno (1987) *Science in action*, Harvard University Press, Cambridge.
- McLaughlin, Neil (1998) “How to became a forgotten intellectual: Intellectual movements and the rise and fall of Erich Fromm”, *Sociological Forum*, 13, 2: 215-246.
- Marsal, Juan Francisco (1963) *La Sociología en la Argentina*, Fabril, Buenos Aires.
- Neiburg, Federico (1998) *Los intelectuales y la invención del peronismo. Estudio de Antropología social y cultural*, Alianza, Buenos Aires.
- Noé, Alberto (2005) *Utopía y desencanto: Creación e institucionalización de la Carrera de Sociología de la UBA (1955-1966)*, Miño y Dávila, Buenos Aires.
- Pereyra, Diego (2004) “American organizations and the development of sociology and social research in Argentina. The case of the SSRC and the Rockefeller Foundation (1927-1966)”, *Research Reports online*, Rockefeller Archive Center, 2006.
- (2005) *International Networks and the institutionalization of Sociology in Argentina (1940-1963)*, Ph.D. dissertation, University of Sussex at Brighton.
- (2006) “Ana Germani, Gino Germani. Del Antifascismo a la Sociología”, *International Sociology Review of Books*, 21, 3: 386-391.
- (2007) “Cincuenta Años de la Carrera de Sociología de la UBA. Algunas notas contra-celebratorias para repensar la historia de la Sociología en Argentina”, *Revista Argentina de Sociología*, CPS, Buenos Aires, V, 9: 153-159.
- Pollak, Michael (1979) “Paul Lazarsfeld, fundador de una multinacional científica”, *Materiales de Sociología crítica*, La Piqueta, Madrid, 1986: 37-82.
- Poviña, Alfredo (1941) *Historia de la Sociología latinoamericana*, Fondo de Cultura Económica, México.

- (1950) *Cursos de Sociología*, Assandri, Córdoba.
- (1971) *Sociología*, 70, Córdoba.
- Sautú, Ruth y Jorge Jorrat (eds.) (1992), *Después de Germani. Exploraciones sobre la estructura social de la Argentina*, Paidós, Buenos Aires.
- Shils, Edward (1970) "Tradition, ecology, and institution in the history of sociology", *The calling of sociology and other Essays in the pursuit of learning*, Selected papers of Edward Shils, III, University of Chicago, Chicago, 1980: 165-256.
- (1974) "Intelectuales", David Sills, *Enciclopedia internacional de las Ciencias Sociales*, Aguilar. Madrid.
- Sidicaro, Ricardo (1993) "Reflexiones sobre la accidentada trayectoria de la Sociología argentina", *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 517-519: 65-76.
- Vessuri, Hebe M. C. (1994) "¿Académicos empresarios? O ¿por qué algunos profesores escogen trabajar con el sector productivo desde el medio académico?", *Revista Espacio*, 15, 1 [disponible en www.revistaespacios.com].

EL IMPACTO DEL PROYECTO CAMELOT EN EL PERÍODO DE CONSOLIDACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES LATINOAMERICANAS.

Juan José Navarro y Fernando Quesada
(CONICET- Universidad Nacional de Cuyo)

El Proyecto Camelot, investigación social orientada a medir, predecir y controlar conflictos internos tendientes a la desestabilización social de países de la periferia, surgió en la Special Operations Research Office, SORO, perteneciente a la American University, y fue contratado por el Departamento de Defensa de Estados Unidos, para ser aplicado en Chile en el término de cuatro años. A partir de su irrupción en la esfera pública, en 1965, se construyó en torno al Proyecto Camelot un mito que homogeneizó el flujo de dinero de la cooperación internacional con el espionaje, por medio de investigaciones sociológicas.

Introducción

Surgido como proyecto de investigación social orientado a medir, predecir y controlar conflictos internos tendientes a la desestabilización social de países de la periferia, el Proyecto Camelot constituyó solo un caso de una variedad de investigaciones en el marco de la Guerra Fría, que se orientaban en la lucha contra la *insurrección* social en América Latina. Quizá resulte el ejemplo más frontal y burdo del vínculo entre Ciencias Sociales y política, de intervención y pérdida de autonomía del quehacer científico, pero su repercusión no dejó indemne ninguna de aquellas esferas. La Special Operations Research Office, SORO, perteneciente a la American University, debía desarrollarlo mediante un contrato firmado con el Departamento de Defensa de Estados Unidos, para ser aplicado en Chile en el término de cuatro años. Luego de varios intentos, por medio del antropólogo chileno-estadounidense Hugo Nutini, por reclutar científicos sociales

chilenos para instrumentarlo, y ante la negativa de estos a participar, el Camelot quedó trunco. Justo cuando parecía un episodio cerrado, el Proyecto fue denunciado desde el periódico chileno de izquierda *El Siglo* como parte del espionaje estadounidense y el escándalo estalló. Lo hizo de tal modo que el campo político chileno se involucró y conformó la Comisión Especial Investigadora dependiente de la Cámara de Diputados de la Nación, para esclarecer el asunto.

Desde su irrupción en la esfera pública, en junio de 1965, se construyó en torno al Camelot un mito respecto al flujo de dinero para espionaje por medio de investigaciones sociológicas, basado en la fusión de dos juicios de valor de diferente nivel: en primer lugar, que el financiamiento externo a las ciencias era siempre parte de una conspiración para conocer áreas claves de conflicto de los países periféricos y, en segundo lugar, que implicaba subordinación y dependencia de los objetivos e intereses científicos de los países centrales.

El Proyecto Camelot entrelazó su existencia y posibilidades de surgimiento a diversas y variadas condiciones académicas, científicas y políticas que interactuaron de forma compleja. Por ello, en este trabajo procuraremos reconstruir en qué consistió el Proyecto Camelot y en qué circunstancias se convirtió en un escándalo público cuyas resonancias se extendieron rápidamente a toda la región. Sin detenernos en los campos intervinientes, que han sido desarrollados en otro trabajo⁵, en lo que sigue, nos referiremos a la caracterización del Proyecto, su itinerario de arribo a Chile y al impacto en el campo científico latinoamericano. Para una mejor comprensión del proceso, se ha incluido un anexo con la reconstrucción de una cronología detallada.

Fisonomía del Camelot: descripción del proyecto científico

Para una minuciosa reconstrucción, es necesario tener en cuenta que circularon en Chile escasas copias del Proyecto. Esos pocos ejemplares eran, según testimonio de los protagonistas, a veces memos y otras veces la versión completa que contenía varios

5 Allí, abordamos el campo político y científico estadounidense (las disputas entre el Departamento de Defensa y el Departamento de Estado por el manejo de las relaciones exteriores, la posición de las Ciencias Sociales y las ciencias físico-naturales frente al sector político y al sector militar, entre otros), así como el proceso de consolidación de las Ciencias Sociales chilenas y las características de los campos político y periodístico chilenos. Cfr: *The debate about external financing to Latin-American Social Sciences: the scandal of Camelot Project, in Perspectives from the Periphery*, International Conference on the History of Sociology and the Social Sciences”, Umeå University, August 21-24, 2008.

párrafos restringidos con tachaduras. Por otra parte, ante la negativa de estos científicos a participar en el proyecto, Hugo Nutini retiró deliberadamente los memos y quedó poca evidencia del proyecto de investigación. Sin embargo, la Comisión Especial Investigadora de la Cámara Nacional de Diputados trabajó sobre un documento completo del Proyecto y en las actas hemos podido reconstruir el esquema general de investigación sobre el que está basado.

En forma genérica, el Camelot planteaba tres objetivos principales, por realizarse en cuatro años de trabajo con la participación de alrededor de 140 profesionales:

1. Identificar y medir indicadores para estimar las causas de un conflicto potencial interno
2. Estimar el efecto de diversas acciones gubernamentales que influyan sobre ese potencial, y
3. Obtener, conservar y recoger la información requerida para el sistema anteriormente mencionado (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, Sesión 33, 16/10/1965:3291).

El Proyecto Camelot se inscribía a sí mismo en el marco del desarrollo de las investigaciones sociales durante la Segunda Guerra Mundial, con el interés puesto en revertir la condición “imperfecta, no sistemática, dispersa no acumulativa” de la comprensión científica de la guerra interna (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso. 1965:3295). El texto subrayaba la importancia de la literatura existente sobre revoluciones y, particularmente, las realizadas por Charles Tilly y Gilbert Shapiro sobre la Revolución Francesa. Además, presentaba la estructura organizativa con la que contaba, conformada de la siguiente manera:

Director del Proyecto: Rex Hopper

Estudios de los Sistemas Sociales: Dr. Jiri Nehnevajsa.

Técnica de Simulación: Dr. James S. Coleman⁶

Estudios del caso analítico: Ralph Swischer (en trabajo)

Investigación de Operaciones: Dr. Robert Boguslaw.

Conferencias y Cuadro de Revisión: Dr. Jessie Bernard (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, Sesión 33, 16/10/1965: 3200).

⁶ De los científicos que participaron del proyecto, merece la atención la figura de James S. Coleman, que en estos años se desempeñaba como Profesor de la Universidad Johns Hopkins y había publicado *Introduction to Mathematical Sociology* (1964).

El trabajo de investigación estaba organizado en dos tipos de estudios: el primero, directamente relacionado con la guerra interna, intentaba analizar comparativamente veintidós estudios de casos, de los cuales se preseleccionaron cinco (Guatemala, Bolivia, México, Canadá y Cuba). De este grupo de cinco países (Chile no figuraba en esta instancia), se escogieron los casos de Canadá y Cuba para ser analizados en primer lugar. El segundo tipo de estudio apuntaba a un nivel mayor de abstracción y estaba centrado en el análisis de los sistemas sociales, con posibilidades de una inminente guerra interna o sin estas. En ambos casos, la intención, además de “ser tan científico y cuantitativo como sea posible”, era generar categorías que posibiliten el estudio comparativo de los casos y los sistemas sociales (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965:3294).

Asimismo, estaba planeada una permanente revisión teórica del proyecto para alcanzar mayor refinamiento, por medio de: a) una serie de conferencias sobre conflicto social, control y cambios sociales y modelación de un sistema social (que debía realizarse en junio de 1965) y b) una reunión, programada para agosto de 1965 en la sede del SORO, del personal del Camelot con invitados externos, que habían confirmado su participación en la revisión del esquema de investigación. La nómina de científicos que formarían parte de este último grupo, incluía a George Blanksten, Harry Eckstein, Frederick Frey, William Kernhauser, Charles Tilly y Gino Germani.

El Proyecto ponía especial énfasis en dos factores por atender: los problemas de la recolección de datos y el esquema específico para el análisis de esos datos. De este modo, presentaba “los tres primeros apéndices técnicos (que) detallan, respectivamente, el esquema de investigación de los estudios sobre sistemas sociales, los estudios del caso analítico y la investigación manual y mecanizada”. El cuarto apéndice correspondía a un modelo particular de guerra interna (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965:3201).

En el Apéndice A, realizado por Jiri Nehnevajsa y dedicado al esquema de investigación de los estudios sobre sistemas sociales, se plantean tres objetivos principales del proyecto:

- Observar y analizar los tipos de tensión que operan dentro y sobre cada sistema sometido a análisis.
- Observar y analizar las fuentes de tensiones en relación con cada tipo de tensión

- Observar y analizar la distribución de las circunstancias sometidas a tensión por medio de los sistemas⁷ (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965:3202).

Ahora bien, según el texto, el estudio de los sistemas sociales debía dar cuenta, en primer lugar, del *deber ser* de las instituciones sociales (entre las que se mencionaban las instituciones familiares, religiosas, económicas, judiciales, militares, políticas, diplomáticas, educacionales, científicas, comunicacionales, de salud y de caridad), para poder compararlo, en una segunda instancia, con la actividad *real* de dichas instituciones en su función específica; esto es, la producción de “símbolos, personas, bienes o combinación de ellos” (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso. 1965:3205). Esta segunda fase del Proyecto Camelot estaría centrada en el proceso de formación de estos productos (valores, sujetos o prácticas) a partir de la descripción de lo que *realmente* sucede, para determinar cuán alejado o no se encuentra de esa normatividad del deber ser, e identificar las discrepancias, y los motivos, entre las normas y las actividades. Esquemáticamente, y con el objetivo de establecer las causas de los conflictos internos, se proponían el estudio del sistema social en su conjunto por medio de los siguientes ejes:

Niveles	Focos	Épocas
Instituciones	Normativos	Pasado
Organizaciones	Procesuales	Presente
Individuos	Perceptuales	Futuro

El Camelot se proponía elaborar así, una descripción del sistema (con un inventario de organizaciones intervinientes como partidos políticos, organizaciones laborales, religiosas, juveniles, campesinas, etc.) para luego realizar un diseño normativo del sistema. Con estas bases, por medio de las encuestas, intentaría construir modelos de actividad de la población, medir las percepciones y expectativas sobre la autoridad, tanto *legítima* como *ilegítima*. Una hipótesis central del proyecto es

⁷ Se entiende por *tensiones* o *tipos de tensiones*, según el texto del Camelot, aspectos relacionados con el funcionamiento de instituciones, organizaciones e individuos que adquieren, manejan y distribuyen poder, seguridad, ilustración, prosperidad; es decir, valores y necesidades sociales.

que existe una “relación directa entre el nivel y el alcance de las expectativas no realizadas y la probabilidad de conflicto interno” (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965:3225).

Por su parte, el Apéndice B, preparado bajo la dirección de Ralph Swisher y dedicado al diseño de la investigación de los estudios de caso, se encuentra enmarcado en el estudio del sistema social. El punto de la partida del análisis es el supuesto de que “la insurgencia es el resultado de un estado o proceso de desintegración en algún aspecto del sistema social” (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso 1965:3224). En consecuencia, el Proyecto Camelot focaliza la recolección de datos en siete aspectos:

1. Desarrollo político del caso
2. Análisis de los disturbios políticos (incidentes de la violencia)
3. Análisis del Gobierno
4. Análisis de las organizaciones insurgentes
5. Modelos institucionales
6. Grupos ocupacionales, y
7. Datos de antecedentes sociales (sic) (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965: 3225).

De lo que venimos diciendo se desprende que el análisis de los casos nacionales estaría centrado en dos componentes: por un lado, las expectativas frustradas de la población que posibilitan la aparición de organizaciones *insurgentes* y, por otro lado, las características y organización del Gobierno, con sus posibilidades de acción por medio de reformas capaces de contrarrestar los movimientos sociales en su contra, y el control que ejerce sobre instituciones sociales, tales como la familia, las comunicaciones, la salud, economía, religión, educación, administración pública y las fuerzas de seguridad.

El Apéndice C, elaborado por James S. Coleman y denominado *Técnica de Simulación*, intenta establecer modelos de conflicto interno, basados en modelos matemáticos y en la *teoría del juego*, que “reflejarán las características principales de la revuelta en una sociedad en desarrollo” (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965:3269). Desde esta perspectiva, se construyen dos modelos posibles: el llamado *Modelo de conflicto interno asimétrico* y el *Modelo de sistema social como base para la teoría del conflicto interno*; en ambos casos está planeada la reelaboración de los modelos a partir de los datos empíricos de los

estudios de caso. En todas las etapas del Proyecto Camelot subyace la lógica de la descripción, para luego generar una normativa, un *deber ser*; para, posteriormente, establecer y medir las percepciones de la población sobre lo existente y medir el grado de satisfacción/insatisfacción sobre las acciones gubernamentales, junto con los posibles mecanismos que este puede emplear para contrarrestar el conflicto interno.

Las consecuencias sobre el campo académico latinoamericano

Volvamos al hecho de que posteriormente a la reunión del 22 de abril, los sociólogos e investigadores sociales que estaban en conocimiento del Proyecto, no realizaron la denuncia correspondiente, ni dieron a conocer públicamente el documento. Resulta importante analizar las autopercepciones de los sujetos que adoptaron esta actitud, sin perder de vista las circunstancias en las que se encontraba inmerso el campo de las Ciencias Sociales en general. Según las entrevistas y los testimonios que hemos analizado, una denuncia pública, o la publicidad del documento del Camelot, podía significar algunas de las siguientes posibilidades:

1. que de forma directa o indirecta se desprestigie ante la opinión pública las Ciencias Sociales, lo que acarrearía consecuencias nefastas en un campo que estaba en pleno proceso de consagración.
2. que la denuncia genere la intervención del campo político, y que como resultado se pierda relativamente la autonomía que estaba logrando.
3. que de forma indirecta afecte al financiamiento externo de las Ciencias Sociales, provocando un retraimiento de este, en un momento en el que las agencias externas estaban especialmente interesadas en el campo científico chileno (Urzúa, E1, 2005; Vekemans, E2, 2005).

Efectivamente, el campo científico latinoamericano fue uno de los que más sufrió el impacto del estallido público del Camelot. Principalmente, porque se encontraba en un proceso de institucionalización y de consolidación, en el que el financiamiento externo cumplía un papel fundamental en esta dirección. Con la explosión del Camelot en la prensa, se supo también que el emprendimiento no era el único de estas características, sino que existían otros proyectos que se iban a poner en funcionamiento que, en particularidades diferentes, tenían en común el uso de técnicas de investigación social para conocer mejor los conflictos sociales y políticos. Para la región latinoamericana habían sido ideados varios proyectos, entre ellos el Proyecto Simpático (Colombia), el Colonia (Perú), el Numismático (varios países)

y el Reasentamiento (Perú); como así también se diseñaron para países o regiones consideradas “vulnerables” por los Estados Unidos, como es el caso del Proyecto Revuelta (Canadá), formulado para investigar a los grupos separatistas de Québec (Horowitz, 1974:16).

Para comprender los perfiles argumentativos de los debates que se desarrollaban en el campo académico de la época, tomaremos un conjunto de artículos publicados simultáneamente con la explosión del Camelot, aparecidos en revistas especializadas en Ciencias Sociales. Una voz paradigmática, imposible de obviar, es la de Johan Galtung (1965), tanto por la participación que tuvo en la desactivación del Camelot como también por sus experiencias en el campo científico latinoamericano. Para este científico, *la sociología de la sociología* debía aportar elementos para desarrollar esta disciplina como ciencia. En líneas generales, en el artículo plantea que el financiamiento externo no implicaba un problema considerable para la producción científica, sino que, por el contrario, era un incentivo que contribuía a su desarrollo. En el apartado donde trata el *intelectual en su contexto social* no rechaza el apoyo financiero, y conduce su mirada a complicaciones internas del campo tales como la permeabilidad de teorías y modelos circulantes, las relaciones entre docentes y estudiantes y las posiciones de los intelectuales en la sociedad. También se debatía sobre teorías científicas, contextos de producción, etc. Los factores financieros eran un tema importante para los sociólogos, y en especial para aquellas instituciones que dependían en gran medida de ellos, pero tenía más relevancia la discusión sobre los *factores socioculturales*. Este trabajo seguramente fue redactado antes de recibir la carta de Hopper (abril de 1965).

Otro texto que abre un escenario mucho más vasto y heterogéneo, es el de Jorge Graciarena (1965), del Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Si bien la temática es *La Sociología en América Latina*, todo el análisis versa sobre la cooperación internacional y el desarrollo de la Sociología. En primer lugar, distingue dos formas de cooperación: “(a) lo que tiene que ver con los diversos organismos públicos supranacionales (Naciones Unidas, UNESCO, OEA, etc.)” a la que denomina “cooperación pública” y, “(b) la que de manera directa se realiza a través de los subsidios de las fundaciones principalmente norteamericanas, sea mediante el apoyo financiero a instituciones públicas o privadas latinoamericanas o bien por medio de fondos proporcionados especialmente para investigaciones realizadas en el área”, que señala como “cooperación privada” (Graciarena, 1965:231).

En líneas generales, Graciarena hace referencia a las pautas que debería revestir el financiamiento de las Ciencias Sociales en América Latina, entre las que menciona la contextualidad de las disciplinas que son asistidas financieramente, las teorías desde las que se intenta encuadrar los estudios, etc. Pero también argumenta de forma crítica sobre algunas modalidades que habían tomado las investigaciones en Ciencias Sociales que recibían financiamiento privado. Entre estas, observaba: **1-** el predominio de estudios comparativos; **2-** la incongruencia de prioridades y objetivos entre las agencias externas y los campos científicos nacionales; **3-** los antagonismos teórico-metodológicos entre los países centrales y los periféricos; **4-** los endeblés canales de comunicación entre los directores de los proyectos residentes en los centros académicos y los investigadores y recolectores de datos en la periferia científica y, **5-** la subordinación laboral de los investigadores nacionales a los de los países centrales. En caso de no lograr la neutralización de estas modalidades científicas, los países que necesitan de la asistencia financiera para desarrollar sus disciplinas científicas perpetuarían en el campo académico la lógica de la división internacional del trabajo que los convertiría en simples “exportadores de datos sociológicos que se industrializan fuera de la región” (Graciarena, 1965:238). Aunque la producción de este texto se remonta a momentos previos a la explosión del Camelot, el autor agregó, al momento de publicarlo, una nota al pie de página con menciones del asunto.

En la misma revista, en el apartado “Informaciones”, se publicó una carta a su Director, Eliseo Verón, en la que un grupo de intelectuales adoptaron una posición de *estupor* frente al Camelot, al que observaron como una “injerencia en los asuntos internos de las naciones latinoamericanas”, firmada por Darío Cantón, Oscar Cornblit, Torcuato Di Tella, Jorge Graciarena, Silvia Sigal y el propio Eliseo Verón, entre otros. En Argentina, la Universidad, posterior a 1955, había logrado integrar en un mismo proyecto de modernización tanto a las autoridades universitarias como a los estudiantes. En esta coyuntura, la problemática sobre el financiamiento externo había generado tensiones y divisiones entre estos claustros. El Proyecto Camelot exacerbó aquellas sospechas acerca de la relación entre esos fondos y los servicios secretos americanos. Los orígenes de los debates sobre subsidios a las ciencias pueden rastrearse durante la presidencia de Arturo Frondizi, cuando en 1959 firmó con Estados Unidos un acuerdo de asistencia técnica que permitía la creación de la Comisión Nacional de Administración del Fondo de Apoyo al Desarrollo Económico, CAFADE, para organizar la ayuda estadounidense para la ciencia y la educación superior (Sigal,

2002:82). Del mismo modo, habían sido fuertemente criticados los subsidios otorgados por la Fundación Ford, en 1960, al Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, por 210.000 dólares y el de la Fundación Rockefeller, por 35.000 dólares, al proyecto del Instituto de Historia Social de José Luis Romero y Gino Germani (Sigal, 2002:83).

En Chile, el movimiento estudiantil había mostrado también resistencias al financiamiento externo desde fines de los años cincuenta. Durante la reforma universitaria llevada a cabo entre 1967 y 1968, los protagonistas del movimiento tenían muy fresco el recuerdo del Camelot y sus críticas a estas modalidades de asistencia se centraban en las formas de “dependencia cultural” que generaban en las periferias. Luego del Camelot, el financiamiento externo a las actividades académicas y científicas comenzó a observarse desde otra perspectiva. Un texto que brinda claves para entender el escenario post-Camelot, es el de Raúl Urzúa (1970), científico que fue testigo y protagonista de la desactivación del Proyecto. Para él, la universidad está “sometida a presiones que probablemente llevarán a cambios grandes en su estructura interna” (Urzúa, 1970:88), y una de estas acciones transformadoras es la asistencia proveniente de las fundaciones filantrópicas. La problemática radicaba en determinar si estas modalidades de cooperación “aumentan la dependencia cultural” de los países beneficiados (Urzúa, 1970:98). Las medidas tendientes a detener la “enajenación cultural”, deberían apuntar a fortalecer el papel de las universidades en la conformación de las agendas de investigación, la coordinación de estas con organismos supra-universitarios, tales como la Comisión Nacional de Investigación Científica, y el intercambio de docentes, principalmente con la región (Urzúa, 1970:99-100).

Esta discusión respecto al financiamiento externo a las Ciencias Sociales latinoamericanas, atravesadas por la tensión autonomía-dependencia académica y financiera como vimos, ya estaban presentes antes de la explosión del Camelot. A partir del escándalo que generó el Proyecto, tanto sobre el sostén económico externo a las Ciencias Sociales, como de la utilización de estas como instrumento de espionaje o imperialismo cultural (principalmente por parte de Estados Unidos), se construyó un *mito* de dependencia científica, paradójicamente, en el momento de mayor autonomía intelectual del circuito académico, liderado entonces por Santiago (Beigel, 2001). Estas representaciones negativas de ambos aspectos (financiamiento y utilidad de las ciencias) se extendieron a cualquier tipo de apoyo externo en el financiamiento

de proyectos científicos y esta articulación ideológica quedó presente en la retina de los científicos sociales durante mucho tiempo.

Las preocupaciones de los científicos sociales de la época sobre la relación directa entre el estallido del Camelot y el retraimiento del apoyo financiero externo a las Ciencias Sociales latinoamericanas, no se consumaron inmediatamente. Otros factores incidieron en este sentido: la situación financiera mundial, que se modifica a partir de comienzos de los setenta; las condiciones políticas de la región, que afectan sobremedida las Ciencias Sociales; entre otras. En suma, no existe una relación unívoca de autonomía financiera/dependencia intelectual (o académica), sino que se trata de un vínculo activo entre esas dos partes, un vínculo histórico que en determinados momentos presenta mayor o menor heteronomía y grados de libertad intelectual.

Anexo. Cronología de la llegada del Proyecto Camelot a Chile⁸

Día/Mes/ Año	Itinerario de los agentes
Hacia fines de 1964	Los vínculos entre científicos sociales chilenos y los responsables del Proyecto Camelot comenzaron cuando Hugo Nutini se contactó por carta desde los Estados Unidos con Raúl Urzúa, director de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica. En esa ocasión le informó sobre un supuesto proyecto de investigación que estaba programando, supuestamente, la National Science Foundation, NSF, sobre un país sudamericano y para el que se destinaría una suma de, aproximadamente, cinco millones de dólares.
22/12/64	Nutini arribó a Chile. Pocos días después se entrevistó con Raúl Urzúa, en dos oportunidades, en las que le habló del Proyecto en términos generales y que iba a ser financiado por diversas fundaciones científicas.
07/01/65	Nutini regresó a los Estados Unidos.

8 La reconstrucción de la cronología la hemos realizado con base en el Informe de la Comisión Especial Investigadora, entrevistas, documentos varios y textos citados en el apéndice bibliográfico. Sin esta detallada reconstrucción, es difícil entender su proceso de recepción en Chile y su reconversión en mito. Básicamente, porque los contactos entre el Proyecto y el campo académico chileno se organizaron por medio de las acciones de dos agentes claves: Hugo Nutini y Johan Galtung. En algunos casos, existen diferencias en algunas fechas entre la redacción final del Informe y los testimonios de los testigos que declararon ante la Comisión, hemos preferido tomar las fechas de estos últimos para construir la cronología.

22/03/65	Nutini expuso por carta, a Urzúa, mayores detalles sobre el Proyecto. También le solicitó una lista de los principales investigadores sociales chilenos que podrían participar. Urzúa recuerda haberse mostrado reticente ante el proyecto, debido a que no se especificaban todos los detalles, además se le demandaba una lista de personas y no de instituciones.
26/03/65	Johan Galtung había sido contratado para dictar clases en FLACSO. Era profesor de la Universidad de Oslo (Noruega). En su viaje a Chile, hizo escala por unos días en Nueva Jersey y tomó por primera vez conocimiento del Proyecto Camelot, por medio de Harry Ekstein, un reconocido científico social de origen alemán, quien le informó acerca de un proyecto de investigación por realizarse en Chile, sin mencionar sobre su financiamiento y su vinculación con el sector militar estadounidense.
30/03/65	Nutini escribió a Álvaro Bunster, secretario general de la Universidad de Chile, informándole que estaba gestionando un proyecto de investigación multidisciplinario en Ciencias Sociales y que muy pronto lo vería en Chile para presentárselo personalmente.
04/04/65	Johan Galtung arribó a Chile.
08/04/65	Galtung recibió una carta de Rex Hopper, en la que lo invitaba a participar en el Proyecto en un alto nivel de jerarquía científica. Le adjuntaba algunos documentos y un memorando, detallando las características del Proyecto. En los días posteriores, Galtung consultó con ciertos científicos chilenos sobre el proyecto, en especial con Edmundo Fuenzalida y Juan Planas, ayudante del Secretario General de FLACSO, quienes reaccionaron contrariamente a la aplicación del Proyecto.
09/04/65	Arribó a Chile Rex Hopper, director del Proyecto Camelot. Se entrevistó con Eduardo Hamuy, director del Centro de Estudios Socioeconómicos, CESO, de la Universidad de Chile, y le expuso en líneas generales un “proyecto de sociología política”.
10/04/65	Galtung, mostró el documento del Camelot a Aldo Solari, profesor uruguayo.
11/04/65	Hopper regresó a Estados Unidos
14/04/65	Durante un almuerzo en el restaurant <i>Mervilles</i> , Galtung mostró el memorando del Proyecto a Edmundo Fuenzalida (FLACSO), a Andrés Bianchi (CIENES), Ricardo Lagos (Universidad de Chile) y Juan Planas (FLACSO).

15/04/65	Nutini regresó a Chile y ese mismo día se entrevistó con Álvaro Bunster. En esta reunión, Nutini le informó en términos generales del proyecto, las temáticas por tratar y los países en los que se aplicaría: Nigeria, India y Chile. Se comprometió a enviarle más material sobre el Proyecto.
19/04/65	Nutini retornó a la Universidad de Chile, y debido a que Álvaro Bunster no había asistido a su lugar de trabajo por estar enfermo, le dejó con su secretaria un documento de 18 páginas, titulado <i>Proyecto Camelot</i> . El mismo día Nutini visitó a Urzúa y le prometió documentación sobre el Proyecto para el día siguiente.
20/04/65	Nutini entregó a Urzúa documentación sobre el Proyecto.
21/04/65	Acompañado de Ximena Bunster, Nutini visitó a Eduardo Hamuy. En esta ocasión, Nutini se refirió de forma general sobre el Proyecto: que sería financiado por varias fundaciones, que se invertiría una importante cantidad de dinero, y que se necesitaban aproximadamente 20 ó 25 investigadores. También invitó a Hamuy a participar en el Proyecto, pero nunca hizo referencia al financiamiento por parte del Departamento de Defensa de los Estados Unidos.
22/04/65	Galtung escribió a Hopper rechazando la invitación para participar en el Proyecto.
23/04/65	Se realizó en la Universidad de Chile una reunión a la que asistieron Álvaro Bunster, Edmundo Fuenzalida, Andrés Bianchi, Hugo Nutini, Ricardo Lagos y Ximena Bunster. En esta ocasión, Nutini habló sobre las características generales del proyecto, pero en un momento la discusión se tornó mas violenta, debido a los cuestionamientos proferidos a Nutini sobre los propósitos no declarados del Proyecto y el origen del financiamiento. También se le mostró a Nutini la carta enviada por Hopper a Galtung. Allí, Nutini se mostró desconcertado y dijo desconocer el origen del verdadero financiamiento. Finalmente, aseguró que había sido engañado y que se desvincularía completamente del Proyecto. En la reunión se acordó también que ningún investigador debía participar en la empresa.
24/04/65	Nutini visitó a Galtung, en la sede de FLACSO, para hablar sobre el Proyecto.
29/04/65	Nutini visitó nuevamente a Raúl Urzúa y pospusieron el tratamiento del Proyecto para una nueva reunión, por realizarse el 3 de mayo. Es decir, que cinco días después de haber sido informado por Galtung del origen y financiamiento del Proyecto, y habiéndose visto sorprendido por sus características, intentó seguir reuniendo voluntades para su realización.

29/04/65	Por la noche, Galtung, se encontró en el Restaurant <i>Las Brasas</i> con Raúl Urzúa, Eduardo Hamuy y otros. En esta ocasión, Galtung les comunicó las características del Camelot y le entregó una copia del memorando a Hamuy.
Entre el 24 y el 30	Galtung dialogó telefónicamente con Roger Vekemans, Raúl Urzúa y Fernando Henrique Cardoso sobre las características del Proyecto. Alertaba así, al director de DESAL, al referente del ILPES y al director de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica.
03/05/65	Nutini concurrió a la oficina de Urzúa. En la fecha pactada, este le informó que estaba al tanto del origen del Proyecto y que no participaría ningún científico de la Universidad Católica.
21/05/65	Nutini dejó definitivamente Chile.
27/05/65	Primera aparición pública del Proyecto Camelot: Eduardo Hamuy brindó una conferencia sobre el tema en la Escuela de Economía.
29/05/65	Galtung habló sobre el Proyecto en una reunión en la que se encontraban Eduardo Hamuy y Sergio Molina, ministro de Hacienda, y luego le alcanzó el memorando.
09/06/65	Hamuy brindó otra conferencia sobre el Camelot, en el CESO, y entregó a sus colaboradores copias del memorando enviado por Rex Hopper a Galtung.
Entre el 09 y el 11	Urzúa entregó al Director del diario <i>El Siglo</i> , Jorge Inzunza Becker, el memorando del Camelot.
12/06/65	Apareció por primera vez, en el <i>El Siglo</i> , una nota periodística sobre el Camelot. Posteriormente, también fue mencionado en el programa de radio <i>Tribuna Política</i> de Luis Hernández Parker. A partir de aquí, el Proyecto ocupó la tapa de los diarios y despertó también la atención de algunos políticos de izquierda, que lograron que se conformara una comisión investigadora legislativa.
07/07/65	Se conformó la Comisión Especial Investigadora de la Cámara de Diputados.
15/07/65	Galtung escribió el testimonio para la Comisión Investigadora.
16/07/65	Galtung retornó a Oslo.
16/12/65	Se expidió la Comisión legislativa: <i>Informe de la Comisión Especial Investigadora de las proyecciones y difusión en Chile del "Plan Camelot"</i> .

Bibliografía

- Beigel, Fernanda (2008): *Academic autonomy and social sciences: the Chilean circuit (1957-1973)*. Technical Session Papers, *Coping with academic dependence: how?*, SEPHIS-ADRI, Patna (India), february 4-7.
- Bilgin, Pinar y Morton, Adam David (2002), “Historicising representations of “failed states”: beyond the cold-war annexation of the social sciences?”, *Third World Quarterly*, vol 23, N.º 1.
- Chomsky, Noam (1994): *Repensando Camelot. John F. Kennedy, la Guerra de Vietnam y la cultura política de EE. UU.*, (Madrid, Libertarias/Prodhufi).
- Coastworth, John (1989): *Internacional Collaboration in the Social Sciences: The ACLS/SSRC Joint Comité on Latin American Studies*, Documento de Trabajo presentado en Reunión Relaciones académicas internacionales y desarrollo internacional de las Ciencias Sociales en América Latina, Montevideo, agosto.
- Drake, (1989): *International Collaboration in the Social Sciences: The ACLS/SSRC Joint Committee on Latin American Studies*, Documento de Trabajo presentado en Reunión Relaciones académicas internacionales y desarrollo internacional de las Ciencias Sociales en América Latina, Montevideo, agosto.
- Fuenzalida, Edmundo (1983): “The reception of “scientific sociology” in Chile”, *Latin American Research Review*, Vol. 18, N.º 2, Texas.
- Galtung, Johan (1965): “Los factores socioculturales y el desarrollo de la Sociología en América Latina”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, Buenos Aires, I, 1,.
- Garretón, Manuel Antonio; Murmis, Miguel; De Sierra, Jerónimo y Trindade, Hélgio (2005): “Argentina, Brazil, Chile, Mexico and Uruguay. Social Science in Latin America: a comparative perspective” (1930-2003) Una perspectiva comparativa,” *Social Science Information*, 44, N.ºs 2 y 3.

- Glazer, Myron y Glazer Penina (1968): “Las investigaciones sociales y el mundo real: los chilenos y los gringos”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, III, 2,
- Graciarena, Jorge (1965): “La Sociología en América Latina. Algunas consideraciones sobre la cooperación internacional y el desarrollo reciente de la investigación sociológica en América Latina”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, I, 2, .
- Horowitz, Irving L. (1974): *The Rise and Fall of Project Camelot. Studies in the relationship between social science and practical politics*, The Massachusetts Institute of Tecnology Press, Massachusetts.
- Kelman, Herbert C. (1968): “The Use of University Resources in Foreign Policy Research”, *International Studies Quarterly*, Vol. 12, N.º 1.
- Manno, Francis J. y Bednarcik, Richard (1968): “El Proyecto Camelot”, *Foro Internacional*, N.º IX-2, octubre-diciembre, México.
- Rohde, Joy (2007): *Counterinsurgency on Contract: Project Camelot, Social Science, and American National Security in the Cold War*, University of Pennsylvania. Excerpt from Chapter Four of “‘The Social Scientists’ War’: Expertise in a Cold War Nation,” Ph.D. Thesis, University of Pennsylvania, August.
- Sigal, Silvia (2002): *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, (Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores).
- Solovey, Marc (2001): “Project Camelot and the 1960s Epistemological Revolution: Rethinking the Politics-patronage-social Science Nexus”, *Social Studies of Science*, 31.
- Urzúa, Raúl (1970): “Fundaciones y Universidad: un punto de vista”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, CEREN, Universidad Católica de Chile, N.º 4, junio.

Documentos y entrevistas citadas

Carta de Intelectuales al Director de la Revista (1965), *Revista Latinoamericana de Sociología*, I, 2.

Declaración de especialistas latinoamericanos sobre la responsabilidad profesional (1969), *Revista Latinoamericana de Sociología*, V, 1.

Informe de la Comisión Especial Investigadora de las proyecciones y difusión en Chile del “Plan Camelot” y de cualquier otra actividad de organismos foráneos que puedan atentar contra nuestra soberanía o interferir en actividades de la vida nacional (1965), Cámara de Diputados de Chile.

Entrevistas a Raúl Urzúa, realizadas por Fernanda Beigel en Santiago, el 20 de noviembre de 2005 y el 27 de junio de 2006.

Entrevistas a Roger Vekemans, realizadas por Fernanda Beigel en Santiago, el 26 de junio de 2006 y el 14 de mayo de 2007.

EL “FANTASMA” DE PREBISCH: EL ILPES ENTRE 1963 Y 1969

Eliana Gabay
(Universidad Nacional Cuyo)

El objetivo principal de este trabajo es estudiar el rol desempeñado por el ILPES (Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social) en la producción y circulación de un conocimiento socio-económico en los años sesenta en el continente. El ILPES, una institución hermana de la CEPAL, fue creado en 1962 por el impulso de Raúl Prebisch en el marco de la Alianza para el Progreso. Por ello, el ILPES desde sus orígenes fue concebido como un organismo orientado a capacitar al personal de los distintos países de América Latina para elaborar los proyectos que atiendan la nueva demanda de financiamiento regional. Se estudiarán entonces la trayectoria institucional de este organismo desde el alejamiento de Prebisch de su conducción en 1963 hasta su retorno en 1970. Se examinará una etapa en la cual se desarrolló un pensamiento socio-crítico vinculado a la denominada “polémica dependetista” y a la autocrítica del estructuralismo cepalino, la radicalización de varios investigadores de la institución, que se cierra en un contexto político e intelectual muy diferente a la de su creación, lo que posibilitó en el cambio de las ideas de la institución y del mismo Prebisch.

Introducción

En este trabajo reflexionaremos fundamentalmente sobre dos movimientos institucionales asociados a la figura de Raúl Prebisch que tuvieron incidencia en el proceso de construcción de las Ciencias Sociales latinoamericanas en los años sesenta. En primer lugar, abordaremos el papel que jugaron Prebisch y la CEPAL (Comisión Económica para América Latina) en la puesta en

marcha de la “Alianza para el Progreso” impulsada por el presidente John Fitzgerald Kennedy en los inicios de su mandato. Analizaremos las implicaciones del apoyo de Prebisch y la CEPAL a este Programa liderado por los EE. UU. en el contexto de la radicalización política de América Latina a partir de la Revolución Cubana de 1959. Luego aludiremos a la génesis del ILPES (Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social), una institución relativamente autónoma de la CEPAL, que comenzó a funcionar en 1962 para aplicar la noción de “planificación” en las distintas áreas de la realidad socio-económica de los países del continente. El ILPES fue ideado como un organismo clave para asesorar a los Estados latinoamericanos en el diseño de proyectos de desarrollo afines a los objetivos acordados en la “Alianza para el Progreso”. En segundo lugar, haremos referencia a la partida de Prebisch a la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo) desde 1963 hasta 1969 y a sus esfuerzos por supervisar la labor desarrollada por el ILPES durante ese período. Este movimiento institucional coincide con el asesinato de Kennedy y el giro sustantivo que se produjo en la Alianza para el Progreso en la región. Estos acontecimientos, junto con el alejamiento de Prebisch a la UNCTAD, gravitaron en la radicalización política de los expertos y académicos del ILPES que arremetieron contra la visión “desarrollista” impulsada por la doctrina Prebisch-CEPAL en los cincuenta, dando lugar, a la germinación del denominado enfoque de la dependencia.

2. El rol de Prebisch y la CEPAL en la génesis de la Alianza para el Progreso

La Alianza para el Progreso tuvo sus antecedentes en la Operación Panamericana de 1958 y en el Acta de Bogotá de 1960, siendo promovida por el gobierno del presidente Kennedy en un contexto regional e internacional muy particular. La experiencia de la “Revolución Cubana” de 1959 que había derrocado al régimen de Fulgencio Batista por la fuerza, adquirió cada vez más adeptos entre los grupos políticos más afines a las ideas de izquierda en el continente. En su primer mensaje sobre el Estado de la Unión ante los miembros de la Suprema Corte y de ambas Cámaras del Congreso, Kennedy decía:

“en Latinoamérica los agentes comunistas que tratan de explotar la pacífica revolución de esperanza de esa región han establecido una base en Cuba, a solo noventa millas de nuestras costas. Nuestra objeción a Cuba no se refiere

a la campaña del pueblo por una vida mejor. Nuestra objeción es a su dominio por tiranías extranjeras e interiores. La reforma social y económica de Cuba debe ser alentada. Las cuestiones de política económica y comercial pueden ser siempre negociadas. Pero el dominio comunista en este hemisferio no puede nunca ser negociado (...)

Hemos prometido a las repúblicas del Sur, hermanas nuestras, una nueva alianza para el progreso. Nuestro objetivo es una Iberoamérica libre y próspera que alcance para todos sus Estados y sus ciudadanos un grado de progreso económico y social equiparable a sus históricas aportaciones a la cultura, al intelecto y a la libertad...” (Kennedy, 1961).

Uno de los objetivos centrales del proyecto político de Kennedy desde sus comienzos fue frenar la “oleada” comunista en la región. Cuando en abril de 1961 Fidel Castro proclamó el “carácter socialista” de la Revolución Cubana, el Gobierno estadounidense intentó invadir la Isla con el apoyo de un grupo de cubanos exiliados en Miami, desembarcando en la famosa Bahía de Cochinos. El intento acabó en un sonado fracaso que puso fin a la política de distensión que EE. UU. y la URSS intentaban implementar en esos años. Además, sirvió para que Castro fortaleciera su posición en el poder y para que la URSS en respuesta, manifestara por medio de acciones muy concretas su apoyo económico y militar a la Isla. En ese marco, el presidente Kennedy trató de generar un nuevo pacto estratégico con los países de América Latina: **La Alianza para el Progreso**. De allí que dicho Programa tuviese desde sus orígenes dos propósitos muy explícitos: *desalentar las revoluciones sociales en otros países de la región y asegurar la hegemonía de los Estados Unidos en América*. La alternativa política en el continente en dicha coyuntura histórica fue vivida en términos de: “revolución” de carácter socialista o “reformismo” democrático dentro de un capitalismo con una marcada intervención estatal (Crockcroft, 2001: 30).

Enfrentados con este dilema, Raúl Prebisch y sus colaboradores de la CEPAL no dudaron en respaldar el proyecto lanzado por el Presidente de los EE. UU. La CEPAL le mandó un informe a Kennedy en sintonía con su discurso de enero de 1961, en donde expresaba:

“La América Latina está en crisis. Corrientes muy profundas llevan a grandes transformaciones de la estructura económica y social. No se pueden ni se deben detener, porque son una exigencia impostergable del momento latinoamericano

*(...) La responsabilidad de estas transformaciones recae en la América Latina. sería un grave error; sin embargo, creer que se pueden realizar eficazmente sin una amplia política de cooperación internacional, como también sería un error creer que tal política podría relevar a nuestros países de la responsabilidad ineludible de efectuar dichas transformaciones” (...)*⁹

De estas breves líneas se desprende que tanto Prebisch como la CEPAL apostaron a la cooperación internacional para acentuar los procesos de desarrollo económico en el continente y, desde esta óptica, adhirieron la “Alianza para el Progreso”. Este Programa implicaba por parte de los Estados Unidos apoyo técnico y financiero para América Latina, comprometiendo originariamente una inversión de veinte mil millones de dólares para la década de los sesenta.

La “Carta de Punta del Este” que se gestó en agosto de 1961 en Uruguay representó la ratificación de la Alianza para el Progreso en la región, y fue respaldada por veinte Estados latinoamericanos. En el preámbulo de dicha Carta el Presidente de los Estados Unidos manifestaba:

*“Vamos a transformar de nuevo el Continente Americano en un crisol de ideas y esfuerzos revolucionarios, como tributo al poder de la energía creadora de los hombres libres, y como ejemplo al mundo, de que la libertad y el progreso marchan tomados de la mano. Vamos a reanudar nuestra revolución americana hasta que sirva de guía a las luchas de los pueblos en todas partes, no con un imperialismo de la fuerza y el miedo, sino con el imperio del valor, de la libertad y de la esperanza en el porvenir del hombre (...)”*¹⁰

En el párrafo citado se aprecia la revalidación de dos de los pilares básicos contemplados desde sus orígenes en el Programa de la Alianza para el Progreso. Por un lado, el proyecto se encuadró en la **idea de libertad política** que no podía estar disociada de la puesta en marcha de regímenes democráticos en los países de la región y, por otro, en **la noción de progreso** vinculada a la cosmovisión de la

9 Memorándum enviado al presidente Kennedy firmado por Raúl Prebisch, José Mora, Felipe Herrera, José Antonio Mayobre, Manuel Noriega Morales, Jorge Sol Castellanos y Alfonso Santa Cruz, Documento de CEPAL (FILE-9109), 8 de marzo de 1961, p. 1.

10 Carta de Punta del Este-Declaración de los Pueblos de América, suscripta en Punta del Este-Uruguay, el 13 de Agosto de 1961, p. 4.

iniciativa privada en el campo de la economía, aun en el marco de incentivar dentro del sistema capitalista la planificación estatal, con el fin de garantizar el desarrollo socioeconómico de los Gobiernos latinoamericanos. Los propósitos acordados en la “Carta de Punta del Este” fueron:

- a. Fortalecer las instituciones democráticas
- b. Acelerar el desarrollo económico y social
- c. Ejecutar programas de vivienda
- d. Impulsar programas de reforma agraria
- e. Asegurar a los trabajadores una justa remuneración
- f. Acabar con el analfabetismo en el continente
- g. Desarrollar programas de salubridad e higiene
- h. Reformar las leyes tributarias para exigir más a quienes más tienen
- i. Mantener una política monetaria y fiscal estable para paliar las calamidades de la inflación
- j. Estimular la actividad privada
- k. Dar solución rápida y duradera a la variación excesiva de los precios de los productos que de ordinario exportan los Estados latinoamericanos
- l. Acelerar la integración de América Latina.¹¹

La estructura de la Alianza para el Progreso contemplaba la creación de un Comité Tripartito integrado por el Secretario Ejecutivo de la CEPAL, el Secretario General de la OEA (Organización de los Estados Americanos) y el Presidente del BID (Banco Interamericano de Desarrollo). En la “Carta de Punta del Este” se estableció como procedimiento para el análisis del progreso económico y social de los países americanos que adhirieron a dicho Programa una reunión anual del CIES (Consejo Interamericano Económico y Social) que dependía de la OEA con asistencia de ministros y técnicos. También estaba prevista en su estructura que los planes de desarrollo diseñados por cada país fuesen examinados por un **comité ad hoc**, integrado por seis expertos de alta jerarquía, tres de los cuáles pertenecían a la nómina de los nueve o también llamado **Comité de los “Nueve Sabios”** nombrado conjuntamente por CEPAL, OEA y BID. Cada gobierno presentaba su programa de desarrollo económico para consideración del **comité ad hoc**, que a su vez era supervisado por el **“Comité de los Nueve”**, que trabajaba en forma coordinada con

11 Carta de Punta del Este, op. cit., pp. 6-8.

el CIES (Theberge, 1964: 13). La estructura de la Alianza Para el Progreso podría sintetizarse de la siguiente manera:



Fuente: Elaboración propia con base en la consulta de Theberge, J. D. (1964) y Carta de Punta del Este (1961).

De lo que venimos diciendo, resulta claro que tanto Prebisch como la CEPAL se comprometieron con las metas contempladas en este Pacto o Acuerdo, respaldando institucionalmente a aquellos países que estuviesen resueltamente dispuestos a emprender transformaciones profundas en su estructura económica y social. En una entrevista realizada por David Pollock y editada por Daniel Kerner y Joseph Love, Prebisch recordaba que él no fue el promotor de la Alianza para el Progreso, pero que se subió al carro tan pronto como comenzó a moverse. También decía que subrayaba este hecho porque mucha gente pensó en ese entonces que él había sido su autor

intelectual. Prebisch destacaba que la OEA en los primeros tiempos de la presidencia de Kennedy intentó inyectarse de una nueva vitalidad, creando un Comité consultivo en donde la mayoría de sus miembros fuesen latinoamericanos. Prebisch reconocía que los documentos de la CEPAL habían sido la base para esta renovación y el apoyo de los técnicos y funcionarios de dicha institución, otro aporte con el cual la OEA vio la posibilidad de ganar nuevas fuerzas. Asimismo, aludía en dicha entrevista a una carta que él redactó para Kennedy al inicio de su mandato y que comenzaba así: “Este es el momento de establecer una política hemisférica hacia América Latina”. En su relato señalaba que el Presidente de los Estados Unidos la había recibido tan bien, que unos pocos días después expresó públicamente que las ideas fundamentales para gestar un nuevo pacto entre los Estados americanos eran las de la doctrina de la CEPAL. Prebisch recordaba: ¡imagínese cómo nos sentíamos, cuán entusiasmados!¹²

3. El ILPES: un organismo funcional a la Alianza para el Progreso

El ILPES es un organismo que forma parte de la CEPAL y del sistema de las Naciones Unidas y que fue creado por Resolución N.º 220 del Comité Plenario de la CEPAL el 6 de junio de 1962. Su propósito era apoyar a los Gobiernos de la región en el campo de la planificación y coordinación de políticas públicas, mediante la prestación de servicios de capacitación, asesoría e investigación. El rol de Raúl Prebisch fue fundamental puesto que desde su cargo de Secretario Ejecutivo de la CEPAL impulsó la idea de fundar un instituto de planeamiento del desarrollo económico bajo la égida de la CEPAL y organizado de manera tal que tuviese atribuciones para recibir y administrar los recursos financieros del Fondo Especial de las Naciones Unidas y de otras fuentes distintas provenientes de los Gobiernos latinoamericanos.¹³

La estructura del ILPES se diseñó de manera muy similar a la estructura de la Alianza para el Progreso. Por ello, contemplaba desde sus orígenes un Director General del Instituto y un Consejo Directivo integrado por once miembros de reconocida capacidad técnica que serían elegidos por la CEPAL. Ocho integrantes debían pertenecer a diferentes países latinoamericanos y los otros tres a organizaciones internacionales: uno era nombrado por la Secretaría de la CEPAL, otro designado por

12 Cf. Entrevista inédita a Prebisch: logros y deficiencias de la CEPAL, realizada por Pollock, D. y editada por Kerner, D. y Love, J., 2001, pp. 18 y 19.

13 Cf. Resolución N.º 199 de la CEPAL, Santiago de Chile, del 13 de mayo de 1961.

el Secretario General de la OEA y el último tenía que representar al BID; en su carácter de instituciones internacionales que actuaban en el campo económico y financiero de América Latina. Además, estipulaba que el Director General del Instituto integrara el Consejo Directivo como miembro *ex-officio*, con derecho a voz pero sin voto.¹⁴

El Director General debía de ser nombrado por el Secretario General de las Naciones Unidas, previa consulta al Consejo Directivo, teniendo bajo su competencia la conducción y administración del Instituto y el cumplimiento de las siguientes funciones:

- a. Proponer al Consejo Directivo los programas y presupuestos del Instituto
- b. Ejecutar los programas y efectuar los gastos previstos en los presupuestos
- c. Escoger y nombrar al personal del Instituto
- d. Seleccionar los becarios del Programa de Capacitación
- e. Formalizar con los Gobiernos o con otras entidades nacionales e internacionales los contratos u otros arreglos que fuesen necesarios para la prestación de los servicios del Instituto, quedando entendido que los arreglos con los Gobiernos nacionales debían hacerse con la aprobación de los Gobiernos interesados.
- f. Aceptar para el Instituto aportaciones de Gobiernos, organismos internacionales fundaciones e instituciones privadas, con el fin de financiar las actividades del organismo.
- g. Coordinar las labores del Instituto con las de otros programas internacionales, regionales y bilaterales en campos afines
- h. Concurrir a las sesiones del Consejo Directivo
- i. Informar al Consejo Directivo sobre las actividades y la ejecución del programa de trabajo del Instituto.¹⁵

El cargo de Director General del ILPES tenía un rango elevado y fue ocupado por primera vez por Raúl Prebisch. Debido a su edad (en ese entonces tenía más de 60 años), no podía seguir al frente del puesto de mayor jerarquía de la CEPAL puesto que las regulaciones administrativas de las Naciones Unidas le imponían obligatoriamente la jubilación. Por este motivo, buscó ser designado como primer

14 Cf. Resolución N.º 220 del Comité Plenario de la CEPAL, Santiago de Chile, del 6 de junio de 1962.

15 *Ídem.*

Director General del ILPES, un organismo relativamente autónomo de la CEPAL. Ahora bien, para Prebisch, el ILPES no representaba solo un salvoconducto personal, el instituto tenía una misión específica a escala regional e internacional, anclada en las circunstancias históricas que venimos describiendo. Volvamos al proceso de creación del ILPES, situándonos en el marco de la “Carta de Punta del Este” suscrita en agosto de 1961 en Uruguay. Prebisch concibió al ILPES como la institución encargada de contribuir a la implementación de las políticas de planificación, basadas en los trabajos de investigación realizados por la CEPAL. Por eso, esta nueva institución debía capacitar a técnicos y funcionarios de los distintos países de América Latina, elaborar diagnósticos, proyecciones, planes y programas sectoriales y captar los recursos financieros proporcionados por la Alianza para el Progreso en la región.¹⁶

Pero, además, en el contexto de la puesta en marcha del ILPES, Raúl Prebisch fue designado en 1962 como Coordinador del “Comité de los Nueve Sabios” de la Alianza para el Progreso. Es decir, que logró gestionar los vínculos y redes suficientes para desempeñar un rol central en todo el proceso. Y desde esta nueva función, realizó las siguientes observaciones:

“Convencido de la necesidad de aclarar la significación de la Alianza para el Progreso, voy a intentar explicar su sentido económico desde el punto de vista latinoamericano (...) En verdad, las ideas fundamentales de este documento se gestaron y tomaron forma gradualmente en América Latina. De tiempo atrás hemos sostenido constantemente que un movimiento vigoroso de industrialización era ineludible en el proceso de desarrollo. También hemos afirmado la inevitabilidad de la reforma agraria y de otras transformaciones en la estructura económica y social a fin de facilitar la absorción masiva de la tecnología moderna y la progresiva redistribución de los frutos del desarrollo. Hemos llamado la atención acerca de la importancia de la relación de los precios del intercambio y sobre la necesidad de contrarrestar su tendencia inherente a desmejorar por medio de transformaciones de la estructura económica ; y hemos preconizado insistentemente en la necesidad de medidas para atenuar sus fluctuaciones. La idea del mercado común latinoamericano

16 Corresponde a una opinión emitida por Osvaldo Sunkel, en una entrevista realizada por la autora en abril de 2008, en Santiago de Chile.

surgió también en nuestros países. Y, asimismo, recomendamos la necesidad de ampliar la aportación de recursos internacionales para complementar una más intensa movilización de recursos internos a fin de acelerar la tasa de desarrollo. Finalmente, y frente a una gran oposición, fuimos nosotros, los latinoamericanos, quienes lanzamos la idea de la planificación sistemática para obrar en forma consciente y deliberada sobre las fuerzas económicas y sociales, a fin de conseguir los grandes objetivos del desarrollo en forma ordenada y progresiva”(...) (Prebisch, 1962: 59 y 60).

En este texto, Prebisch argumentaba su posición y el papel de las instituciones que representaba (ILPES-CEPAL) a favor de la aplicación del Programa “Alianza Para el Progreso” en la región, pero advirtiendo que los propósitos explicitados en dicho acuerdo multilateral ya habían sido fruto de la reflexión consciente de los latinoamericanos, más precisamente de la corriente de pensamiento que se promovió desde la CEPAL: el “estructuralismo latinoamericano”. Este enfoque, sin embargo, venía siendo revisado por sus propios progenitores a fines de los cincuenta y comienzos de los sesenta en un escenario donde el modelo de “industrialización sustitutiva” comenzaba a manifestar sus debilidades.¹⁷ Finalmente, para completar el esquema interpretativo Prebisch alude en el fragmento transcrito al uso pionero de la idea de planificación económica y social por parte de la CEPAL en el continente, que no había sido bien receptada a fines de los cuarenta y comienzos de los cincuenta por parte de los Estados Unidos y los sectores afines a un pensamiento neoclásico.¹⁸

17 Para profundizar acerca de los factores que incidieron en la crisis del modelo de “industrialización sustitutiva” a fines de los cincuenta y comienzos de los sesenta que dieron lugar a una revisión del “estructuralismo” cepalino, permítasenos remitir a nuestro trabajo: Gabay, E. (2008).

18 En la entrevista realizada por David Pollock, Prebisch relataba que la CEPAL había preparado un documento en 1955 denominado *Una introducción a las técnicas de la planificación*. Y que cuando ese informe se presentó en la Sede de las Naciones Unidas en Nueva York, recibieron al poco tiempo una respuesta que decía: “el informe está bien, pero donde quiera que se mencione la palabra planificación replácela por programación”. Prebisch, a su vez recuerda en este relato, que a él no le preocupaban las autoridades de Nueva York sino las del Banco Mundial, porque esta institución no hablaba de planificación sino de programación. Por ello, había sido cuidadoso de no utilizar el término planificación en los escritos de esta época sino el de programación. La expresión “planificación”, por supuesto, era objetada por estas instituciones porque, en definitiva, se la asociaba a las experiencias de las economías socialistas del este europeo. Cf. Pollock, D., Kerner, D. y Love, J., 2001, p. 15.

4. La muerte de Kennedy, el giro en la Alianza para el Progreso y el surgimiento del debate dependientista en el ILPES en el marco del traslado de Prebisch a la UNCTAD

Pocos personajes como Kennedy han tenido una carga simbólica y representativa tan importante. Su figura fue un icono cargado de significados de toda una época, los años sesenta, sobrevalorada por muchos y cuestionada por otros. Desde una mirada retrospectiva, podemos destacar que el presidente Kennedy impulsó durante su breve gobierno cambios importantes en la política interna y externa de los EE. UU. En el plano interno, su primera iniciativa fue la sujeción de la inflación, a la que siguió el establecimiento de un salario mínimo, la implantación de un programa de obras públicas y la reducción de impuestos. Su política social incluyó algunos programas de distribución de alimentos a los grupos desfavorecidos y la subvención de la enseñanza pública.¹⁹ En el plano externo comenzó su mandato con la profundización de un plan trazado durante la presidencia de Eisenhower que había cortado las relaciones diplomáticas con Cuba. Por ello, el Gobierno estadounidense intentó, sin éxito, distintas maniobras para invadir la Isla, inaugurando un ciclo de relaciones conflictivas con el país vecino. A la par, impulsó el Programa de la “Alianza para el Progreso”, con el claro propósito de sosegar la expansión del “comunismo” en América Latina. El episodio de mayor gravedad sucedió en 1962, cuando aviones espía estadounidenses descubrieron la instalación de misiles soviéticos en la isla caribeña. La reacción de Kennedy fue imponer un bloqueo total de la Isla hasta que los misiles no fuesen desmantelados y presentó un programa al Congreso de capacitación de los militares “contrainsurgentes” (estos eran los que opinaban que el Gobierno de EE. UU. debería haber atacado de inmediato a la Unión Soviética tras su intento de instaurar una base militar-nuclear en el Caribe). Además, actualizó el armamento y las capacidades de las fuerzas de seguridad latinoamericanas para controlar el poder de las “guerrillas” en el continente (Crockcroft, 2001: 31). Si bien las relaciones entre EE. UU. y la URSS empeoraron en 1962, hasta el punto que durante unos meses se temió que se produjese el estallido de una guerra nuclear, la tensión cesó cuando el líder

¹⁹ Cabe señalar, que los “intelectuales en acción” que estuvieron al servicio del gobierno de Kennedy y que contribuyeron a diseñar su política económica en el plano interno y el programa de la “Alianza para el Progreso” en el plano regional, mantuvieron a comienzos de los años sesenta vínculos estrechos con las universidades de Cambridge y Harvard, que eran los centros académicos en los cuales las ideas de Keynes habían prosperado. Véase: Dezalay, Y. y Garth, B. (2002).

soviético Kruschov accedió a dismantelar las instalaciones. Estos acontecimientos le permitieron a Kennedy, por un lado, afianzar el apoyo de su electorado y del bloque occidental y, por otro, proclamar en el ámbito de las Naciones Unidas su pretensión de terminar con la “Guerra Fría”, marcando los riesgos que tendría que enfrentar el mundo si el camino por seguir era el de imponer en otros países un sistema comunista mediante el uso de medios bélicos y nucleares (Pedersen, 1964). Sin embargo, un error mayúsculo en materia de política exterior y de importancia capital para la historia de EE. UU. fue promover la intervención directa en Vietnam en 1961 para sostener el régimen de Diem, cada vez más debilitado, por los comunistas liderados por Ho Chi Min. El envío de soldados a Vietnam supuso el comienzo de una guerra cuya significación en la memoria histórica del gigante de América no pudo ser más negativa, porque generó la pérdida de miles de vidas humanas en un conflicto que la sociedad estadounidense de esa época tuvo serias dificultades para asimilar (Hobsbawm, 1995). La política de Kennedy en el plano interno y externo le suscitó enemigos internos, y desencadenó en el trágico suceso del 22 de noviembre de 1963 cuando Kennedy se encontraba en Dallas con motivo de una gira electoral, saludando a la multitud desde un coche descubierto, recibió varios disparos que le causaron la muerte. A partir de entonces, las dudas, lagunas y conjeturas acerca del asesinato de Kennedy no han hecho más que aumentar la posibilidad de que fueron varios los autores del crimen y que estos respondieron a una “conspiración” gestada desde el propio gobierno.²⁰

Si bien tras la muerte de Kennedy su sucesor Lindon B. Johnson prometió continuar con las medidas básicas consensuadas en la “Carta de Punta del Este”, a partir de 1964 podemos detectar un punto de inflexión en la dinámica de la Alianza para el Progreso. Dos acontecimientos claves fueron el derrocamiento de ciertos gobiernos latinoamericanos que insistieron en emprender “reformas” acordes con el espíritu innovador del mencionado pacto como el de Arturo Frondizi (1958-1962) en Argentina, y el de Joao Goulart (1961-1964) en Brasil por golpes militares. Estos hechos dieron cuenta de que uno de los objetivos centrales de la “Alianza” había fracasado: fomentar la democracia en el continente. Por otra parte, las estadísticas mostraban que si bien los recursos ordinarios de capital vía préstamos habían tenido un incremento sustantivo entre 1961 y 1963 en los países que respaldaron dicho programa el PBI total y el PBI por habitante había disminuido para el mismo período, a la par

20 Para ahondar acerca del contexto político en el que se produjo la muerte del presidente Kennedy en los EE. UU. se puede consultar la obra de Scott, P. D. (1996).

que los precios al consumidor habían experimentado un aumento considerable; con lo cual la hipótesis central de la Alianza para el Progreso que se sustentaba en la ayuda financiera por parte del Gobierno de los EE. UU. y organismos multilaterales, no había logrado garantizar algunas de las metas previstas en el acuerdo como acelerar el crecimiento económico para estimular el desarrollo y frenar la escalada inflacionaria en los países de la región.²¹ A su vez, los “gobiernos reformistas” de Alberto Lleras Camargo en Colombia (1958-1962) de Fernando Belaúnde Terry (1963-1968) en Perú y de Eduardo Frei en Chile (1964-1970) en los cuales los planificadores estadounidenses pusieron grandes expectativas, no fueron exitosos en ámbitos claves como la reforma agraria y la redistribución del ingreso (Skidmore y Smith, 1996: 404 y 405). Por todos estos motivos, la “Alianza para el Progreso” agudizó el clima de desconfianza que reinaba en los sectores políticos más críticos y radicalizados que se identificaban con los ideales de la Revolución Cubana, quienes denunciaban que dicho pacto implicaba el reforzamiento de una nueva estrategia del imperialismo estadounidense en el continente.²²

Resulta claro que después de la muerte de Kennedy la política estadounidense renunció cada vez más decididamente al equilibrio entre la “reforma” y la “contrarrevolución”, volcándose por entero a esta segunda causa (Halperin Donghi, 1991: 412). En este nuevo contexto, los propios estructuralistas que formaron parte del equipo medular de Raúl Prebisch en la CEPAL y que apoyaron el programa de la “Alianza para el Progreso” en los primeros años de la década de los sesenta comenzaron un vertiginoso proceso de autocritica que fue adquiriendo con el tiempo

21 Las tendencias descriptas en los indicadores mencionados pueden ser consultadas y confrontadas entre sí en: BID, Informe de Actividades, 1961-1966 y Sunkel, O., Documento del ILPES (FILE- 32340), 1966.

22 Recordemos que un antecedente clave de la Alianza para el Progreso fue el Acta de Bogotá suscrita en 1960 a la cual Cuba no había adherido. El “reforzamiento imperialista” por parte de los EE. UU. hacia América Latina, había sido cuestionado por Ernesto “Che” Guevara en su discurso del 8 de agosto de 1961 en Uruguay cuando se dirigió ante los delegados de los pueblos de América, en el marco de la Quinta Sesión Plenaria del Consejo Interamericano Económico y Social, en Punta del Este. En su exposición Guevara, les respondió a los Estados Unidos de Norteamérica y a los países que estaban aviniéndose a juzgar a Cuba, que en la Isla se había realizado una Asamblea General Nacional del Pueblo, y que en esa reunión se condenaba: “la explotación del hombre por el hombre y la explotación de los países subdesarrollados por el capital financiero imperialista”. Y enfatizó en su discurso: “que aquella fue una declaración de nuestro pueblo, hecha a la faz del mundo, para demostrar nuestra decisión de defender con las armas, con la sangre y con la vida nuestra libertad y nuestro derecho a dirigir los destinos del país, en la forma que nuestro pueblo considere más conveniente”. Cf. Guevara, E. (1961).

un ribete cada vez más radicalizado. En el transcurso de 1964, fue Celso Furtado el que dio el puntapié inicial para discutir institucionalmente la categoría de dependencia en el ILPES, participando activamente en el dictado de un Seminario sobre dicha temática (García, 2005). Y fue a partir de ese momento, cuando ciertos exponentes claves del ámbito de producción de las Ciencias Sociales latinoamericanas, como el propio Furtado, Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto y Osvaldo Sunkel, entre otros tantos, intervinieron –desde el ILPES– en la revisión del “estructuralismo cepalino” y en la polémica sobre el concepto de “dependencia” que se desarrollaba, a la par, en otros espacios académicos chilenos como el CESO (Centro de Estudios Socioeconómicos), el CEREN (Centro de Estudios de la Realidad Nacional) y la FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales).²³

Nos parece llamativo, sin embargo, que el debate dependentista naciera en pos de una crítica rigurosa a los principales supuestos del “estructuralismo cepalino” cuyo progenitor había sido Raúl Prebisch, un autor que no intervino en esta discusión. A pesar de haber sido el interlocutor más cuestionado, Prebisch no participó de la polémica en Santiago porque estaba ejerciendo responsabilidades ejecutivas en la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo) desde mediados de 1963. Por ello, hemos aludido en el título del presente trabajo al término el “fantasma” de Prebisch puesto que los dependentistas en general, y los agentes del ILPES en particular, disputaban en torno a su obra. Este no es un dato menor porque muchos autores que han trabajado su trayectoria y su producción académica coinciden en que Prebisch tenía un estilo de liderazgo burocrático e intelectual que le permitió imprimir a la CEPAL una estampa inconfundible durante su gestión.²⁴ Pero una vez que se produjo su alejamiento de la institución mencionada y de su organismo hermano el ILPES, fue perdiendo el control de las líneas del debate.

Cuando Prebisch decidió asumir como Secretario General de la UNCTAD en 1963, fue sustituido en su cargo de Director General del ILPES por el entonces

23 Cabe comentar que el golpe de Estado de 1964 en Brasil produjo el exilio hacia Chile de Celso Furtado, Fernando Henrique Cardoso, Francisco Weffort, Theotonio Dos Santos, Vania Bambirra, entre otros científicos sociales; y que este dato adquiere relevancia cuantitativa y cualitativa porque dichos agentes se insertaron en organismos internacionales como el ILPES y en diferentes centros de investigación de la Universidad de Chile participando activamente de la polémica dependentista entre 1964-1973. Véase: Beigel, F. (2008).

24 Para profundizar sobre las implicaciones que tuvo la figura de Raúl Prebisch en la CEPAL, se pueden consultar las obras de: Bielchowsky, R. (1998); Rodríguez, O. (1981); y Hodara, J. (1987), entre otros.

Director Adjunto, Cristóbal Lara. El arribo de Prebisch a la UNCTAD coincidió con otro hito significativo de la historia económica mundial: el impulso del diálogo Norte-Sur en el tratamiento del desarrollo global, temática que ocupó un lugar prioritario en la agenda de discusión de la Asamblea General de las Naciones Unidas en ese período. En este marco, el Grupo de los 77 comenzó a congregarse tras el liderazgo de varios países importantes del mundo en desarrollo. Para Edgar Dosman y David Pollock, América Latina constituía en el contexto descrito una base poderosa, dado que Kennedy simpatizaba con el concepto de promover el desarrollo en la región y en el resto del Tercer Mundo (Dosman y Pollock, 1993: 34). De allí que la dimensión ética en la que se centraba el planteo de la UNCTAD acerca de alcanzar un orden Norte-Sur más justo, resultó irresistible para muchos economistas del continente, que afluyeron con gusto a la convocatoria de la UNCTAD, como el propio Prebisch. El fundamento racional de la brega de Prebisch en pos de la cooperación en el plano Norte-Sur, con el fin de transformar el desequilibrio existente en el desarrollo económico internacional, era poner un freno real y no formal al juego irrestricto de las fuerzas del mercado. Prebisch exigía que los países centrales concedieran a los países periféricos preferencias comerciales, con el objeto de compensar las tendencias a la asimetría estructural derivadas de su condición de exportadores de productos primarios (Dosman, 2006). En opinión de Di Filippo, la creación de la UNCTAD respondió a este enfoque, aunque coexistió de manera incómoda con la filosofía más ortodoxa, partidaria del libre mercado, propiciada por el FMI, el Banco Mundial y el GATT (Di Filippo, 1988: 169).

A pesar de que Prebisch debía concentrar sus esfuerzos –desde su gestión en la UNCTAD– para dar batalla en este frente internacional, continuó supervisando, algunas veces, por medio de su presencia física en reuniones periódicas y otras a distancia la información detallada que le brindaban sus colaboradores acerca del curso de las acciones que se implementaban en el ILPES, con el fin de fomentar la “planificación” en diversas áreas de los países del continente que habían adherido a “La Alianza para el Progreso”. Prebisch ya no ejercía más como Director General del ILPES, pero guardaba estrechas conexiones con su sucesor Cristóbal Lara y con los directores de los diferentes Programas y Divisiones de dicho organismo como por ejemplo el director del Programa de capacitación, Osvaldo Sunkel, el director de la División de Asuntos Sociales, José Medina Echavarría, y el director de la

División de Política Comercial, Norberto González.²⁵ Por lo tanto, el objetivo de formar y capacitar a técnicos y funcionarios de los Gobiernos latinoamericanos, con miras a la planificación desde una visión cepalina, no fue abandonado por Prebisch en los primeros tramos de su itinerario profesional en la UNCTAD, a la par que su nueva misión en dicha institución lo retaba a crear conciencia en el plano mundial de que existía un marcado sesgo en las relaciones económicas internacionales en la distribución de los beneficios en favor de los países más fuertes y en contra de los más débiles (Rosenthal, 1987: 407)

Sin embargo, el giro que se produjo tras la muerte de Kennedy en la “Alianza para el Progreso”, generó al interior del ILPES un cuestionamiento severo acerca de las posibilidades de concreción de las metas estipuladas en dicho Programa. Por un lado, se resaltó que este había promovido un “estatismo” afín a las minorías dominantes de los países latinoamericanos y al crecimiento de las inversiones norteamericanas en la región. Y, por otro, se remarcó que las políticas implementadas por los Gobiernos latinoamericanos que habían colocado el énfasis en la función que debía cumplir el Estado como orientador, promotor y planificador de la economía y de la aplicación de una reforma significativa de las modalidades de financiamiento externo y comercio internacional, habían sido esbozadas a partir de modelos demasiado simplistas y unilaterales. En este marco de frustración acerca del alcance efectivo de las políticas de desarrollo nacional y de cooperación internacional del continente impulsadas por la “Alianza para el Progreso”, se sumó el infortunio de la experiencia reformista del gobierno brasileño de Goulart, que fue interrumpida por un golpe militar en 1964. Además, salió a la luz un Programa de investigación que generó un verdadero escándalo en el ámbito de la opinión pública y en el campo académico y político chileno, conocido como “Proyecto Camelot”; que profundizó el descrédito hacia la política externa de los Estados Unidos en la región.²⁶ La sucesión de los acontecimientos descriptos creó en la segunda mitad de los años sesenta un escenario favorable para un cuestionamiento agudo de la noción de “desarrollo” delineada por la doctrina Prebisch-CEPAL, que dio lugar al surgimiento del enfoque de la dependencia, una interpretación radicalizada sobre el estado de situación económico-

25 Estos datos fueron suministrados a la autora por agentes claves que trabajaron en el ILPES en entrevistas en profundidad que la misma realizó en dos viajes de estudio y trabajo de campo a Santiago de Chile en mayo de 2007 y abril de 2008.

26 Véase en relación con este tema el capítulo de Navarro, J. y Quesada, F. que figura en este mismo *dossier*.

social de América Latina que Prebisch no pudo detener y que nació en el seno de la propia institución ideada por él: el ILPES.

La teoría de la dependencia en el ILPES no fue homogénea y existieron diferencias desde sus orígenes entre los productos intelectuales de los equipos de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, que trataba la categoría de dependencia desde una perspectiva más sociológica, y el equipo liderado por Osvaldo Sunkel, que abordaba dicho concepto desde un enfoque más orientado a la economía política. Para comprender mejor esta distinción, nos remitiremos al comentario de algunos textos claves de estos autores vinculados al debate dependentista.

Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, como es conocido, fueron los responsables de una de las obras más difundidas en torno al tema del desarrollo y la dependencia en los años sesenta. Estos autores señalaban que las economías de ciertos países latinoamericanos, como consecuencia de las dos guerras y la crisis de 1929, habían llevado a cabo una defensa casi automática del mercado interno en un contexto que era apropiado para completar el denominado “ciclo de sustitución de importaciones”. Y que esta posibilidad había sido formulada teóricamente por el economista argentino Raúl Prebisch en su famoso ensayo: “El desarrollo económico de la América Latina y sus principales problemas”. Para ellos, Prebisch concebía la industrialización como un recurso complementario del proceso de desarrollo económico –basado en la exportación de productos primarios– y, además, como una especie de alternativa forzosa para los períodos de contracción del mercado internacional. También consideraba al fortalecimiento y la modernización del Estado como instrumentos necesarios para lograr una política de desarrollo efectiva y eficaz. Para Cardoso y Faletto, el supuesto general que estaba implícito en esta visión era que las bases históricas de la situación latinoamericana debían apuntar hacia un tipo de desarrollo eminentemente nacional. De allí que en esta concepción se tratase de fortalecer el mercado interno y, a la vez, organizar los centros nacionales de decisión (Cardoso y Faletto, 1969: 3, 4 y 5).

Para Cardoso y Faletto, el predominio de los factores económicos en el esquema interpretativo prebischiano era evidente y debía ser sometido a crítica. Como a mediados de los años sesenta seguían prevaleciendo en el continente muchos de los antiguos problemas del subdesarrollo, como: la dependencia externa, la desigualdad económica, social y cultural, la falta de participación política y social de grupos significativos de la población, etc., Cardoso y Faletto emprendieron la tarea de

reemplazar la explicación “económica” del desarrollo por una interpretación más “sociológica”. Por otra parte, también señalaron que en el campo del conocimiento sociológico se prestaba, en un comienzo, mayor atención a las diferencias existentes en la estructura social de los diversos países de la región y que se invocaba desde esta perspectiva la noción de sociedades “modernas” y “tradicionales”, estableciendo una relación unívoca entre desarrollo y sociedad moderna y subdesarrollo y sociedad tradicional. Sin embargo, Cardoso y Faletto advirtieron que para llevar a cabo un análisis global e integrado del proceso de desarrollo, no bastaba con agregar al conocimiento de los condicionantes de tipo económico la comprensión de los “factores sociales”. Según estos autores, dicho análisis requería de un doble esfuerzo de redefinición de perspectivas: por un lado, había que contemplar en su totalidad las “condiciones históricas particulares” –económicas y sociales– subyacentes en los procesos de desarrollo, en el plano nacional y en el plano externo; y por otro, había que comprender, en las situaciones estructurales dadas, los objetivos e intereses que le daban sentido, orientaban y alentaban el conflicto entre los grupos y clases y los movimientos sociales en las sociedades en desarrollo. Y en este sentido, señalaban que era necesario buscar una perspectiva que superase el denominado enfoque estructural del desarrollo, reintegrándolo en una interpretación hecha en términos de “proceso histórico”. Según Cardoso y Faletto, solo se podía lograr una orientación teórica afín a esta naturaleza si se indagaba, por un lado, en la determinación de los modos que adoptaban las estructuras de dominación y, por otro, en el estudio de las formas de organización política y social que condicionaban los mecanismos y los tipos de control y decisión del sistema económico en cada situación particular (Cardoso y Faletto, 1969: 17–21).

Oswaldo Sunkel, por su parte, alegaba que el fenómeno de la dependencia en América Latina era de naturaleza estructural, debido a diferentes razones. Y realizaba un llamamiento a la construcción de una opción superadora del modelo centro-periferia. Si bien reconocía que este modelo de análisis había permitido explicar la “brecha del comercio” entre los países centrales y los países periféricos en la posguerra, y había promovido el proceso de industrialización sustitutiva en la región, había quedado entrampado en el problema del aumento de la importación de bienes de capital para sostener la actividad industrial; y que este hecho había incidido en la tendencia deficitaria de la balanza de pagos y el presupuesto, con el consiguiente problema del financiamiento externo. Por ello, Sunkel señalaba que

los responsables de impulsar este modelo en el continente habían intentado delinear nuevos objetivos como: el estímulo a la “ayuda externa” (por medio de la inversión privada, el otorgamiento de créditos, etc.), la integración comercial de la periferia y la reducción del proteccionismo por parte de los países centrales. Según el economista chileno, todos estos objetivos suponían algún tipo de sacrificio por parte de los países industriales, que nunca estuvieron dispuestos a hacerlo, y estos hechos agudizaron cada vez más la crisis del modelo. Por eso, este autor pensaba que para superar definitivamente este enfoque era necesario, por un lado, introducir modificaciones sustantivas en la estructura productiva interna de los países subdesarrollados y, por otro, cambios en la naturaleza de sus vinculaciones externas que denotaban situaciones de dependencia (Sunkel, 1967: 47-61).

Posteriormente, en un artículo publicado en 1969, en el marco del proceso de reforma universitaria gestado en Chile, Sunkel resaltaba las controversias que aún no habían sido superadas en América Latina como: la lenta y desequilibrada expansión económica; el agudo proceso de urbanización y marginación; la creciente dependencia externa, cultural, económica y política; el retraso agropecuario; la inflación y la falta de oportunidades de empleo; la concentración de la riqueza; el poder y prestigio social en una pequeña clase privilegiada; y la presencia persistente de condiciones intolerables en grandes sectores populares. Para este autor estas eran las cuestiones que conformaban la base del subdesarrollo y de la dependencia externa de Chile y de otros países de la región (Sunkel, 1969: 13). En otro tramo del mismo texto, señalaba que la “planificación” (una noción clave que había sido impulsada por el ILPES desde sus orígenes) no podía ser concebida como una simple técnica de administración y organización, sino que debía ser entendida como el instrumento nacional de acción para promover el cambio social e imprimirle la dirección que se considerara más adecuada para la construcción de un tipo de sociedad más independiente, humana, dinámica y justa. En definitiva, remarcaba la necesidad de crear una nueva imagen del tipo de sociedad al que se aspiraba y que la planificación fuese la herramienta que permitiese a la sociedad organizar la acción del Estado, y que esta reorientación social requiriera de nuevos realizadores y de un proceso más amplio de participación popular. Para Sunkel, en esta nueva fase de su pensamiento la construcción de una sociedad cuyo funcionamiento fuese diferente requería de cambios revolucionarios en la estructura existente y en las instituciones que la caracterizaban y que estos cambios no podían escindirse de los objetivos que se perseguían. En otras palabras, pensaba

que los fines no eran independientes de los medios, sino que, por el contrario, estos últimos determinaban en gran medida los primeros, y por ello, era preciso examinar las alternativas respecto de los instrumentos de acción por utilizar, de las formas de organización más apropiadas, del tipo de instituciones más pertinentes, y en fin, de los distintos caminos políticos posibles. Para el economista chileno, estos conceptos y técnicas debían devenir de investigaciones realizadas en una universidad crítica, que diera respuesta a los problemas reales de la sociedad, y no debían quedar circunscritos a los expertos que los empleaban en las políticas de desarrollo en sus diversos niveles, ramas y unidades de acción. Era preciso ir más allá e introducir estas nociones e ideas básicas en la opinión pública, para formar una ciudadanía consciente e informada con capacidad de juicio independiente (Sunkel, 1969, 17-20).

En definitiva, estos escritos de Osvaldo Sunkel que había formado parte del “estructuralismo” cepalino desde sus inicios, muestran que se embarcó en la tarea de elaborar una visión más satisfactoria, tanto desde un punto de vista metodológico como ideológico, para examinar la nueva realidad del desarrollo latinoamericano, una perspectiva que surgió como fruto de su propia autocrítica a partir de la segunda mitad de los sesenta.²⁷

Finalmente, es interesante apreciar que en 1970 cuando Prebisch retornó al ILPES –tras abandonar la UNCTAD–, se encontró ante un punto bisagra de su trayectoria profesional. Por un lado, era consciente de que no había tenido éxito a lo largo de su gestión en la UNCTAD (desde mediados de 1963 hasta 1969) en su utópico desafío de revertir la tendencia persistente al desequilibrio externo en los países subdesarrollados, por medio de la generación de acuerdos concretos entre países centrales y periféricos que pudieran alterar el funcionamiento del comercio internacional y la relación histórica y asimétrica entre ambos tipos de países. Y, por otro, el clima histórico, político y académico-institucional en Santiago de Chile había tenido un cambio profundo. En el ILPES muchos de los expertos y técnicos que habían trabajado allí acompañaban en ese momento la gestión de Salvador Allende –que era el primer gobierno socialista que arribaba al poder por la vía electoral–, o bien, habían apostado a trabajar en unidades académicas del campo chileno o

27 En el caso de Sunkel esta autocrítica se gestó desde su rol de investigador en el Instituto de Relaciones Internacionales que dependía de la Universidad de Chile a partir de 1966, y se profundizó en 1968 cuando renunció a su cargo de funcionario de las Naciones Unidas que poseía en el ámbito del ILPES. Estos datos fueron obtenidos de la entrevista realizada por Fernanda Beigel a Osvaldo Sunkel en mayo de 2007.

extranjero.²⁸ Además, muchos de los funcionarios que aún permanecían en el ILPES se adherían al debate dependientista, posición que implicaba una crítica directa a las políticas de desarrollo promovidas por la doctrina Prebisch-CEPAL. Probablemente, Raúl Prebisch no logró comprender los cambios y desafíos que debía enfrentar en el nuevo escenario institucional y político en el que le tocaba jugar, y esta fue una de las múltiples razones que explican su partida en 1972 a la Sede de las Naciones Unidas, en Nueva York.

28 Pedro Vuskovic y Carlos Matus fueron algunos de los técnicos y funcionarios más renombrados del ILPES-CEPAL que participaron del gobierno de Salvador Allende. En cambio, otros científicos sociales se mantuvieron en el ámbito académico como Enzo Faletto y Osvaldo Sunkel que trabajaban en esa etapa en la Universidad de Chile, en tanto, Celso Furtado y Fernando Henrique Cardoso buscaron nuevos horizontes en universidades extranjeras; Furtado en Francia y Cardoso en los EE. UU.

Bibliografía

- Beigel, F. (2008), “Dependency Analysis: the cration of new social Theory in Latin America”, *Sujalá Patel, Hadbook of Diverse Sociological Traditions*, London, 2010: 189- 200.
- Bielchowsky, R. (1998), “Evolución de las ideas de la CEPAL”, *Revista de la CEPAL*, Número Extraordinario, “CEPAL cincuenta años, reflexiones sobre América Latina y el Caribe”, Santiago de Chile.
- Cardoso, F. H. y Faletto, E. (1969), *Dependencia y Desarrollo en América Latina*, 10 edición-1975, México, Siglo XXI.
- Cockcroft, J. D., (2001), **América Latina y Estados Unidos. Historia y política país por país**, México, Ed. Siglo XXI.
- Dezalay, Y. y Bryant, G. (2002), **Internacionalización de las luchas por el poder. La competencia entre abogados y economistas por transformar los Estados latinoamericanos**, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia-Unibiblos.
- Di Filippo, A. (1988), **Las ideas de Prebisch sobre la economía mundial**, en: *Revista de la CEPAL*, N.º 34, Santiago de Chile.
- Dosman, E. y Pollock, D. (1993), **Raúl Prebisch, 1901-1971: la búsqueda constante**, en: Iglesias, Enrique (comp.), *El legado de Raúl Prebisch*, Washington, BID.
- Dosman, E. ed. (2006), **Raúl Prebisch. El Poder, los principios y la Ética del desarrollo**. Buenos Aires: INTAL.
- Gabay, E. (2008), **Revisitando a Raúl Prebisch y el papel de la CEPAL en las Ciencias Sociales latinoamericanas**, en: *Íconos- Revista de Ciencias Sociales*, N.º 31, Ecuador, FLACSO.

- García, A. (2005), **Circulation internationale et formation d'une école de pensée latino-américaine (1945-2000)**, en: *Information sur les sciences sociales-Social Science Information*, Vol. 44 (2&3), London, Sage Publications.
- Guevara, E. (1961), **Discurso ante los delegados de los pueblos de América, en el marco de la Quinta Sesión Plenaria del Consejo Interamericano Económico y Social**, del 8 de agosto en Punta del Este. Disponible en: <http://www.larepublica.com.uy>
- Halperin Donghi, T. (1991), **Historia contemporánea de América Latina**, Madrid, Alianza Editorial.
- Hodara, J. (1987), **Prebisch y la CEPAL**, México, El Colegio de México.
- Kennedy, J. F. (1961), **Discurso de Asunción Presidencial**, del 20 de enero en Washington. Disponible en: <http://www.jfklink.com>
- Pedersen, W. (1964), **El legado de Kennedy**, Buenos Aires, Los libros de Veá y Lea.
- Prebisch, R. (1962), **Aspectos económicos de la Alianza**, en: Dreier, John. C. (comp.), *La Alianza Para El Progreso. Problemas y Perspectivas*, México, Editorial Novaro.
- Rodríguez, O. (1981), **La teoría del subdesarrollo de la CEPAL**, México, Siglo XXI.
- Rosenthal, G. (1987), **La influencia de las ideas de Raúl Prebisch en materia de comercio exterior**, en: *Comercio Exterior*, Volumen 37, N.º 5, México.
- Scott, P. D.(1996), **Deep Politics and the Death of JFK**, Univ. California Pres.
- Skidmore, T. E. y Smith, P. H. (1996), **Historia contemporánea de América Latina**, Barcelona, Ed. Crítica.

Sunkel, O. (1967), **Política nacional de desarrollo y dependencia externa**, en: *Revista de Estudios Internacionales*, Volumen 1, N.º 1, Santiago de Chile, Universidad de Chile.

Sunkel, O. (1969), **Reforma Universitaria, subdesarrollo y dependencia**, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

Theberge, J. D. (1964), **La estructura institucional de la Alianza para el Progreso**, Buenos Aires, Fundación de Investigaciones Básicas de la Realidad Americana.

Entrevistas y Documentos citados

BID (1961-1966), Informe de Actividades.

Carta de Punta del Este-Declaración de los Pueblos de América (1961), Punta del Este- Uruguay.

Entrevista inédita a Prebisch: logros y deficiencias de la CEPAL (2001), realizada por David Pollock y editada por Daniel Kerner y Joseph Love en: *Revista de la CEPAL*, N.º 75, Santiago de Chile.

Entrevista a Sergio Boisier (2007), ex funcionario del ILPES, realizada por Eliana Gabay, en mayo en Santiago de Chile.

Entrevista Josie Carr (2007), ex secretaria del ILPES, realizada por Eliana Gabay, en mayo en Santiago de Chile.

Entrevista Rolando Franco (2007), ex funcionario del ILPES, realizada por Eliana Gabay, en mayo en Santiago de Chile.

Entrevista a Juan Martín (2007), ex funcionario del ILPES, realizada por Eliana Gabay, en mayo en Santiago de Chile.

Entrevista a Osvaldo Sunkel (2007), ex funcionario de CEPAL-ILPES, realizada por Fernanda Beigel, en mayo en Santiago de Chile.

Entrevista a Osvaldo Sunkel (2008), ex funcionario de CEPAL-ILPES, realizada por Eliana Gabay en abril, en Santiago de Chile.

Memorándum enviado al Presidente Kennedy (1961), Santiago de Chile, Documento de CEPAL (FILE-9109).

Resolución N.º 199 de la CEPAL (1961), Santiago de Chile.

Resolución N.º 220 del Comité Plenario de la CEPAL (1962), Santiago de Chile.

Sunkel, O., (1966), **El trasfondo estructural de los problemas del desarrollo latinoamericano**, Santiago de Chile, Documento del ILPES (FILE- 32340).

CULTURA, MODERNIZACIÓN Y DEMOCRACIA.
MAX WEBER EN LA OBRA DE LOS SOCIÓLOGOS INTELLECTUALES DE
LA TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA EN ARGENTINA.

José Casco

(UBA- Universidad Nacional de La Matanza)

Este trabajo intenta reconstruir el proceso que hizo posible la recepción de los escritos políticos de Weber por parte de un grupo de académicos de las Ciencias Sociales a mediados de la década de los setenta en la región. La elección del objeto se fundamenta en el hecho de que la recepción fue promovida por un grupo de socialistas en el marco de la llamada crisis del marxismo y la derrota de los proyectos revolucionarios por aquellos años. Así, ese encuentro con Max Weber contribuyó a colocar nuevas problemáticas y nuevos paradigmas para las Ciencias Sociales argentinas y de la región.

La obra de Max Weber tuvo una temprana recepción en el mundo académico argentino que se remonta a la década de los treinta. Sin embargo, no es sino hasta la década siguiente que este proceso se consagra de una forma más amplia. Como bien señala Alejandro Blanco (2006), recién hacia los años cuarenta Weber comienza a ser objeto de una mayor atención entre los sociólogos argentinos, y sus textos, para ese momento, ya son vehículo de reseñas y comentarios en varios lugares del ambiente intelectual. A esta difusión más extendida, contribuye de manera significativa la primera edición en castellano de *Economía y Sociedad* que, aparecida en 1944 de la

29 Este trabajo forma parte de una investigación en curso que llevo adelante como tesis de doctorado con el nombre “De la Revolución a la Democracia. Cuarenta años de cultura y política en la obra de Juan Carlos Portantiero”. En el programa de doctorado de la Universidad Nacional de Quilmes.

mano de la editorial Fondo de Cultura Económica de México, pone por primera vez a disposición del público de habla hispana esa obra monumental del pensador alemán³⁰.

Así, cuando en 1950 se produce la primera Reunión Nacional de Sociología, Weber ya ocupa un lugar destacado entre los practicantes de la disciplina; ese hecho se demuestra cuando se comprueba que la referencia al autor en las diferentes intervenciones es por demás significativa. Para entonces, Weber se había constituido, en efecto, en uno de los nombres clave de las disputas que varios actores llevaban adelante en la búsqueda de dotar a la Sociología de un perfil intelectual y consolidarla como disciplina. Al final de la década, cuando el proceso de institucionalización de las Ciencias Sociales se había consolidado, Weber aparecerá como uno de los nombres insoslayables en la selecta lista de los autores clásicos, aunque bajo la particular lectura que de su obra hiciera Talcott Parsons, artífice de la construcción de un canon para la disciplina.

Si bien estos elementos nos llevan a la conclusión de que Weber al igual que tantos otros autores extranjeros goza de una familiaridad de larga data entre nosotros, producto, entre otras cosas, de que la cultura argentina ha sido siempre una cultura abierta a la recepción de las corrientes más importantes de los países centrales. A mediados de los años setenta, sin embargo, se produce un hecho curioso y poco conocido. Un grupo de intelectuales socialistas enrolados en las Ciencias Sociales comienza a difundir una parte de la obra de Weber soslayada hasta ese momento, y a incorporar a ese autor como una referencia importante para sus reflexiones teórico-políticas. El hecho es curioso si se toma en cuenta que la obra del pensador alemán era considerada, hasta entonces, como un cuerpo externo a todas las tradiciones del pensamiento de la izquierda, sobre todo su obra política que es la que comienza a difundirse en este espacio, es la más alejada al ideario de nuestra tradición de izquierda. Entonces, ¿cómo se produce ese encuentro? o, dicho de otra manera, ¿en el marco de qué problemáticas teóricas y políticas Weber comienza a ser leído y difundido en el espacio de la izquierda intelectual?, ¿por qué su obra política podía dialogar con la izquierda argentina? Estos son algunos de los interrogantes que se abren a partir de este hecho y que merecen ser dilucidados. Así, este trabajo intenta contribuir a la reconstrucción de esa historia, buscando iluminar las condiciones de posibilidad de ese encuentro, y determinando los modos en que la obra de Weber cobró notoriedad en el universo de una fracción del socialismo argentino. Para ello, el análisis se

30 Cabe destacar que esta edición, asimismo, es la primera en lengua extranjera de la obra.

concentra en los aspectos tanto políticos como intelectuales que hicieron posible la recepción y difusión del autor alemán, en el contexto de cambios significativos para el campo intelectual argentino.

1. El contexto de emergencia de una nueva problemática intelectual

Durante la última parte de los años sesenta y mediados de los años setenta, en el contexto de una escalada represiva, producto de la instalación de dictaduras militares, un gran contingente de políticos e intelectuales vinculados con el amplio abanico de la izquierda latinoamericana marchan al exilio. México, uno de los centros neurálgicos de ese proceso, albergó a exiliados proveniente no solo de Argentina, sino, también, de otros países de Sudamérica como Chile, Uruguay, Colombia y Brasil, al tiempo que se convirtió en un importante centro de operaciones de la resistencia a las dictaduras. En efecto, un extenso espectro de militantes de diversas extracciones, durante aquellos años convirtieron el exilio en un centro de agitación en contra de los regímenes militares por medio de una amplia difusión de las operaciones terroristas de las dictaduras de la región (Yankelevich, 2004, 2006).

Asimismo, ese vasto núcleo de emigrados trasladó, desde sus países de origen, las preocupaciones políticas e intelectuales que les imponía el contexto, impregnadas de una creciente sensación de derrota ante el brutal retroceso sufrido por el amplio arco de los proyectos políticos contestatarios. El historiador peruano Aníbal Quijano, algunos años después, en una mirada retrospectiva sobre aquel período, resumía de manera contundente el sentimiento de fracaso atribuido a los sucesos que derivaron en el exilio intelectual: *Con la última derrota no solamente fueron derrotados los regímenes políticos, movimientos, organizaciones, discursos, por primera vez, todo ese horizonte naufragó (...) fue un período de aislamiento terrible. Casi súbitamente, lo que las personas esperaban y lo que consideraban posible, quedó como un discurso del pasado, y de un pasado remoto* (citado en María Rosa Soares, 2003: 260).

Esta impresión colocó la reflexión de los intelectuales exiliados en una estructura donde la perplejidad y el desconcierto marcaron en muchos casos el tono de las intervenciones de la época. La sensación de culpa cobró fuerza entre muchos de esos protagonistas y condujo a un examen autocrítico de las posiciones –tanto teóricas como políticas– asumidas durante los años sesenta, cuestionando severamente los enfoques teóricos y políticos que habían tomado forma alrededor

del espectro organizado desde la llamada “Nueva Izquierda”³¹. Así, tomó cuerpo de manera progresiva la imagen de una salida democrática como solución frente a las dictaduras militares. Alrededor de esa imagen, la defensa del derecho a la vida, por el que batallaron los organismos de derechos humanos, el derecho a la libertad de expresión y de organización política, se articularon como nudos centrales para un futuro programa de recomposición política, ocupando el centro de los debates tanto en el campo político como intelectual. Este desplazamiento abrió, asimismo, el camino a la incorporación de nuevas configuraciones teóricas que contribuyeran a la construcción de un régimen democrático futuro, al tiempo que se creaban las bases de un nuevo escenario intelectual.

En la caracterización que de este nuevo escenario hace Norbert Lechner (1986), aparecen, cuatro factores centrales. En primer lugar, este autor resalta el modo en que la alteración violenta de la vida cotidiana sufrida bajo los regímenes represivos fomentó *una apreciación diferente de los procesos democráticos formales*. Ello posibilitó la entrada de las nociones de libertad individual, libertad de expresión y libre circulación de las ideas como elementos centrales de la agenda política y de investigación. De este modo, alrededor de las antinomias democracia/dictadura, las ideas fuerzas del liberalismo político que privilegian una noción integral de libertad ganaron un fuerte consenso. En segundo lugar, Lechner destaca la *circulación internacional de los intelectuales*, favorecida por la importancia que adquirió el trabajo en centros privados de investigación, como CLACSO, que promovió junto a otras instituciones la realización de una multiplicidad de seminarios, encuentros y grupos de trabajo de carácter regional que, conformados desde mediados de los setenta, tuvieron a la problemática de la democracia como eje articulador de las reflexiones y discusiones³².

31 José Aricó (1979) es quien mejor expresa la convicción de una necesaria revisión de las concepciones sostenidas en el pasado, a partir de la derrota sufrida: *Muchos de nosotros pensamos, y lo decimos, que sufrimos una derrota atroz. Derrota que no solo es consecuencia de la superioridad del enemigo, sino de nuestra capacidad para valorarlo; de la valoración de nuestras fuerzas, de nuestra manera de entender el país, de nuestra concepción de la política.*

32 Una serie de encuentros de carácter regional pusieron en marcha una agenda común de problemas e hicieron posible un contacto entre diferentes tradiciones nacionales, que se vieron unidas por el suelo común que significaron las dictaduras de la región. En este sentido *es central la conferencia regional realizada en Costa Rica entre el 16 y el 20 de octubre de 1978 por CLACSO. También La segunda conferencia regional ‘Estrategias de desarrollo económico y procesos de democratización en América Latina’, realizada en 1979 en Río de Janeiro; la conferencia regional ‘Estrategias para el fortalecimiento de la sociedad civil’, preparada con el Centro de Estudios para el Desarrollo, en Caracas a mediados de 1981, y otra conferencia regional en la ciudad de México en el mismo año (Lesgart, 2001).*

Un tercer factor de relevancia fue *la creciente profesionalización académica de los intelectuales*, producto, en gran medida, de esa entrada de los intelectuales en instituciones privadas. Este hecho acentuó los procesos de especialización y formalización del trabajo académico, propiciando una creciente autonomía del campo académico y de sus intelectuales respecto del mundo político, en particular respecto del ideario de la “Nueva Izquierda”. Así, el debate en muchos casos tomó distancia de las reflexiones estrictamente políticas que llevaban adelante muchas organizaciones partidarias y posibilitó un diálogo más estrecho con el mundo cultural central en un intercambio que dio a lugar a lo que Lechner llamó *una internacional de intelectuales*. A ello se habría sumado un cuarto factor, complementario de los anteriores, consistente en un proceso de *apertura intelectual*, expresado en el hecho de que la revisión de los supuestos teóricos en que se basaba la identidad de izquierda, a partir del abandono de la fe revolucionaria, supuso una confrontación y diálogo con corrientes y autores antes desestimados. Contribuyó a ello que México se constituyera, para dicha época, en una puerta de entrada a un mercado editorial de libros, revistas, papeles de investigación, y seminarios internacionales, de gran amplitud, producto de un auge de su mundo cultural, que favoreció el intercambio con zonas del mundo intelectual central (Europa y EE. UU.) y el contacto con nuevas problemáticas de una manera inédita, debido al alcance que posibilitaba y tenía ese intercambio.

A estos factores señalados por Lechner, debemos agregar, por último, la necesidad que les fue planteada a los intelectuales exiliados de asumir los desafíos que los proyectos políticos de los autoritarismos habían impuesto desde mediados de los años setenta. En efecto, los programas económicos de las dictaduras significaban un fuerte proceso de reconversión económica y social (donde el caso emblemático es el de Chile que, comandado por el general Pinochet, fue considerado como el primer experimento neoliberal en la región), que obligaba a tener en cuenta las nuevas condiciones de cada uno de los países y a concentrar la atención en pensar un proyecto alternativo a las teorías neoconservadoras y a la concepción democrática de los teóricos de la derecha que esas dictaduras habilitaban, en un contexto de crisis no solo de los proyectos revolucionarios, sino, también, de las versiones nacionales del Estado de Bienestar (los llamados “Estados Sociales”) que se habían desarrollado en la región. En ese marco de profundas transformaciones para el desarrollo de las actividades del ambiente intelectual, otro elemento que iba a mostrarse de gran significación para el desarrollo futuro, asomaba del otro lado del atlántico.

2. El debate europeo sobre la crisis del marxismo

Esa autocrítica y la búsqueda de una salida a la encerrona que suponía la dictadura encontró, de un modo concomitante, un clima de ideas en proceso de cambio en el campo político e intelectual de izquierda de los países latinos de Europa (Francia, Italia y España), que tuvo como eje la revisión del desempeño de las experiencias históricas del socialismo y de la teoría marxista que le daba sustento. En efecto, en un movimiento de largo alcance que cristaliza con fuerza a mediados de los años setenta, amplias franjas de intelectuales emprendieron la tarea de examinar el cuerpo teórico del marxismo, comenzando por el propio Marx, pasando por Engels, Lenin y todos los autores enrolados en la tradición de la II y III Internacional. La experiencia del stalinismo y las marcas que dejaron en la memoria de la izquierda los sucesivos “informes Jruschov” (que ponían de manifiesto la represión del régimen comunista), coronaron el proceso de crítica al régimen soviético que se venía sosteniendo hasta ese momento de modo ambiguo.

El examen de estos autores tuvo como objetivo principal, según se señalaba, confrontar a la luz del desarrollo histórico el canon del marxismo, permitiendo encontrar los argumentos sobre la política en el marco de un programa de relanzamiento de la izquierda europea en los años setenta. En términos generales, ese examen concluyó en ese vasto corpus que no había elementos de una teoría consistente de la política y del Estado, sino que, por el contrario, el análisis del modo de producción capitalista era el objeto central de la indagación, agotándose allí los temas nodales del marxismo. Cuando ese análisis se abocó a la obra de Marx, fue Norberto Bobbio quien desató una polémica con otros intelectuales al expresar, de modo contundente, la ausencia de una teoría de la política en ese cuerpo teórico (Borón, 2005). Respecto de Lenin, erigido en el exponente central del socialismo desde los primeros años del siglo XX, el resultado no fue mejor. No se encontraba en su obra una indagación fructífera sobre las funciones y el desempeño del Estado capitalista. Esta interpretación se reforzaba por el hecho de que lo que se había proyectado, en las pocas referencias que se encontraban en los autores clásicos, como un Estado de transición hacia el socialismo, a principios de los setenta, lejos de extinguirse, se había erigido en un gigante burocrático, con gran presencia en la sociedad, tanto en las sociedades capitalistas como las socialistas.

En noviembre de 1977, en Venecia a propósito de una reunión llevada a cabo por diferentes intelectuales de la izquierda continental, Louis Althusser sostuvo que no hay en Marx una teoría del Estado. Tiempo después los italianos “nucleados” alrededor de la revista *IL Manifesto*, le propusieron al filósofo francés un intercambio más profundo. Un año después ese diálogo cristalizó en el volumen *Discutir el Estado. Posiciones frente a una tesis de Louis Althusser*, que recogía el amplio debate suscitado entre el francés y los intelectuales italianos. Allí se puntualizaban críticas a las posiciones del francés, pero en términos generales todos los participantes del debate testificaban la tesis central.

A partir de este trabajo de revisión teórica, que fue apoyado por varias fundaciones³³, intelectuales de la talla de Christine Buci-Glucksmann, Giacomo Marramao, Gianfranco Poggi y Lucio Coletti, junto con el mencionado Bobbio, entre otros, comenzaron a sostener que eran otras las referencias teóricas, y no el marxismo, las que podrían alumbrar la reflexión y ayudar a una ofensiva política para relanzar a la izquierda al centro de la escena política europea. Se organizaba, así, una izquierda intelectual que pregonaba una tercera vía, asumiendo la vía democrática y parlamentaria como estrategia política, y que encontraba su forma política en la propuesta del eurocomunismo que expresaba la convergencia programática de los partidos comunistas de Francia, España e Italia.

Un aspecto significativo de esta reformulación teórica para pensar la política fue la importancia que cobró la obra de Max Weber, hecho que hizo posible el redescubrimiento de su obra política. Fue Gianfranco Poggi, en ese sentido, quien, en dos obras: *El desarrollo del Estado Moderno* (1978) y *Encuentro con Max Weber* (1979), resumió ese encuentro entre el socialismo europeo y el pensador alemán. En la segunda de estas obras mencionadas, Poggi (1978:16), afirmaba que la tendencia de muchos marxistas de considerar “las estructuras políticas solo desde el punto de vista de la “crítica de la economía política” tuvo algunas desafortunadas consecuencias

33 Basso Issoco y Enaudi fueron las que más se destacaron en ese esfuerzo de revisión de la teoría marxista. Estas fundaciones organizaron varios encuentros y seminarios de discusión que desembocaron, en muchos casos, en la publicación de libros. Sin ser exhaustivos a modo de ejemplos podemos nombrar; *La tercera internacional y el destino del capitalismo en los años veinte* promovido por la fundación Basso Issoco, en 1976, un año después se llevó a cabo una iniciativa similar sobre *Planificación socialista y planificación burguesa entre las dos guerras; movimiento obrero y clases dominantes frente al problema del gobierno de la economía; La terza internazionale e il partito comunista*, auspiciado por la fundación Enaudi en 1972, y por ultimo y a mono de la misma fundación *Il partito nel sistema soviético, 1917 1945* (Bari, 1975).

pragmáticas para los movimientos políticos que recurren a Marx como su principal inspiración” Como sea, el marxismo también tuvo un lugar en esa indagación renovadora por medio de la revalorización de la obra de Antonio Gramsci, quien, a partir de sus lecturas de Max Weber a principios de los años veinte, había elaborado buena parte de sus escritos tempranos (Portantiero, 1981) El concepto de hegemonía, según se afirmaba, ayudaba a pensar la articulación entre Estado y sociedad civil, al tiempo que superaba el dualismo estructura–superestructura, visualizado como idea predominante de un marxismo ortodoxo y economicista. Así, ese Gramsci, que había confrontado sus reflexiones desde el marxismo con los más sobresalientes pensadores burgueses de su tiempo, indicaba el camino para una salida definitiva del marxismo soviético, que no era otro que el de incorporar a otras zonas del pensamiento para madurar la política del socialismo.

3. La democracia como oportunidad y como problema

Cuando a mediados de 1979 un grupo de exiliados argentinos de extracción socialista y peronista fundan en México la revista *Controversia. Para el análisis de la realidad argentina*, la problemática de la crisis del marxismo que colonizaba el debate europeo se coloca en un lugar central en dicha publicación. En efecto, en su primer número, con una presentación a cargo de José Aricó en la que, además de introducir el tema, ajustaba cuentas con el socialismo revolucionario, se incluye un artículo de los españoles Paramio y Reverte (1979): “La crisis del marxismo. Razones para una contraofensiva”. En él, los autores prescribían la necesidad de un abandono definitivo tanto de la estrategia revolucionaria como de la adhesión al bloque soviético con argumentos similares a los que sostenían los italianos que animaron el debate arriba señalado. Al mismo tiempo, sostenían que la crisis por la que atravesaba el socialismo no alcanzaba a su ala reformista y hacían explícito su apoyo a una salida parlamentaria como estrategia para volver a ocupar el centro de la escena política por parte de la izquierda. Ese primer impulso al debate europeo de la izquierda, desde su primer número, mostraba la colocación política del contingente argentino que animaba la revista.

En un número posterior, Juan Carlos Portantiero presentaba una entrevista realizada a Christine Buci-Glucksmann, enfatizando la importancia de conversar con esta militante comunista que se había enrolado en el eurocomunismo en los años setenta, *a fin de tratar de extraer, para un discurso latinoamericano aún en*

construcción, elementos de la rica experiencia contemporánea europea. Allí, la entrevistada definía el eurocomunismo en términos políticos como el rechazo a aspectos del modelo soviético y como el punto de convergencia entre algunos partidos que intentan desarrollar una vía democrática y plural hacia el socialismo, en el cuadro de un estado parlamentario transformado, con frentes democráticos amplios y con un proyecto de democracia económica desarrollada. En términos ideológicos o teóricos –sostenía– el eurocomunismo representaba la puesta en crisis del marxismo de la III internacional, concentrando el debate en la discusión de alguna de las tesis fundamentales de Lenin sobre el Estado y sobre la revolución (...) de manera que la polémica desemboca rápidamente en la investigación sobre el lugar de la democracia dentro del estatuto de la teoría política marxista. Afirmaba, asimismo, que en el plano de la producción intelectual, estas posiciones encontraban expresión en un ala del comunismo italiano (Ingrao, Vacca, De Giovanni, Marramao, etc.), en algunos aspectos de la obra de Fernando Claudín y en los últimos libros de Poulantzas (Controversia, 1979:18).

Esta centralidad acordada a la recepción y difusión de las nuevas perspectivas desarrolladas en el campo socialista europeo, también se expresó en la edición de una nueva serie de los *Cuadernos de Pasado y Presente* bajo la dirección de José Aricó. En efecto, dicho emprendimiento editorial se constituyó en uno de los canales privilegiados de propagación del debate del marxismo llevado adelante en el viejo continente. Entre los más de ochenta títulos que presentó la serie de los *Cuadernos*, muchos estuvieron dedicados a estas discusiones, revelando cómo la problemática fue un punto privilegiado del debate intelectual del momento para esa fracción del socialismo argentino.³⁴

Desde estas nuevas construcciones teóricas, los socialistas agrupados en *Controversia* intentaron colocarse como el polo modernizador de izquierda que buscaba renovar al socialismo argentino. A lo largo de los 14 números de la revista, muchos artículos de diferentes autores de esta extracción se dieron a la tarea de fundamentar una convergencia entre socialismo y democracia, colocando a esta última como un elemento central para la política futura que debía ser recuperada por la tradición de la izquierda. En esa apuesta intelectual y política renovadora, la

34 Cf. *Teoría Marxista de la Política*, Marramao Giacomo, et. al (1981); *Lo Político y las Transformaciones: Crítica del capitalismo e Ideología de la Crisis entre los Años 20 y 30*, Marramao Giacomo (1982); *La Crisis del Capitalismo en los Años 20: Análisis Económico y Debate Estratégico en la Tercera Internacional*, Vacca Giuseppe, et al. (1981), entre otros.

obra de Max Weber fue revisitada y adquirió un lugar de privilegio en las nuevas investigaciones. El encuentro con el pensador alemán, en efecto, se coronó en 1980 cuando la editorial Folios, bajo la supervisión de José Aricó, editó en dos volúmenes una selección de sus *Escritos Políticos*, poniendo a disposición del público de habla hispana ese material hasta entonces inédito. En la presentación a esos volúmenes Aricó, además de dar cuenta de las dificultades y los alcances limitados que presentaba esa edición debido a que no se había hecho hasta el momento un trabajo crítico de su obra, resaltaba que confiaba en que la edición pueda cubrir una ausencia que se sentía fuertemente en el medio intelectual de habla hispana de *un pensamiento de sorprendente actualidad para la interpretación de la crisis de las sociedades modernas* (1980:9).

Pero, ¿por qué Weber? ¿Por qué este autor alemán podía ser una fuente para la reflexión en torno de la democracia? Quizás sea Juan Carlos Portantiero quien de manera más sistemática resume las razones y modalidades del encuentro de la intelectualidad de izquierda argentina con la obra weberiana. En efecto, en una reseña de la citada edición de los *Escritos Políticos*, publicada en *Desarrollo Económico* en 1982, Portantiero comentaba que se asistía a un *revival* del pensador alemán en el debate sociológico europeo y que el hecho se justificaba debido a la *Percepción, a menudo patética, de que existen preguntas sobre el mundo contemporáneo que ni Marx ni los marxismos pueden responder. Otra omnipotencia teórica se ha desmoronado (¿qué quiere decir hoy ser marxista?) y, en los espacios abiertos sobre esa caída, obras monumentales como las de Weber adquieren, inevitablemente, el carácter de un estímulo irremplazable*. Con estas polémicas afirmaciones, el sociólogo argentino colocaba a la obra de Weber como una fuente para la construcción de una nueva perspectiva.

Adhiriendo a los diagnósticos de los intelectuales europeos que decretaban la crisis del marxismo y denotando la ausencia de una teoría de la política y del Estado, Portantiero afirmaba haber encontrado en Weber algunas claves para una reconsideración de la historia argentina y latinoamericana. En este sentido, valoraba especialmente su aporte a una teoría del Estado, nacida de una *reflexión sobre esa revolución desde arriba (la construcción de la nación alemana)* que habría de *contribuir a alejarlo de concepciones teóricas calificadas como socio céntricas – marxismo, liberalismo– y, de alguna manera, a invertir ese esquema, pero no para fundar una metafísica del Estado sino una Sociología de este*. Esta Sociología del Estado, que podría suturar su ausencia en la teoría marxista, se constituía en una

herramienta indispensable según la interpretación de Portantiero: *En este plano es donde el pensamiento weberiano se torna más sugerente para enfocar los procesos de construcción de la sociedad civil y el Estado en América Latina, genéricamente caracterizables por la 'producción' de la primera por el segundo, en el cuadro de un tipo de desarrollo capitalista no solo 'tardío' sino también 'dependiente'*.

Un año antes de la reseña señalada y formando parte de una serie de ensayos que integrarían su libro *Los usos de Gramsci*, Portantiero, en un texto que pretende dar cuenta de la importancia del pensador italiano en el debate de su época, coloca a Weber como un lúcido pensador político que se da a la tarea de pensar la reconstrucción del capitalismo pos Primera Guerra Mundial. Allí, nuestro autor destaca que lo que Weber se va a proponer es construir un esquema institucional, más específicamente *la reconstrucción en sentido estricto de un sistema político, sostenido sobre un pacto estatal en el que puedan equilibrarse la burocracia (civil y militar), los partidos políticos, los grupos de interés y la institución presidencial (...)* (1999,15) eso y no otra cosa, es lo que la intelectualidad de izquierda, ahora democrática, debía ayudar construir. En efecto, luego de la larga noche de la dictadura y una vez consumado el ajuste de cuentas con el socialismo revolucionario, buena parte de la izquierda intelectual en general y Portantiero en particular, van a emprender la tarea de indagar las posibles condiciones socio-históricas que hagan viable un pacto democrático. Allí, es donde cobra sentido la afirmación de Aricó acerca de la actualidad del pensador alemán.

Por otra parte, Weber no solo podía contribuir a pensar las formas de relación entre Estado y sociedad entre nosotros en una futura democracia, sino aún más, sus reflexiones colocaban algunas claves para entender los modos en que se había conformado la cultura política y de forma extensa, la forma de organización social y los modos en que se resolvían los conflictos a lo largo de nuestra historia. Así, en un ensayo de mediados de los años noventa, Portantiero analizaba la cultura cívica latinoamericana, buceando en los valores que en un proceso de largo alcance sostenían la cultura política predominantes.

Según la afirmación de que la democracia había sido el anhelo, pocas veces alcanzado, que guiaba las sagas políticas desde la independencia, Portantiero afirmaba que los obstáculos había que buscarlos en el tipo de tradiciones políticas y la forma de organización social que la conquista europea promovió como patrón político-cultural entre nosotros. A diferencia de los Estados Unidos, donde el igualitarismo social y el Estado liberal convergieron, en los países con fuerte tradición ibérica,

la democracia se vio enredada frente al caudillismo y el centralismo autoritario. Esta tradición no incorporaba los temas del liberalismo individualista, sino que su discurso se sostenía sobre otros valores, los que pregonaban una tradición llamada “populista” centrada sobre una antigua reflexión católica sobre el bien común. Así, aparece entre nosotros una visión orgánica de la sociedad por la cual la noción de comunidad desplaza a la del individuo. Los orígenes de la democracia latinoamericana colocaron, así, sus características fundamentales en desmedro del liberalismo, creando una cultura política radicalmente diferente del modelo liberal democrático. Esto vino a combinarse con un tipo de organización social y política que finalmente, la reforzó, el patrimonialismo. Que a diferencia de los modos feudales de organización centraliza y refuerza el poder. *Esa tradición centralista y personalista habría de perdurar con el tiempo hasta desembocar en el presidencialismo de las constituciones republicanas latinoamericanas (...)* (Portantiero, 2000: 62-63). A partir de esas bases, en América Latina la relación entre democracia y liberalismo fue obstaculizada (no pudiendo fusionarse como en el modelo clásico) por las formas patrimonialistas del poder y la noción populista de la autoridad, dando lugar a una cultura política más “estadocéntrica” que “sociocéntrica” (*op. cit.*: 64). Ese diagnóstico colocaba un elemento más a la crítica que desde mediados de los años setenta Portantiero, junto a un grupo más numeroso venían realizando sobre la cultura política anterior que habían sostenido. Eran estas matrices las que había que transformar para consolidar una democracia sobre bases nuevas y estables. En efecto, no solo era necesario cambiar el patrón de la cultura política, también, de acuerdo con su diagnóstico se estaba frente al agotamiento y *la decadencia irremediable de un tipo de capitalismo asistido, prebendalista, que continuaba con la antigua tradición patrimonialista del Estado latinoamericano* (*op. cit.*: 25) Estos eran los nudos centrales de las dificultades que tenía el país para poder construir una democracia moderna y eficiente, que saldara la crónica inestabilidad política que desde siempre lo había aquejado.

De este modo, y en gran medida debido a esta relectura realizada nada menos que por un referente importante del socialismo académico argentino, se instalaba en el pensamiento político y social de nuestro país un Weber diferente del que había arribado en los años cuarenta del siglo XX. No era ya el Weber “filtrado” por la obra de Parsons, donde sus temas eran decepcionados de acuerdo con sus reflexiones sobre el método y el objeto de la Sociología, sino un Weber teórico de la burocracia y el sistema político, un Weber “político” que hiciera posible los esfuerzos de pensar una convergencia entre socialismo y democracia.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz (1993). *Literatura y Sociedad*. Buenos Aires: Edicial.
- Aricó, José María (1980). *Marx y América Latina*. Lima: FCE.
- Bauman, Zygmunt (1995). *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.
- Flisfich, Ángel (1981). El surgimiento de una nueva ideología democrática en América Latina. *Crítica y Utopía*, 6
- Hofmeister, Wilhelm y Mansilla, H. C. F. (eds.) (2003) *Intelectuales y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*. Santafé: Politeia.
- Laclau, Ernesto (1978) *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid: Siglo XXI.
- Landi, Oscar (1988). Cultura política en la transición a la democracia. *Crítica y Utopía*. 10/11.
- Lechner, Norbert (ed.) (1982). *¿Qué significa hacer política?* Lima: FLACSO.
- Lechner, Norbert (1986). De la revolución a la democracia. El debate intelectual en América del Sur. *La Ciudad Futura*. 2.
- Lesgart, Cecilia (2003). *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del 80'*. Santafé: Politeia.
- Moulián, Tomás (1983). *Democracia y socialismo en Chile*. Santiago de Chile: FLACSO.

- Patiño, Roxana (s/f). Culturas en transición. Reforma ideológica, democratización y periodismo cultural en la Argentina de los ochenta. Disponible en: <http://w.w.w.iacd.oas.org>
- Poggi, Gianfranco (1979). Encuentro con Max Weber. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Poggi, Gianfranco (1978). El desarrollo del Estado moderno. Buenos Aires. Universidad Nacional de Quilmes.
- Portantiero, Juan Carlos (1979). La democracia difícil, proyecto democrático y movimiento popular. *Controversia*, 1.
- Portantiero, Juan Carlos (1979). Transformación social y crisis de la política. *Controversia*. 2.
- Portantiero, Juan Carlos (1980). Los dilemas del socialismo. *Controversia*. 3.
- Portantiero, Juan Carlos y Nun, José (1988). *Ensayos sobre la transición democrática*. Buenos Aires: Puntosur.
- Portantiero, Juan Carlos (1996). Economía y Política en la crisis argentina. 1958-1973. En Ansaldi, Waldo y Moreno, José Luis (Eds.), *Estado y sociedad en el pensamiento nacional. Antología conceptual para el análisis comparado*. Argentina: Cántaro.
- Portantiero, Juan Carlos (1998) *La producción de un orden. Ensayos sobre la democracia entre el estado y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Portantiero, Juan Carlos (1999). *Los usos de Gramsci*. Buenos Aires: Grijalbo.
- Portantiero, Juan Carlos (2000) *El Tiempo de la Política: Construcción de mayorías en la evolución de la democracia argentina 1983-2000*. Buenos Aires. Temas Grupo Editorial.

Soares Arrosa, María Susana (2003). Un nuevo escenario anticapitalista. Entrevista a Aníbal Quijano. En *Intelectuales latinoamericanos ayer y hoy*. Santafe: Politeia.

Trímboli, Javier (1988). *La izquierda en Argentina*. Argentina: Manantial.

Weber, Max (1996). *El político y el científico*. Madrid: Alianza.

Weber, Max (1980) *Escritos Políticos*. México. Folios.

EL DESARROLLO DE LA SOCIOLOGÍA EN CENTROAMÉRICA:
LA PROMESA INCUMPLIDA.³⁵

*Jorge Rovira Mas*³⁶

Se sintetiza la evolución de la Sociología en esta región desde los años setenta hasta nuestros días. Se argumenta que la etapa fundacional se caracterizó por plantear la institucionalización de la disciplina como un *proyecto regional*. Este se debilitó pronto y luego se perdió. El reto actual consiste en reinventar dicho proyecto desde el presente.

¿Cuál ha sido el itinerario seguido por la Sociología en Centroamérica en su proceso de institucionalización? ¿Cómo el escenario sociopolítico de la región ha condicionado dicho derrotero? ¿Cuáles etapas pueden identificarse hasta el presente? Desde que Solari, Franco y Jutkowitz (1976) escribieron su notable obra sobre los primeros treinta años de la Sociología en América Latina, hasta el trabajo más reciente de Trindade, Garretón, Murmis, de Sierra y Reyna (2007), la Sociología latinoamericana ha ganado mucho en el conocimiento de sí misma. Pero todas estas contribuciones se han centrado prioritariamente en la ruta seguida por la disciplina en México y en el Cono Sur. El caso de Centroamérica, en cambio, es desconocido incluso para los propios centroamericanos.

Este ensayo pretende aportar una interpretación en torno al desarrollo de la Sociología en esta región (aquí delimitada por las sociedades situadas entre Guatemala y Costa Rica). Su lógica analítica se articula alrededor de a) las *etapas* atravesadas por la disciplina en los contextos históricos y sociopolíticos que las condicionaron, y

35 Este artículo es un producto alcanzado gracias a la labor que su autor despliega en el marco del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica. Fue publicado previamente en *Iconos, Revista de Ciencias Sociales*, FLACSO- Sede Ecuador, Quito, 30, 2008: 65-74.

36 Dr. Sociología, Universidad de Costa Rica.

el perfil que adquirió entonces el quehacer sociológico, y b) las *corrientes teóricas*, los *temas*, así como las *modalidades predominantes de practicarla* en cada etapa. Esto último remite a su dimensión estrictamente académica, a la de crítica intelectual a partir de valores, o bien a su dimensión profesional.

La promesa (1966-1979)

En Centroamérica, al igual que ha sido registrado en la literatura teórica para otros países de América Latina (Solari, Franco y Jutkowitz, 1976: 21-34), a la “etapa fundacional” de la Sociología como una ciencia social, *strictu sensu*, la precedieron dos tipos de actividades, las cuales se pueden calificar como sus antecedentes: el ensayo de filosofía social ³⁷ y la enseñanza de cursos de “Sociología”, de índole teórica, que se impartían complementariamente a la formación vertebral en algunas de las pocas carreras universitarias existentes hasta los años cincuenta del siglo pasado. Aquí se va a considerar como la etapa fundacional a aquella en la cual se institucionaliza la formación sociológica bajo un cariz moderno (teoría y técnicas anudadas metodológicamente en procura de aprehender la realidad empírica) (Medina Echavarría, 1982). Esto se intentaría hacer en Centroamérica como un *proyecto regional* en la década de los setenta. Esta etapa discurre dentro del primer período histórico (1944-1979) de la región en la segunda mitad del siglo XX. Dicho período comenzó con la Revolución de Octubre de Guatemala (1944-1954), con la clausura de varios regímenes autoritarios personalistas (Hernández Martínez en El Salvador, 1944, y Carías Andino en Honduras, 1948), con la guerra civil de este año en Costa Rica que condujo al poder a Figueres, pero también incluye la supervivencia, en el marco de esta corta ola democratizadora, del régimen de Somoza y sus descendientes (desde 1937 hasta 1979).

Las dos cuestiones políticas primordiales en el comienzo de este período fueron la democracia y el desarrollo, ambas con vigencia efímera. El favorable entorno económico mundial de la Posguerra posibilitó altas tasas de crecimiento en casi todos los países e implicó un auge agroexportador, así como una industrialización sustitutiva de importaciones al amparo del Tratado General de Integración Económica (1960). Sin embargo, todo ello, que produjo cierta modernización económica, no se

37 Pueden mencionarse, entre otros: de Abel Cuenca, *El Salvador, una democracia cafetalera* (1962); de Mario Sancho, *Costa Rica, suiza centroamericana* (1935), una crítica despiadada del orden liberal-oligárquico; y en Guatemala, de Rafael Arévalo Martínez, *¡Ecce Pericles!* (1945) y de Luis Cardoza y Aragón, *Guatemala, las líneas de su mano* (1955).

trabajo, salvo en Costa Rica, en una mejoría en la distribución del ingreso, y mucho menos en procesos conducentes a la consolidación de la democracia representativa. En realidad, tras el golpe a Arbenz en 1954 en Guatemala, los sectores conservadores, con la activa participación de las instituciones militares como cuerpo, dieron origen a nuevas modalidades de regímenes autoritarios, que se prolongaron según los países hasta los ochenta (Torres Rivas, 1981: 71-112).

La excepción sobresaliente fue Costa Rica porque la victoria de Figueres en 1948 y la predominancia de su organización produjeron el ascenso de las clases medias modernizadoras, una transformación económica y desarrollo social. Y conjuntamente con otras fuerzas políticas, se logró tempranamente allí la consolidación del régimen político democrático. Pero también en Honduras, tras el retiro de Carias, se concretarían breves intentos democratizadores, si bien el Ejército se haría con el poder del Estado desde 1963 hasta 1980 (con excepción de 1971-1972), en una variante moderada respecto a la de sus vecinos e incluso propiciando políticas agrarias de carácter distributivo para morigerar las tensiones sociales. De suerte que en la Centroamérica de Posguerra se decantarían dos patrones políticos que habrían de condicionar los respectivos climas intelectuales y universitarios, así como la manera en que la práctica sociológica experimentaría dificultades para desarrollarse. Estos patrones se encuentran ejemplificados en los casos de Guatemala, El Salvador y Nicaragua, de un lado, y en los de Costa Rica y Honduras, por otro.

En general, la vida cultural y universitaria centroamericana en toda esta fase histórica se encontró decisivamente influida por el quehacer de las universidades nacionales, una por país al menos, hasta que a partir de los años sesenta surgieron otras de carácter privado, varias de filiación católica jesuita. Se trató, con respecto a las primeras, de la U. de San Carlos en Guatemala (USAC), de la U. de El Salvador (UES), de la U. Nacional Autónoma de Honduras (UNAH), de la U. Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN) y de la U. de Costa Rica (UCR), aunque en este país después surgieron otras tres públicas, entre ellas la U. Nacional Autónoma (UNA). Ello dio pie a que tempranamente se creara uno de los primeros organismos de integración centroamericana: el Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA) en 1948. Sobre decir, sin embargo, que se trataba de universidades con oferta académica poco diversificada, escasa cantidad de docentes a tiempo completo y casi inexistentes recursos para la investigación científica, y con palmaria ausencia de las Ciencias Sociales.

En la UCR, bajo el influjo de una profunda reforma universitaria (1957), en su Facultad Central de Ciencias y Letras, se estableció el primer plan de estudios (1966) de la carrera de Sociología, por impartirse en el nuevo Departamento de Ciencias del Hombre (1967). Mediante él, se formaron los primeros profesionales con grado de bachillerato universitario en Sociología (cuatro años de estudio, en versión similar a la de las universidades estadounidenses), los cuales empezaron a graduarse al final de esa década. El actor clave en la UCR fue Eugenio Fonseca Tortós (1930- 1979), abogado que se graduaría en la primera promoción (1958-1959) de la Escuela Latinoamericana de Sociología (ELAS) de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Más tarde, hacia 1974, tras el surgimiento de la UNA, se establecería una segunda carrera de Sociología en ese país. Por su parte, en la UNAH, con un sentido similar a lo acontecido en Costa Rica, se fundó en 1960 el Centro Universitario de Estudios Generales (CUEG), dentro del cual apareció el Departamento de Ciencias Sociales y se comenzaron a enseñar materias sociológicas sin que inicialmente desembocaran aún en grado profesional.

Pero es la década de los años setenta la de la institucionalización de la Sociología en Centroamérica. En su transcurso apareció como carrera en la UES y en las universidades privadas regentadas por los jesuitas en Nicaragua y en El Salvador –la U. Centroamericana (UCA) y la U. Centroamericana José Simeón Cañas (UCA-JSC) respectivamente–, aunque en Guatemala hubo que esperar a 1978 para que se instituyera allí como parte de la Facultad de Ciencias Políticas.

La *promesa histórica* de la Sociología en Centroamérica, germinada en estos años, su particularidad e importancia, consistió en el intento de institucionalizar la formación sociológica, a nivel de grado primero y de posgrado después, concibiéndola como un *proyecto regional*, el cual consustancialmente propiciaría una perspectiva centroamericana como telón de fondo significativo a la hora de procurar conocer los distintos objetos. Esto quedaría apuntalado con un desarrollo paralelo de la investigación y con un conjunto de instancias complementarias.

Esta promesa dio sus primeros pasos con la progresiva aparición de las carreras de Sociología en las distintas universidades y gracias también a la acción concertada entre el CSUCA y la UCR. Los actores que propiciaron esto último fueron el guatemalteco Edelberto Torres Rivas y el costarricense Daniel Camacho Monge. Abogados ambos de formación básica; Torres Rivas, graduado en FLACSO, se trasladó a partir de 1972 hacia Costa Rica adonde llegó para dirigir el Programa

Centroamericano de Ciencias Sociales desde la Secretaría General del CSUCA con sede en San José, un programa concebido para dinamizar estas disciplinas con clara perspectiva regional. Camacho Monge, a su vez, había concluido su preparación como sociólogo en Francia y dirigía entonces el Departamento de Ciencias del Hombre en la UCR.

En ese mismo año (1972), se empezó a publicar la revista *Estudios Sociales Centroamericanos* (ESCA), a la cual se sumaba la existencia de la Editorial Universitaria de Centro América (EDUCA), ambas con asiento en el CSUCA.

A partir de 1973 se estableció la licenciatura en Sociología en la UCR con *carácter centroamericano*, así reconocido por el CSUCA³⁸, un programa de dos años para bachilleres en Sociología de la UCR, o bien, para egresados de otras disciplinas, con la presencia de docentes y de estudiantes provenientes de los países centroamericanos. Por otra parte, en 1974 se fundó la Asociación Centroamericana de Sociología (ACAS) y celebró su primer congreso, y en julio de ese mismo año tuvo lugar también en San José el XI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) –cuyo presidente fue Daniel Camacho–, un congreso muy relevante en términos del debate teórico de aquellos años en torno a la teoría de la dependencia (Camacho, 1979). Al primer congreso de la ACAS le sucedieron los siguientes: el II en 1976 (en Panamá), el III en 1978 (Tegucigalpa), el IV en 1980 (Managua), el V en 1982 (San José), el VI en 1985 (Panamá), el VII en 1986 (Tegucigalpa), el VIII en 1988 por fin en Guatemala, tras el inicio de la transición a la democracia en ese país a partir de 1984-1985, y el IX en 1994, por primera vez en El Salvador tras el Acuerdo de Paz de 1992. Pero para que tuviera lugar el más reciente, el de Antigua (Guatemala) en el 2006, fue necesario esperar más de una década.

En 1978-1979 se organizó, en asocio con la UCR, una promoción con alcance regional de la Maestría Itinerante en Sociología Rural, patrocinada por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Finalmente, bajo el liderazgo de Óscar Fernández, joven sociólogo costarricense que había culminado su formación en Francia, a partir de 1979 se fundó en la UCR el Programa Centroamericano de Maestría en Sociología, cuya acreditación como “centroamericano” volvería a

38 El CSUCA como tal no impartía programas de carreras universitarias. Lo que sí hacía, por acuerdo de las universidades públicas que lo conformaban, era reconocerle el carácter de “programa centroamericano” al plan de estudios de alguna carrera que se enseñara en alguna de esas instituciones, lo que implicaba el reconocimiento automático de los títulos expedidos por una de ellas en las restantes universidades incorporadas al Consejo.

aportarla el CSUCA, el cual en la actualidad lleva ya catorce promociones con ese mismo reconocimiento. Su objetivo era la preparación con nivel de posgrado de nuevas generaciones de sociólogos, llamadas a consolidar la institucionalización de la disciplina en los diferentes países y universidades, especialmente públicas, de América Central.

Ahora bien, en materia de corrientes teóricas, la obra más influyente fue la de Torres Rivas, *Interpretación del desarrollo social centroamericano* (1969 en Chile y 1971 por EDUCA). Al igual que *Dependencia y desarrollo en América Latina* de Cardoso y Faletto, aquella, gestada precisamente en el mismo ambiente intelectual del cual salió la segunda (Chile) y al calor de su decisiva influencia, era una propuesta interpretativa, según el paradigma de la dependencia, de la evolución seguida por Centroamérica desde su independencia hasta los años sesenta del siglo XX. Pero también circularon muchas de las obras de sociólogos latinoamericanos editadas por Siglo XXI en México. En esta etapa igualmente se descubrió el marxismo académico, a veces en variantes groseramente toscas, otras el repensado desde Francia (en sus versiones estructuralistas *à la* Althusser y Poulantzas, principalmente).

El tema genérico más importante que interesaba era el del desarrollo del capitalismo dependiente, uno relativamente especializado que estimuló mucha dedicación fue al del desarrollo rural. Otros más fueron: el movimiento obrero y el sindicalismo, la industrialización y el Mercado Común Centroamericano analizados en clave sociológica, y la dominación de la burguesía y la forma del Estado capitalista en la región.

Un lastre que ha arrastrado entre sus oficiantes desde su institucionalización la Sociología en Centroamérica ha sido el de la debilidad en la formación metodológica y en las destrezas en técnicas de investigación social, especialmente las cuantitativas: poco valorados e incluso menospreciados ambos aspectos, a menudo debido a la insuficiente y débil formación adquirida en estos campos por los propios docentes, así como a la suspicacia que generaba la influencia de la Sociología estadounidense y la tradición empirista –en esto también se experimentó lo que en otras partes de América Latina–.

Predominaron en la práctica de la Sociología las *dimensiones académica* y de *crítica intelectual* de la disciplina entremezcladas, con casi inexistente desarrollo de su *dimensión profesional*, más allá del espacio laboral que para los graduados universitarios ofrecían las universidades y algunas instituciones estatales. Hubo mucha

politización en ella desde la izquierda, en unos años en los cuales se evidenciaban las consecuencias de largo plazo de la evolución de Centroamérica en la Posguerra, sin contar la anomalía de Costa Rica: concentración del ingreso y extendida pobreza pese al alto crecimiento económico, y sistemático fraude en la competencia política por el poder del Estado a favor de regímenes autoritarios en manos de la institución militar. Bajo este clima ideológico y político propenso a la polarización, el anclaje científico de la Sociología y su proyecto también como profesión se enfrentaron desde temprano con dificultades adicionales.

La cuestión sobresaliente que planteó esta etapa fundacional fue entonces la de un proyecto de institucionalización de la disciplina, con fuerte asiento en la UCR y con el respaldo de la Secretaría General del CSUCA, que aspiraría a realizarse como un *proyecto regional* en los siguientes sentidos: a) se desarrollaría a partir de un trabajo formativo en el que convergerían profesores y estudiantes de diversos países de Centroamérica, y b) estaría alimentado por una docencia e investigación sociológica *con perspectiva regional*. Si bien entonces había muy poca investigación sociológica, y menos aún con dicha perspectiva, la existente debía aprovecharse para estimular una producción (bajo la modalidad de proyectos, o bien, de tesis de grado y posgrado), en la cual no se perdiera de vista ese contexto más amplio dentro del cual se insertaba la realidad que se buscaba analizar. Este quehacer académico debía culminar con investigaciones realizadas por una nueva generación de sociólogos destinada a consolidar la disciplina y a ampliar el conocimiento de la región. A todo ello se esperaba que concurriesen las universidades públicas centroamericanas. Esta fue la *promesa* que estuvo presente en la etapa inicial de institucionalización de la Sociología en Centroamérica.

La diversificación precaria (1980-1994)

La segunda etapa de su desarrollo se inscribe en el período de la guerra civil en Centroamérica y de la transición hacia la democracia representativa (1979-1996). Culmina con la realización del IX Congreso de la ACAS (1994).

Con el triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua y el desplazamiento del régimen de los Somoza, se abrió para Centroamérica un nuevo ciclo histórico: el de crisis de los regímenes autoritarios, de insurrección popular y de transición hacia la democracia. Se trató de un proceso complejo, lleno de incertidumbres, resultante histórica de la acción y confrontación de múltiples actores políticos nacionales,

regionales, latinoamericanos e internacionales. Pero hubo que esperar a la siguiente década para que la opción democrática quedara validada por las principales fuerzas comprometidas en el prolongado contencioso. Tras el acuerdo de Esquipulas II (Guatemala, 1987) entre los presidentes centroamericanos, fueron las elecciones de 1990 en Nicaragua y las negociaciones entre sandinistas y la oposición victoriosas, la reiteración de elecciones en Honduras, los Acuerdos de Paz de Chapultepec (México) entre salvadoreños en 1992, y la firma de los largamente negociados Acuerdos de Paz en Guatemala (1996), dinámicas mediante las cuales se fue dando término al prolongado conflicto armado.

Entre tanto, en Centroamérica igualmente se asistía a una doble transición: una hacia la ya mencionada hacia la democracia y otra hacia un cambio en el modelo de desarrollo, ahora bajo inspiración neoliberal, que venía a reforzar el protagonismo del mercado en una región en donde el papel del Estado había sido muy discreto. Esta etapa de la Sociología se va a caracterizar por lo siguiente: apenas despuntaba su institucionalización, impulsada como un proyecto regional, los factores políticos del entorno en el cual se desenvolvían las universidades habrían de condicionar su evolución. La crisis económica junto con la crisis política debilitarían los recursos públicos destinados a ellas, a su reproducción y a su expansión con calidad. En el caso de la Sociología, a esto se le sumaría la politización intensa que experimentarían estas instituciones, la persecución y asesinato de docentes y estudiantes, así como la incorporación de muchos de ellos al proceso político, especialmente en los casos de Guatemala y El Salvador (en este país es obligado recordar al grupo de científicos sociales y sacerdotes jesuitas a un tiempo, entre ellos el sociólogo Segundo Montes, de la UCA-JSC, quienes fueron asesinados en 1989 por fuerzas militares). En el de Nicaragua, la actividad científico social quedaría incorporada, muy politizada también, al proyecto sandinista, aunque con perfiles distintos. En Honduras y en Costa Rica, la vida académica, afectada también por algunos de estos factores, transcurriría sin tanta excitación ni asedio.

Lo novedoso, empero, es que la situación política propiciará el que, desde variadas fuentes (fundaciones, organizaciones religiosas, organismos de cooperación internacional), se incremente la oferta de recursos económicos dirigidos a apoyar iniciativas tanto de investigación tradicional como de investigación-acción sobre la sociedad centroamericana. Será esto lo que habrá de favorecer el surgimiento de organizaciones no gubernamentales y de instancias diversas, entre estas, algunos centros independientes de las universidades.

En Nicaragua se fundarán varios de centros interdisciplinarios con participación de sociólogos, destinados a abordar distintos aspectos considerados relevantes dentro del curso que sigue esa sociedad bajo el gobierno sandinista: el Centro de Investigaciones y Estudios de la Reforma Agraria (CIERA), establecido en 1980, el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales (INIES) a partir de 1981, que posibilitará luego instituir la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES), a la que tanto empeño le dedicó el sacerdote jesuita Xavier Gorostiaga. Pero también en ese país surge el Centro de Investigaciones y Documentación de la Costa Atlántica (CIDCA), fundado en 1982. En Honduras se establece el Centro de Documentación de Honduras (CEDOH) en 1980, justo en el año en el cual se inicia la transición a la democracia en ese país. En Guatemala nace la Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala (AVANCSO) a partir de inicios de 1986, tras las primeras elecciones presidenciales no fraudulentas en mucho tiempo. En El Salvador puede mencionarse el Centro de Investigación y Acción Social (CINAS), el cual trabajaba desde México sobre la realidad centroamericana y salvadoreña en particular, en vista de los riesgos para hacerlo desde su propio país (en esta nación, debilitada la UES le tocará al Departamento de Sociología y Ciencia Política de la UCA-JSC, con su publicación *Estudios Centroamericanos*, la tarea de darle seguimiento al pulso de la coyuntura). Y en Costa Rica se funda el Centro de Estudios y Publicaciones Alforja, en 1980; el Centro de Estudios para la Acción Social (CEPAS), en 1980; y la Asociación Servicios de Promoción Laboral (ASEPROLA), en 1985, entre varios.

Es también en esta etapa durante la cual desde la Secretaría General de FLACSO (trasladada por Daniel Camacho a San José en 1979 durante su período como Secretario, 1979-1985), al llegar a ocupar dicha posición Torres Rivas (1985-1993), este conseguiría la creación de algunos programas –el de Guatemala y Costa Rica llegarían luego a ser sedes– en Centroamérica: FLACSO-Guatemala (1987), FLACSO-Costa Rica (1992) y FLACSO-El Salvador (1992). En todos ellos se desempeñarían primordialmente sociólogos. Las instancias de FLACSO en Centroamérica deben ser consideradas como centros académicos independientes.

En cuanto a corrientes teóricas, el planteamiento de la dependencia y el marxismo siguen presentes como parte del *sentido común sociológico* predominante. Pero dentro de las distintas temáticas específicas, los abordajes apelan a una literatura teórica especializada según los asuntos, con lo que se empieza a descubrir un universo

conceptual algo más diverso. Y en cuanto a los temas, es el político el que adquiere relevancia en esta etapa, en consonancia otra vez, con la dinámica que sigue entonces la Sociología en América Latina. La crisis de la prolongada dominación autoritaria de Posguerra, el incierto proceso de democratización en curso (atravesado por la discusión en torno a las modalidades de democracia, si burguesa o popular) y los principales actores que se hallan involucrados en él (los militares, la burguesía, el movimiento popular, los actores internacionales), así como los análisis sobre las coyunturas políticas en los países; el tema de las alternativas de desarrollo al margen del capitalismo para las pequeñas naciones de la periferia; la pertinaz cuestión del desarrollo rural (la reproducción del campesinado, el movimiento campesino, el Estado y las transformaciones agrarias en Honduras y Nicaragua); los estudios sobre Sociología de la religión, que fueron numerosos (entre ellos, muchas tesis en la Maestría Centroamericana en Sociología de la UCR); las migraciones y los refugiados, serán algunos asuntos sobre los cuales se trabajará (Aguilera, 1989: 20-21).

Por su parte, la ACAS, no obstante el difícil ambiente político regional, mantiene con regularidad entre 1980 y 1988 la realización de sus congresos, de los cuales tienen lugar cinco de los diez que se han llevado a cabo. Pero después de 1988 habría que esperar seis años para el siguiente (1994) y luego esta organización se difuminaría por más de una década.

Un rasgo por enfatizar en esta etapa es que los espacios para la práctica de la Sociología se diversifican. Ello ocurre en general con estancamiento o retroceso de los ámbitos universitarios, justo de los que se esperaba que le dieran continuidad con calidad al proceso de institucionalización de la disciplina como *proyecto regional*. Esto es grave en el caso de Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Por su parte, los nuevos espacios privados sobreviven con precariedad, dependientes del financiamiento foráneo. Estas circunstancias, y el hecho de que cuando se presentó la crisis política, la institucionalización de la Sociología era un proyecto en ciernes, hacen que surjan pocos centros independientes con cierta calidad.

Durante esta etapa, el ejercicio profesional, si bien mal pagado e inestable, despunta. Esto obliga a una nueva generación de jóvenes graduados a proyectar su práctica laboral bajo otra mirada distinta que la de la generación precedente y que los formó, la que se había instalado en el regazo de las universidades públicas y el Estado. De modo que su *dimensión profesional* aparece, a la vez que la de *crítica intelectual* continúa presente, estancándose o incluso debilitándose su *dimensión académica*.

En suma, el proyecto de institucionalización de la Sociología en Centroamérica como una promesa por concretarse con el perfil de un *proyecto regional* en variados sentidos, se ve debilitado. La fragmentación política que vive la región, dividida en proyectos políticos alternativos en pugna, afecta el desarrollo institucional de la disciplina. Ni las universidades de los distintos países, ni el CSUCA, que además experimentaría contradicciones internas en esta etapa, ni la UCR, la mejor posicionada, lograrían contar ni con los recursos, ni con los actores decididos a preservar el proyecto original de los años setenta en toda su complejidad. Si bien el Programa Centroamericano de Maestría en Sociología de la UCR, el único de posgrado en la disciplina, se mantendría con buena calidad docente, recibiría a muchos estudiantes de la región, graduaría a otros tantos, y bajo su alero se elaborarían numerosas tesis de grado pertinentes, lo que nunca logró fue articular un *programa de investigación* con perspectiva y alcance regional que nutriera su principal dimensión formativa.

Una diversidad débil e inconexa (1995 al presente)

La etapa actual por la que atraviesa la Sociología se localiza en un contexto sociopolítico e histórico distinto a los precedentes. Puede afirmarse, con la debida cautela, que a partir de 1997 la sociedad centroamericana empieza a cerrar la transición a la democracia representativa. Los dos grandes temas políticos que desde entonces confronta la región son: la consolidación de la institucionalidad de este régimen y la concreción de un modelo de crecimiento económico, de inspiración neoliberal, el cual se va concretando al impulso de una nueva derecha política, la fuerza predominante en Centroamérica.

Pero el trasfondo en el cual se despliega la acción en torno a estas dos cuestiones es el de una estructura social en plétora de déficit de desarrollo humano, déficit acumulados en muy distintas áreas (empleo, acceso a servicios de salud, a la educación, a la vivienda, a la posibilidad de acceder a una pensión mínima asegurada en la vejez, con amplios sectores juveniles desclasados y beligerantes en contra de un orden social que los excluye, con una emigración masiva y sus secuelas). Y no puede perderse de vista tampoco que se trata de una sociedad con una mayoría de la población pobre y con elevados grados de desigualdad y de concentración de buenas oportunidades de vida en una minoría. Hay que hacer notar, sin embargo, que el clima político cambia: cesa en gran medida la violencia por razones ideológicas, y la diversidad, admitida por fin en el espectro de posiciones políticas, se vuelve

común. Las semillas del pluralismo y de la resolución pacífica de los conflictos por vía institucional empiezan a germinar.

Mientras tanto, ya desde la década de los años ochenta, pero sobre todo a partir de la de los noventa, las universidades públicas fueron perdiendo aquel papel casi monopólico que alguna vez tuvieron en el campo de la formación de profesionales. Las universidades privadas proliferan en casi todos los países; en Costa Rica, hasta extremos inimaginables (con más de cincuenta). Pero incluso más que para las restantes Ciencias Sociales (la ciencia política, las ciencias de la comunicación, entre otras), para la Sociología no hay cabida en este mundo emergente de las privadas, a pesar de que algunas de las regentadas por los jesuitas inicialmente le habían abierto sus puertas.

Esto significa para nuestra disciplina que el espacio para que logre de nuevo echar raíces académicas y procure prosperar es principalmente, otra vez, el de las universidades públicas, unas instituciones, empero, que como efecto del prolongado período de crisis política y de transición hacia la democracia, se encuentran muy disminuidas. Hay cuadros docentes con buena voluntad, pero con formaciones académicas débiles, y algunos de ellos que han conseguido posgraduarse en el extranjero y disponen de una excelente calificación, llegado el momento deciden practicar su oficio fuera de las universidades, habida cuenta de los bajos salarios y de las pobres condiciones prevalecientes en ellas para la enseñanza y la investigación. En todo caso, la posible revitalización de la Sociología en su seno bajo el diferente clima político se hace en condiciones muy adversas, con numerosos déficits arrastrados y sin recursos suficientes para atender las demandas del presente. Además, no se dispone ya de aquella perspectiva de desarrollo de la disciplina con visión regional, y no menos de la institucionalidad que la acompañaba, que había sido una característica medular del proyecto de los años setenta.

Los programas de las FLACSO centroamericanas en materia docente son modestos, con pocos vínculos con las universidades públicas, e incluso con débiles relaciones entre sí desde el punto de vista sustantivo de la investigación. Aunque una, la sede de Guatemala, puede haber tenido un efecto más significativo sobre la vida intelectual y científico-social de ese país que el de las otras sobre sus respectivas sociedades.

Este cuadro hay que complementarlo con la supervivencia de algunos de los otros centros que se habían creado en la etapa previa, con la desaparición de muchos

de ellos y con la creación de numerosas organizaciones no gubernamentales (ONG) dedicadas a variados asuntos. Entre los centros conviene destacar la permanencia de al menos dos muy importantes: el CEDOH de Honduras y AVANCSO de Guatemala.

Desde el punto de vista de las corrientes teóricas, la desaparición del socialismo como alternativa política para el futuro inmediato de la región centroamericana conduce al declinar del marxismo y del enfoque de la dependencia conjuntamente, aunque el debate en torno a la globalización toma discretamente su lugar. Los nuevos temas (que estarán acompañados por planteamientos teóricos más acotados en su interior) serán: las alternativas de desarrollo para los países centroamericanos dentro de su marco condicionante, la globalización en curso; el desarrollo local; las migraciones; la Sociología de las desigualdades, muy especialmente los estudios de género; la Sociología ambiental; las vicisitudes de la consolidación de la democracia en perspectiva sociológica; los movimientos sociales; y la Sociología de la violencia. Y hay que rescatar que ahora, desde los temas mismos pero en unos pocos casos (género, ambiente, migraciones muy incipientemente), es a partir de donde se intenta recuperar la perspectiva regional.

En esta etapa la dimensión *profesional* de la práctica sociológica adquiere prelación con respecto a sus otras dos, la *académica* y la de *crítica intelectual*, esta muy venida a menos. Proliferan los llamados *consultores*, denominación un tanto altisonante para designar una realidad profesional con oportunidades discretas para la mayoría. Pero es necesario puntualizar que mientras la segunda de las mencionadas dimensiones, la *académica*, no se fortalezca, el destino de las otras, sobre todo el de la *profesional*, tampoco será alentador en términos de su calidad. Lo más característico de todo el panorama de nuestra Sociología actual quizás no sea otra cosa, además de las obvias limitaciones materiales y de la insuficiencia de recursos humanos muy bien calificados, que la falta de un nuevo proyecto regional y la escasez, cuando no clara ausencia, de vínculos interinstitucionales dentro de Centroamérica, reflejado esto en que para realizar el más reciente congreso de ACAS (2006) fue necesario esperar doce años. La actual bien puede ser calificada como una etapa de diversidad débil e inconexa.

El proyecto de institucionalización de la Sociología en Centroamérica con alcance y perspectiva regionales, como se diseñó en la década de los años setenta del siglo XX, nunca logró arraigar y prosperar. El desafío es retomarlo y reinventarlo en las condiciones del presente. ¿Podrá la Sociología centroamericana cumplir su promesa?

Bibliografía

- Aguilera, Gabriel, 1989, “La revista *Estudios Sociales Centroamericanos*: Un análisis de contenido”, en *Polémica*, N.º 8, Segunda Época, FLACSO, San José, pp. 19-23.
- Camacho, Daniel, 1979, *Debates sobre la teoría de la dependencia*, EDUCA, San José.
- Medina Echavarría, José, 1982, *Sociología: teoría y técnica*, F. C. E., México.
- Solari, Aldo, Rolando Franco y Joel Jutkowitz, 1976, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México.
- SSRC Working Group on Central America, 1988, *Central American Studies: Toward a New Research Agenda*, LACC-FIU, Miami.
- Torres Rivas, Edelberto, 1981, *Crisis del poder en Centroamérica*, EDUCA, San José.
- Trindade, Helgio, Manuel A. Garretón, Jerónimo de Sierra, José L. Reyna y Miguel Murmis, 2007, *Las Ciencias Sociales en América Latina en perspectiva comparada*, Siglo XXI, México.